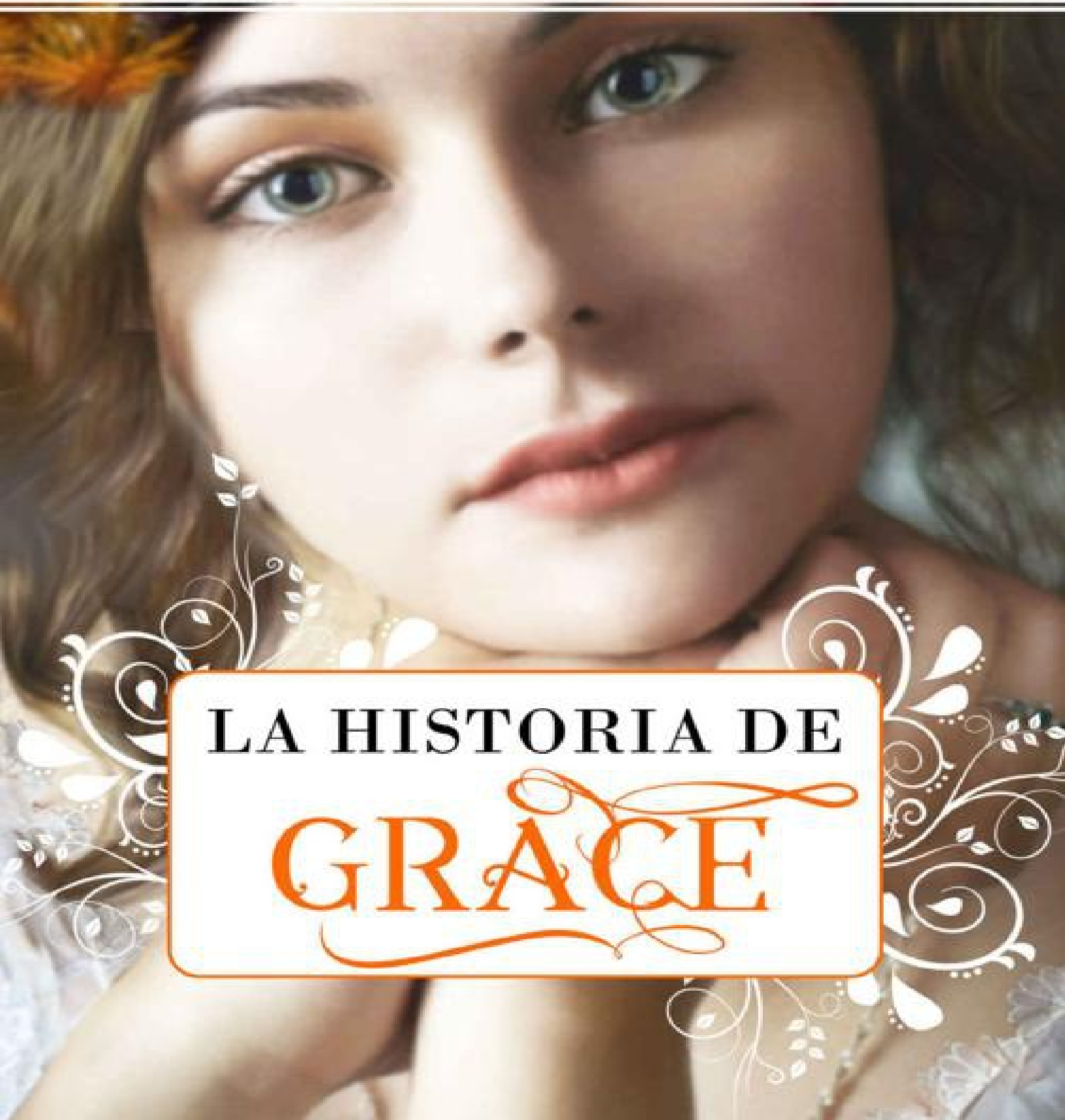




L SUMMER HANFORD



LA HISTORIA DE

GRACE

Contenido

[LA HISTORIA DE GRACE](#)

[CAPÍTULO UNO](#)

[CAPÍTULO DOS](#)

[CAPÍTULO TRES](#)

[CAPÍTULO CUATRO](#)

[CAPÍTULO CINCO](#)

[CAPÍTULO SEIS](#)

[CAPÍTULO SIETE](#)

[CAPÍTULO OCHO](#)

[CAPÍTULO NUEVE](#)

[CAPÍTULO DIEZ](#)

[CAPÍTULO ONCE](#)

[CAPÍTULO DOCE](#)

[CAPÍTULO TRECE](#)

[CAPÍTULO CATORCE](#)

[CAPÍTULO QUINCE](#)

[CAPÍTULO DIECISEIS](#)

[CAPÍTULO DIECISIETE](#)

[CAPÍTULO DIECIOCHO](#)

[CAPÍTULO DIECINUEVE](#)

[CAPÍTULO VEINTE](#)

[CAPÍTULO VEINTIUNO](#)

[CAPÍTULO VEINTIDOS](#)

[CAPÍTULO VEINTITRES](#)

[CAPÍTULO VEINTICUATRO](#)

[¡Gracias por Leerme!](#)

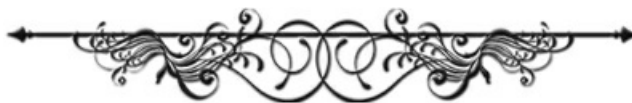
[ACERCA DE LA AUTORA](#)

[DERECHOS DE AUTOR](#)

LA HISTORIA DE GRACE
L SUMMER HANFORD



CAPÍTULO UNO



Vestida de negro de los pies a la cabeza, con un velo que ocultaba su rostro, Grace se asomó por la esquina del oscuro pasillo. Contuvo la respiración y rezó para no estar en lo cierto. No podía estarlo. Creía con cada fibra de su ser que William amaba a Lanora. Que no era el tipo de caballero que saldría a retozar a hurtadillas mientras su mujer, otra vez embarazada, dormía.

Una pisada sonó en el pasillo. Grace retrocedió bruscamente. Se apretó contra la pared revestida de seda de la casa londinense de William y Lanora. A través de las sombras del pasillo contiguo, pasó una silueta. Grace asomó cuidadosamente la cabeza para ver cómo se alejaba una figura delgada y vestida de oscuro. Contó hasta seis y se puso en marcha.

Al llegar a la siguiente esquina, se asomó. William Greydrake, Marqués de Westlock, giró por otro pasadizo, atravesando el círculo de luz que proyectaba un único candelabro encendido. Grace se cubrió la boca con las manos para contener una exclamación de disgusto.

Había querido tan intensamente equivocarse. Descubrir que uno de los lacayos, demasiado entusiasta, rondaba la casa por la noche a pesar de que William no exigía que su casa estuviera custodiada. Soltando las manos y corriendo de puntillas, se apresuró tras él hasta la siguiente esquina.

William llegó a una bifurcación en el pasillo y tomó el de la izquierda.

Las emociones de Grace dieron un nuevo sobresalto. A la izquierda estaba la cocina. Tal vez esta noche, y todas las demás noches que le había oído caminar por el pasillo últimamente, simplemente fue a buscar a Lanora algo de comer. Algún tentempié de medianoche que su avanzada gravidez le exigía.

Pero, ¿por qué no enviar a un criado? ¿Para permitir al personal descansar? ¿Para dar una muestra de amor incondicional a Lanora su amada? Grace se acercó a hurtadillas a la bifurcación del pasillo. Al asomarse por la esquina, encontró la puerta de la cocina cerrándose.

Habría realmente entrado en la cocina. Se sintió como una tonta. Él y Lanora eran siempre muy considerados con el personal. Siempre haciendo cosas por sí mismos. Lanora debía tener algún antojo nocturno que su marido buscaba saciar. William era un buen hombre. Un esposo abnegado. Un padre amoroso para sus gemelas y sus hijos. Grace debería darle una mano en la cocina.

Se quitó el velo que se había puesto para ocultar su piel clara. Esperaba que William no se fijara en cómo iba vestida, toda de negro. Siempre podía decir que había decidido vestirse a oscuras, que así fue, y si él le recriminaba algo, ella le diría la verdad. Sospechaba que era un mujeriego. Entonces él la miraría mal y, más tarde, él y Lanora se reirían a carcajadas.

Últimamente, William la miraba mal, recordó Grace mientras avanzaba por el pasillo poco iluminado hacia la puerta de la cocina. Hacía varios años, cuando Lanora y él se casaron e invitó a sus parientes femeninas a vivir con ellos, William también había acogido a Grace. Había estado más que encantado de tenerla allí, la amiga más querida de su esposa.

Luego, su madrastra, Cecilia, se había casado y se había marchado. Después, su hermanastra, Madelina, se casó y Grace no había protestado por la falta de idoneidad del joven, porque se notaba que realmente se amaban. Una sonrisa de suficiencia se mostró en su rostro cuando Grace empujó la puerta de la cocina. Siempre había sabido cuándo dos personas estaban destinadas la

una a la otra. Lo sabía antes que ninguna de las parejas lo supiera. Grace podía detectar el amor genuino desde el otro lado de un salón de baile, un parque o un campo. Tenía ese don.

En el interior, la cocina permanecía silenciosa y vacía. Sólo el fuego del horno de pan ofrecía alguna iluminación. Grace se detuvo, sorprendida.

La puerta giró hacia dentro y le golpeó los talones. Miró a su alrededor, incrédula. La luz mortecina del horno se reflejaba en las hileras de ollas de cobre pulido que colgaban del techo. La luz del día revelaría que las formas oscuras entre ellas eran hierbas secas. La impregnaron aromas reconfortantes de romero y salvia, clavo e hinojo. Dio una vuelta lenta, sin necesidad de velas en el ambiente familiar de la cocina, y luego miró por la puerta hacia el pequeño jardín amurallado. Iluminado únicamente por la luz de una farola que se reflejaba en la niebla tóxica, el jardín estaba vacío. ¿Habría escalado el muro? Sacudió la cabeza. Ningún caballero se molestaría en escalar el muro de su propia residencia. Al fin y al cabo, los caballeros siempre hacían lo que querían.

Cruzó la cocina dirigiéndose hacia la despensa. Si William buscaba algo, ella le ayudaría a localizarlo. Luego prepararía la comida que Lanora deseara, ya que era mucho mejor cocinera que William. Tal vez incluso se uniría a él para plantearse a su esposa, y todos podrían reírse ahora de sus sospechas. Acabar con las bromas.

Pero la despensa estaba vacía. Encendiendo una vela, Grace bajó los escalones de la fría habitación. Vacía. Volvió a subir, su mirada se dirigió a la única otra salida de la cocina... las escaleras del servicio.

Con una mueca que rivalizaba con las que William le dedicaba regularmente, Grace observó la puerta baja. William podría haber subido por la escalera con la comida, regresando a Lanora por la parte de atrás. Pero no había indicio alguno en la cocina que mostrara evidencias de un hombre hurgando en busca de vituallas. Ningún alboroto entre los estantes de la despensa. Si no se habían llevado comida ni bebida, eso sólo dejaba una razón por la que un hombre podría escabullirse hasta la cocina y luego subir las escaleras de la servidumbre... hasta las habitaciones de la servidumbre.

Grace sacudió la vela y arrojó el resto a la chimenea. William parecía tan feliz con Lanora. Adoraba a sus tres hijos y a su hijo adoptivo. Envuelta en profundas sombras ahora, Grace miró la puerta de la escalera de servicio, un nudo en la garganta.

Tal vez sólo se entretuviera con los criados cuando Lanora estaba embarazada. Después de todo, antes de casarse con Lanora, el hombre había sido un famoso vividor, conocido por ser insaciable. Había estado de juerga a todas horas y había tenido varias amantes. Sin embargo, ¿podía su necesidad ser tal que el acostarse con su mujer le empujara a los brazos de otra?

¿Y qué pobre chica era? Suponiendo que fuera sólo una. La ira se agitó en Grace.

No sólo por Lanora, sino también por las jóvenes de la casa. Apenas algo más que niñas, la mayoría de ellas. En la oscuridad de la cocina, las manos apretadas de Grace encontraron sus caderas. El comportamiento de William era sórdido. Reprochable. La próxima vez que lo viera, se encontraría con el afilado filo de su lengua. Más que eso, su rostro excesivamente apuesto se encontraría con la palma de su mano. O tal vez incluso su puño. Hecha una furia, salió de la cocina dando pisotones y regresó por los pasillos. Sólo cuando llegó a la planta superior mitigó su paso. No despertaría a los niños ni a Lanora.

Oh, Lanora, se lamentó Grace en silencio mientras recorría el pasillo con la mirada. Al fondo, la puerta que conducía a las habitaciones que la pareja compartía estaba cerrada. Aunque Lanora se había distanciado de ella desde que se casó, la madre de Grace las había criado juntas. Eran como hermanas. Más unidas que muchas hermanas que Grace conocía. Ella tendría que decirle a

Lanora sobre William. Un secreto de tal magnitud no podía ser guardado.

Pero no ahora, en medio de la noche. Desviando la mirada del final del pasillo, Grace fue a su propio dormitorio, el más cercano a la parte superior de la escalera, y se deslizó dentro. Cerró la puerta y se apoyó en la fría madera, mordiéndose el labio inferior. Sí, tenía que decírselo a Lanora, pero todavía no. Necesitaba pruebas. Pruebas absolutas. No rompería las ilusiones de Lanora sobre William con conjeturas. Incluso conjeturas fuertes.

Pero, ¿cómo obtener pruebas? ¿Debería interrogar al personal? Con quienquiera que se encontrara, debían de querer mantener su relación en secreto, pues Lanora aún no había oído nada. Con la cantidad de tiempo que pasaba en la cocina, y lo mucho que charlaba con todas las mujeres del personal, habría oído hasta el más mínimo rumor. Parecía improbable, por tanto, que interrogarlas diera fruto. Peor aún, podría iniciar rumores que llegarían hasta Lanora.

O a William. Si Grace le preguntaba a la mujer con la que se divirtió, ella probablemente le mentiría a Grace y luego correría hacia William. Lo siguiente que Grace sabría, es que la echarían y Lanora se quedaría con un marido indigno y sin aliado. Eso no funcionaría.

Grace cruzó la alfombra de felpa para dejarse caer en el borde de su cama. Tendría que seguirlo más de cerca la próxima vez que se escapara, probablemente mañana por la noche.

Desde la primera vez que lo había escuchado en el pasillo, hacía poco más de una semana, se había quedado despierta escuchándolo pasar suavemente todas las noches. Sacudió la cabeza. Aquel hombre era insaciable. Algo debía de pasarle para que necesitara tanta compañía femenina. Tal vez un tónico le ayudaría. Tal vez la amable doctora Carter podría preparar uno. Sería bueno tener una excusa para visitarle. Las razones para hacerlo eran difíciles de encontrar sin que ella pareciera una valetudinaria. No es que realmente pudiera ir a un médico y pedir una pócima contra el rastrillo, y luego mezclarla con la comida de William.

Grace se tumbó de lado en la cama y se acercó una almohada al pecho para abrazarse a ella. No podía hacer nada hasta tener pruebas, y eso podría ser difícil de conseguir. Podía esperar en el pasillo que daba a las habitaciones de las criadas, pero ¿dónde? A lo largo de un lado del ático, el pasillo no tenía alcobas. Ni aspilleras. Simplemente puertas. Ninguna vestimenta negra podría ocultarla allí.

Tal vez podría esconderse en la cocina y seguirlo. Intentar ver por qué puerta se metía. ¿Qué era lo peor que podía pasar? Si la pillaba, simplemente se enfrentaría a él. Él le diría la verdad. Ella se encargaría de eso, y de que la chica dejara de trabajar para él. No sin indemnización, por supuesto. No sería culpa suya.

Dejando la almohada a un lado, Grace se incorporó y asintió con firmeza. Ése sería su plan, y tenía la esperanza de que William la descubriera. Así podrían discutir, todo quedaría al descubierto y Lanora sabría que ella y Grace habían sido engañadas. William no era el hombre que ellas creían.

Grace dejó escapar un largo suspiro y se levantó. Cruzó hacia su armario para desvestirse. Fuera cual fuera la revelación de la verdad a Lanora sería un día horrible y triste. El padre y la madrastra de Lanora podrían incluso regresar de Egipto. La familia sufriría por el alboroto. Lanora necesitaría que Grace fuera fuerte por ella. Y Grace lo sería. Pasara lo que pasara, ella y Lanora siempre serían amigas.

CAPÍTULO DOS



Andrew aseguró el último vendaje con la mayor gentileza que pudo y se puso en pie. Su espalda emitió un chasquido audible cuando se enderezó hasta alcanzar su estatura completa frente a la mesa de exploración. Presurosa, la joven sentada en ella se sacudió la falda, dejando caer la fina tela hasta los tobillos y ocultando la pantorrilla vendada.

Con voz trémula, la miró a los ojos y le preguntó: "¿Está segura de que no ha sufrido ningún otro daño?". Ya se lo había preguntado varias veces, pero se había dado cuenta de que debía repetir la pregunta para llegar a la verdad.

Ella asintió con vigor, con las lágrimas contenidas pero con sus huellas aún visibles en las mejillas. "Lord Garfio y Pequeño Garfio nos salvaron antes de que sufriéramos un daño real. Nos sujetaron y nos metieron en la parte trasera de un carro, eso fue todo".

"¿Eso fue todo?" Andrew repitió. "Eso es suficiente para poner nervioso a cualquiera. Estás siendo muy valiente". Le miró con los ojos enrojecidos. "¿Tiene algún lugar donde ir ahora? La gente del señor McClintock le llevará donde quiera".

Era una muchacha escuálida y de cabello polvoriento, y dudaba que tuviera algo, y mucho menos un lugar adónde ir. Ella bajó la mirada. "No me queda familia. Por eso vine a Londres a buscar trabajo. Pensé..." Se interrumpió, sacudiendo la cabeza.

Consciente de que sus sueños ya se habían hecho añicos, con el mismo tono amable la animó: "¿Pensó qué?".

Ella se encogió de hombros. "Que sería la doncella de una dama y viviría bajo las vigas de una casa elegante y la peinaría y cepillaría sus vestidos y...". Soltó un largo suspiro.

Andrew Deseaba poder estirar la mano y levantar suavemente su barbilla, para que ella pudiera leer el consuelo en su expresión, pero hacía tiempo se había dado cuenta de que las chicas secuestradas en las calles de Londres ya no agradecían el contacto de nadie. "Todavía puedes hacer esas cosas", dijo en su lugar.

Ella asintió con la cabeza apoyada en las manos juntas, pero sus hombros caídos y su espalda encorvada le indicaron que no le creía. Pronto lo haría. Si no tenía adónde ir, McClintock le encontraría una habitación en la Segunda Esperanza. Su gente la ayudaría a decidir dónde quería trabajar y le enseñaría las destrezas que necesitaba.

Andrew le tendió una mano. "¿Necesitas ayuda para bajar?

Ella sacudió la cabeza y saltó de la mesa. "Gracias, doctor.

"De nada, y por favor tome nota de mi dirección aquí en la calle Ámbar". Sacó una tarjeta del bolsillo. "Acá también está escrita. Y si no puede leer, puede enseñársela a alguien que si sepa Si alguna vez tiene problemas, incluso si le preocupa tenerlos pronto, vuelva. Pagaré el taxi cuando llegue, si es necesario. Te dirán lo mismo cuando dejes su cuidado en Segunda Esperanza, y le darán otra tarjeta. Asegúrese de conservarla".

Ella aceptó el pequeño rectángulo de papel, girándolo de lado a lado como si no estuviera segura de cuál de las dos formas haría las letras más legibles. "Gracias. Unos tímidos ojos color avellana se alzaron para encontrarse con su mirada. "Yo... olí estofado, y me pareció oír el traqueteo de la gente comiendo...".

Andrew sonrió. "Por aquí", dijo y la guió desde la sala de exámenes hasta un espacio más

amplio donde esperaban las otras mujeres del vagón, algunas todavía comiendo el espeso estofado y los panecillos marrones que Lanora, Lady Westlock, había enviado. Dejando a la niña al cuidado de la gente de McClintock, Andrew hizo una seña a otra para que le siguiera.

A última hora de la tarde, Andrew cerró la puerta de la clínica tras la última de sus pacientes del día, una joven del distrito que había venido en busca de consejo para quedar embarazada. Andrew reprimió su primera respuesta, cansado de que Londres no necesitara más niños hambrientos, y la remitió al dispensario de alimentos que Lady Westlock había instalado. Sospechaba que la pobre mujer estaba demasiado esquelética para dar un hijo a su marido.

Caminando pesadamente hacia la parte trasera de su clínica, Andrew buscó la olla de estofado. Su estómago emitió un sonoro gruñido, recordándole que se había pasado la comida y la cena, pero al quitar la tapa vio que la olla estaba casi vacía. A su lado había medio panecillo. Una punzada de culpabilidad le golpeó por no haber pensado en darle los restos de comida a la mujer a la que hacía unos instantes había despachado, pero como ya se había marchado, utilizó el panecillo para recoger trozos de estofado de las paredes y el fondo de la olla y llevárselos a la boca.

Tenía comida en casa, sin lugar a dudas. Segundo hijo de un caballero medianamente rico, Andrew tenía una casa en Londres, un modesto personal y una cama blanda y limpia. Aunque su estómago seguía refunfuñando, renunció a esos lujos y se dirigió a su despacho privado, donde guardaba un catre. Una siesta le aseguraría que no estaba demasiado agotado para encontrar el camino a casa.

Su mayordomo y su ama de llaves estaban acostumbrados a sus largas horas en la clínica. Algo de comer le esperaba a su llegada. Se estiró en el catre, se arropó con una manta y cerró los ojos.

Estaba cortando leña, con el hacha cayendo rápidamente. Golpe. Golpe. Golpe.

Se incorporó, parpadeando y alejando las visiones del campo. Los golpes provenían de la puerta trasera de la clínica. Golpes sólidos, fuertes y resonantes.

Pasándose una mano por la cara, Andrew se dirigió a la puerta. Aunque conocía el golpe, se asomó por una rendija de la pequeña ventana con cortina antes de descorrer el pestillo.

Tres figuras entraron en escena. Dos de ellas, los vigilantes conocidos como Lord Garfio y Pequeño Garfio, iban ataviados con sólidos calzones negros, camisas de césped, chalecos, máscaras y sombreros. Ambos llevaban también botas negras relucientes y cinturones anchos con cuchillas. Pequeño Garfio, el más bajo de los dos, llevaba pistolas. La tercera figura, un muchacho con posiblemente una docena de años, vestía ropa usada remendada y raída. Tenía las manos y la cara manchadas de suciedad, pero Andrew sabía que se trataba de una artimaña, al igual que la ropa. De día, el niño, Dodger, vivía en la casa londinense de Lord William Greydrake, Marqués de Westlock.

"¿Qué te has hecho esta vez?" preguntó Andrew, ahogando un bostezo al ver cómo Garfio se apretaba el antebrazo derecho.

"¿Te aburre mi agonía?" preguntó Garfio, sólo un rastro del dolor que debía sentir coloreando su tono.

"Intentó bloquear un cuchillo con su piel", dijo Pequeño Garfio, con voz ligera y femenina. Se quitó el sombrero y la máscara para revelar un pelo rubio y blanco muy rizado y unos serios ojos grises.

Andrew, habituado desde hacía mucho tiempo a ver a Lady Madelina McClintock vestida de hombre, esbozó una leve sonrisa. "Uno pensaría que ya habría aprendido que los cuchillos cortan".

"Soy increíblemente torpe", afirmó Garfio. "¿Supongo que no podrías suturarme antes de desangrarme por todo el suelo?".

De hecho, incluso a la tenue luz del único candelabro que había dejado encendido, Andrew pudo ver que la sangre empapaba la manga que Lord Garfio sujetaba. Andrew señaló más allá de su oficina a su sala de examen. "Usted conoce el camino".

Garfio, con Lady Madelina a su lado pero sin prestarle apoyo, se dirigió al pasillo.

"Me aseguraré de que su señoría no haya dejado un rastro de sangre hasta su puerta", dijo Dodger y desapareció de vuelta en la noche.

Andrew cerró la puerta tras Dodger antes de dirigirse por el pasillo a su sala de exploración. No tenía ni idea de qué hora de la noche era, pero se sentía como si sólo hubiera conseguido alejarse unos minutos de su trabajo.

Reprimió otro bostezo antes de acceder a la sala de exploración. El sombrero y la máscara de Garfio descansaban a su lado en la camilla en la que estaba sentado, dejando ver el pelo enmarañado y húmedo de sudor y la mueca de dolor de William, Lord Westlock. A su lado, su hermana Lady Madelina le arremangaba con delicadeza la manga.

"Podrías cortarles eso", sugirió Andrew mientras se movía para vaciar un aguamanil en una jofaina. Dejó la palangana en la mesa junto a Westlock y se volvió para coger paños limpios, vendas y su kit quirúrgico.

"Lanora puede zurcir la camisa tan fácilmente como tú mi brazo", replicó Westlock.

"Creo que coser una camisa sería más fácil", comentó Lady Madelina en voz baja.

Siempre hablaba en voz baja, a menos que interpretara el papel de Garfio. Lady Madelina McClintock era encantadora, recatada y elegante, pero se había criado con unas costumbres más prácticas que Westlock y Andrew sabía que era la más aguerrida de los dos.

Westlock, a pesar de toda la dureza de su padre y de sus años de trabajo para combatir los barrios bajos y sórdidos de Londres y defender a los habitantes del distrito más pobre de la ciudad, mantenía una sorprendente dedicación a la caballería. Cuando iban juntos a la universidad, Lord William Greydrake, como había sido antes del fallecimiento de su padre, había tenido fama de ser uno de los peores bandidos de Inglaterra y Andrew nunca habría podido adivinar la verdadera naturaleza de aquel hombre. Pero ésa había sido la intención de Westlock. Engañar al mundo.

Andrew se aseó mientras Lady Madelina encendía más velas. Mientras ella terminaba esa tarea, él se dedicó a limpiar suficiente sangre del antebrazo de Westlock para examinar la herida. Al comprobar que no era demasiado profunda y que la hemorragia era constante pero lenta, limpió el corte. Mientras trabajaba, Lady Madelina le tendía cada objeto que estaba a punto de tomar, facilitándole y agilizándole el trabajo. Qué no haría él por tener una ayudante tan experta, constante y digna de confianza como ella, pero una clínica no era lugar para una dama tan gentil, y dudaba que ella dejara su trabajo como Pequeño Garfio para asumir la tarea.

"Gracias por ocuparte de las mujeres que trajimos", dijo, entregándole una línea de tripas.

"¿Están instaladas en Segunda Esperanza?"

preguntó Andrew, añadiendo una sutura con rápida eficacia. Una mirada mostró los dientes apretados de Westlock, pero la experiencia le decía a Andrew que el otro hombre no aceptaría láudano.

"Sí", respondió Lady Madelina. "Jasper se encargó él mismo". Le dio más tripa.

Andrew alistó la aguja. En un esfuerzo por distraer a Westlock antes de aplicar otra sutura, preguntó: "¿A qué os habéis enfrentado esta noche?".

"Rastreamos a uno de los hombres del Facineroso hasta una estación de paso", respondió Lady

Madelina. "Es decir, lo ha hecho Dodger. Le seguimos cuando huía mientras liberábamos a esas mujeres".

Andrew asintió. Westlock y Lady Madelina habrían estado demasiado ocupados como para perseguir a uno de los hombres del Facineroso, pero Dodger, probablemente vestido como estaba ahora y observando desde un callejón, podría deslizarse fácilmente por la ciudad sin ser visto.

"¿Supongo que encontraste a más de uno cuando fuiste tras él?". preguntó Andrew mientras blandía la aguja.

"Fue un botín mayor de lo esperado", dijo Westlock entre dientes apretados.

Andrew aceptó otra línea de tripas. "¿Cuánto más grande?"

"Alrededor de una docena", respondió Lady Madelina.

Andrew hizo una pausa, incrédulo, y luego añadió otra sutura.

"¿Una docena y lo único que habéis sufrido entre los dos ha sido una cuchillada?"

"Tendré algunas costillas magulladas", dijo Lady Madelina con su voz tranquila y despreocupada.

"Me magullé la mano", añadió Westlock.

Andrew negó con la cabeza. Los hermanastros formaban un equipo extraordinario.

"Madelina le disparó a dos", añadió Westlock, y la última palabra se rompió en un siseo cuando Andrew añadió una última sutura.

"No los maté, aunque debería haberlo hecho". Aún en silencio, sus palabras eran cortantes. "Merecen la muerte".

Andrew volvió a limpiar cuidadosamente la herida, ignorando la forma en que ambos se miraban.

"Sus vidas los llevaron a un lugar tan bajo", dijo Westlock. "Pueden ser reformados".

"No lo serán, algunos hombres simplemente nacen malvados", replicó Lady Madelina.

"Yo no puedo creerlo". La voz de Westlock era casi tan suave como la de su hermana.

Lady Madelina respiró lentamente y dejó escapar el aire. "Sé que no lo crees. Es uno de tus mejores rasgos, aunque sea ingenuo".

Para frenar su desacuerdo, Andrew ofreció: "Los subordinados no son el problema. No tendrían tanto éxito si hubiera más miembros de la guardia apostados en las paradas de los autocares que llegan". Buscó unas vendas limpias, mientras Lady Madelina se distraía de su papel de ayudante discutiendo con su hermano mayor.

"Llevamos casi dos años dedicados a eso". Westlock sonaba más él mismo ahora que la costura estaba hecha. "Cada vez que tenemos suficientes votos, alguien se echa atrás".

"Ojalá pudiéramos saber por qué", añadió Lady Madelina, su tono suave hizo que las palabras resultaran ominosas.

Andrew envolvió el brazo de Westlock, su estómago emitió un sonoro gruñido.

Lady Madelina lo miró con ojos grises. "¿Hambriento?"

Andrew se encoge de hombros y termina de vendar a Westlock.

"Creí que Lanora había enviado comida". Westlock alcanzó a rodar por el brazo de su camisa, luego hizo una mueca cuando su mano salió cubierta de sangre. "Esto no le va a gustar".

"Ella envió comida". Andrew empezó a recoger las vendas sin usar.

"Lo repartiste todo, ¿verdad?". Adivinó Lady Madelina. "Usted también debe comer, doctor Carter".

Guardó las vendas y se volvió hacia la palangana, con el agua tintada de sangre. "Lo haré cuando llegue a casa".

Westlock frunció el ceño. "Sólo faltan dos horas para el amanecer. ¿Cuándo planeabas volver

a casa? ¿Estabas durmiendo aquí?"

"Una siesta".

"Necesitas una mujer en tu vida, Carter. Alguien que te cuide".

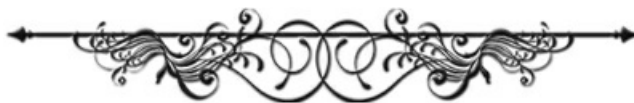
"Tengo madre y ama de llaves, gracias".

Westlock sacudió la cabeza. "No es lo mismo. Madelina, recuérdame que se lo mencione a Lanora. Tenemos que conseguirle una esposa a Carter".

"Ese tipo de conversación hará que te echen de mi clínica", dijo Andrew, aunque la idea tenía cierto encanto.

Con nueve años y veinte, quería una esposa, pero ¿quién se casaría con un segundo hijo que dedicaba cada hora de vigilia y gran parte de sus ingresos a una clínica en las afueras del barrio más pobre de Londres?

CAPÍTULO TRES



Grace se las arregló para evitar a William durante el desayuno, ya que el Marqués siempre cenaba temprano. Como él no estaba en casa para el almuerzo, algo habitual, tampoco tenía que enfrentarlo entonces, pero no tenía forma de eludirlo en la cena. La familia y Grace cenaban juntos casi todas las noches. Su única salida era mentir, y Grace se ponía roja cuando mentía, sus mejillas redondas se encendían como cerezas al sol del verano.

Cómo había podido equivocarse de tal manera sobre William, se preguntaba Grace mientras se dirigía a la parte trasera de la casa. Estaba orgullosa de su capacidad para leer a la gente. Normalmente, una mirada lo decía todo. Su juicio era rápido y certero.

O eso creía ella.

Paredes revestidas de roble lacado en la parte inferior y empapeladas en color crema a rayas salvia en la parte superior pasaron a su lado mientras avanzaba penosamente hacia el comedor familiar. La habitación, hecha combinando el despacho del ama de llaves y una despensa, estaba justo al lado de la cocina y representaba un compromiso. El personal de William no había podido acostumbrarse a la inclinación de Lanora a cenar con ellos, y Lanora se negaba a utilizar el comedor formal cuando sólo la familia, y Grace, se sentaban a la mesa.

Independientemente de las razones, la ubicación del comedor familiar significaba que, antes de reunirse con ellos, Grace podía asomar la cabeza a la cocina. Y así lo hizo, saludando con un hoyuelo al atareado personal.

Desvió la mirada hacia los trastes sucios apilados en el fregadero. Casi todos. Afortunadamente, como caballero que se limitaba a disfrutar de su afición por la cocina, Grace no tenía que fregar después. Al menos, ya no. No desde que el padre de Lanora, el Duque de Solworth, le había devuelto sus propiedades ancestrales, haciéndola pasar de criada a señorita.

Al dejar de observar el caos controlado de la cocina, Grace esbozó una sonrisa y entró en el comedor familiar. William estaba sentado al otro lado de la mesa redonda, con una de sus gemelas de tres años a su lado. Con una expresión entre divertida y consternada, intentaba convencerla de que probara un bocado de puré de patatas con la cuchara. Frente a él, Lanora, con la barriga más alejada de la mesa de lo habitual, ya tenía a su otra hija comiendo, con la patata untada por toda la cara rechoncha mientras se la introducía en la boca sin ayuda. A la izquierda de Lanora, el bebé Robbie estaba sentado en su trona, aplastando guisantes con las manos. Grace tomó su asiento habitual a su lado, dejando espacio para Dodger entre ella y William.

"Buenas noches, señorita Birkchester", dijo William muy animado. "Niñas, saluden a su tía Grace".

"Wawo tía Gwace", corearon, la patata brotando de sus bocas.

Lanora sacudió la cabeza, volviéndose hacia Grace con fingida turbación. "Todas las tardes. Me paso el día diciéndoles que no hablen con comida en la boca, y él lo hace todas las noches".

Grace intentó esbozar su sonrisa de costumbre.

A su lado, el pequeño Robbie aplastaba otro guisante con su minúsculo puño. "Vea", gritó con gran satisfacción. A los dieciocho meses ya había desarrollado un extenso vocabulario sobre las verduras, que utilizaba sobre todo para aplastar la comida.

"Sí, guisantes", asintió Lanora, sirviéndole más en la bandeja. "Se meten en la boca, Robbie".

"¿Dodger no se nos une?" preguntó Grace.

William negó con la cabeza. "Le he enviado a hacer un mandado".

"Es tu hijo, no un chico de los mandados", replicó Grace.

William y Lanora se giraron para mirarla, con la sorpresa reflejada en sus rostros.

Grace enojeció. " Quiero decir que deberías haber enviado a un lacayo. Dodger está demasiado flaco para perderse las comidas".

" No me cabe duda de que comerá cuando regrese", dijo Lanora con tono apaciguador.

William miró a Grace con el ceño fruncido y luego se volvió hacia su hija.

Grace se dispuso a llenar su plato, pero lo que antes había ayudado a crear tan alegremente ya no parecía apetecible. Pronto, empujó los guisantes con mucho menos entusiasmo que el pequeño Robbie, su mirada se desviaba una y otra vez hacia el perfil de William. Había convencido a su hija para que empezara a comer patatas, y ahora ella se embutía comida en la cara con la misma velocidad que su hermana. Con expresión cariñosa, William cogió el cuenco para echarle más comida en el plato.

Una franja blanca, apenas visible bajo el blanco de su camisa, llamó la atención de Grace cuando depositó el cuenco de patatas. Sin dejar de prestar atención a su hija, William se volvió a colocar la manga en su sitio. Grace bajó la mirada hacia su plato antes de que él pudiera girarse para averiguar si había visto la venda.

¿Una venda? ¿Qué hacían él y su señora? Algo repugnante, sin duda. ¿Cómo podía Lanora pasar por alto marcas tan profundas como para necesitar un vendaje? ¿O siempre permanecía completamente vestido en su presencia cuando estaba embarazada?

Grace se introdujo un bocado de zanahorias al vapor en su boca, las verduras bien condimentadas sabían a ceniza. ¿Cómo era posible que un hombre que había aceptado el amor de Lanora por las comidas familiares, que alimentaba a su propia hija en lugar de dársela a una criada, que permitía que hubiera niños en las comidas, cómo era posible que traicionara tanto a Lanora? Parecía imposible, pero ¿qué otra razón podía tener para escaparse todas las noches a los aposentos de los criados?

"Estás muy callada esta noche, Grace", observó Lanora. "En realidad, no has sido tú misma en todo el día. ¿Estás bien?"

Grace tragó, forzando a las zanahorias a bajar. Tenía un nudo duro y frío en la garganta. Cogió su vaso y bebió un trago de vino aguado. "No. Estoy muy cansada y me duele la cabeza". Todo era verdad.

El rostro de Lanora mostró preocupación al instante. "¿Estás enferma? ¿Deberíamos llamar al Doctor Carter?"

El bondadoso médico de pelo arenoso y sobrecargado de trabajo que mantenía una clínica en la calle Amber no era el tipo habitual de médico de la alta burguesía. En realidad, la mayoría de sus colegas le menospreciaban por su dedicación a los habitantes más pobres de Londres. Pero no William y Lanora. Ellos siempre llamaban al Doctor Carter ante cualquier malestar.

Sí... para cualquier malestar, lo que significaba que el Doctor Carter habría vendado el brazo de William. ¿Sería capaz de contarle a Grace lo que el Marqués hacía por la noche? ¿Estaría dispuesta a contárselo?

"No creo que necesite un médico", dijo Grace temporalmente, reservándose esa posibilidad. Si era necesario, se enfrentaría al doctor Carter más tarde. Él no querría decirle ningún secreto sobre William, pero ella obtendría la verdad de él. "Pero creo que tengo que acostarme", dijo, mientras se levantaba de la mesa.

La expresión angustiada de Lanora desgarró el corazón de Grace. Ansiaba soltar sus sospechas

sobre William, liberar a Lanora de su crueldad. Grace miró a los gemelos y luego al pequeño Robbie. Hizo una reverencia.

"Di buenas noches a la tía Grace", dijo William cuando Grace se levantó de la mesa.

Se quedó paralizada, con los puños cerrados.

"Buenas noches, tía Gwace", corearon los gemelos.

Grace luchó contra su ira. ¿Cómo podía fingir ser un marido tan dedicado mientras andaba de mujeriego todas las noches? Temerosa de que su expresión la delatara, no se giró y replicó: "Buenas noches, pequeños. Que duerman en paz".

Grace se levantó de la cama y recolocó la almohada en su sitio. No recogió ni cargó su pistola, sino que se dirigió a su armario para vestirse una vez más de negro. Una elección necesaria para escabullirse, y apropiada para su estado de ánimo mientras lloraba la ruina de la hasta ahora feliz relación de Lanora y William.

Como era demasiado temprano para espiar a William, Grace se trasladó a la silla junto a la chimenea, para dedicar un rato a la lectura. Sin embargo, su mente no se concentraba en las palabras, sino que repetía la escena del comedor.

Simplemente no era tan buena lectora como Lanora. Peor aún, todas las novelas que Grace conservaba en su habitación eran de amor. En lugar de hacerla suspirar de nostalgia como solían hacer, cada una de las que probaba la dejaba con el ceño fruncido y preguntándose cómo alguien podía creer semejante estupidez. Amor eterno, en efecto. ¿Qué tal un amor que durara sólo unos cuatro años y no más de tres embarazos? Eso sería una novela más real.

Finalmente, cuando oyó que la casa se animaba con pasos que la preparaban para dormir, se metió en la cama y se subió las mantas hasta la barbilla. Unos minutos más tarde, llamaron a su puerta.

"Adelante", dijo Grace.

La puerta se abrió de golpe y Lanora asomó la cabeza, con expresión preocupada. "¿Cómo te encuentras? ¿Has comido algo?"

"Estoy cansada, eso es todo. Me duele mucho la cabeza. En realidad, comenzó a principios de semana. Ha ido en aumento".

Todo cierto. La desertión de William le provocó a Grace un fuerte dolor de cabeza.

Lanora frunció ligeramente el ceño. "Bueno, si no mejora con una buena noche de descanso, llamaré al doctor Carter".

Grace esbozó una débil sonrisa. "Estoy segura de que mañana me levantaré recuperada".

"Por supuesto que así será. Nunca estás enferma", dijo Lanora con una alegría forzada. "¿Hay algo que pueda traerte?" Su expresión se iluminó. "Había un nuevo artículo sobre Lord Garfio y Pequeño Garfio en el periódico de hoy. Puedo hacer que te suban una copia".

Grace negó con la cabeza. "Ya he estado leyendo un poco".

Normalmente, ella saltaría ante la oportunidad de leer sobre sus héroes, a quienes adoraba, pero incluso los sueños del elegante Lord Garfio no podían restaurar su fe en los caballeros hoy.

La sonrisa de Lanora vaciló. "Bueno, entonces, te veré por la mañana. Que descanses, Grace".

"Que descanses, Lanora."

Cuando Lanora cerró la puerta, Grace se tragó el nudo que tenía en la garganta. Se levantó de la cama y sacó su velo negro. Después de esperar un rato, consciente precisamente de lo que tardaba el personal en arreglar la cocina y la despensa tras la cena y la casa en caer en el letargo, Grace bajó a la cocina.

Se apresuró, pues William solía pasar por delante de su puerta poco después de que sus ocupantes hubiesen encontrado un descanso. Al llegar a la cocina, se apresuró a ordenar el

contenido de un armario y se escondió dentro. Abrió la puerta unos centímetros y se asomó, esperando a que pasara William. Tendría que ser rápida y silenciosa para seguirle escaleras arriba y ver a través de cuál de las puertas de servicio pasaba.

El armario apenas la contenía. Los hombros empezaron a dolerle casi de inmediato. La cabeza le palpitaba. El aire del armario olía a ajo mohoso. Tendría que vaciarlo todo, limpiarlo y volver a ponerlo en su sitio. Las rodillas, levantadas contra el pecho, empezaron a provocarle punzadas de dolor. Grace llevaba más de diez años sin esconderse en un armario. El espacio le parecía más reducido de lo que recordaba los de la casa señorial de Solworth. Claro que aquella era una cocina rural.

Nadie en la mansión Solworth, donde la madre de Grace las había criado a ella y a Lanora juntas, se entretendría con William. Todo el mundo allí amaba a Lanora como si fuera de la familia. Pero esta era la casa de William en Londres y la mayoría del personal era suyo. Ahora Grace tenía una idea bastante clara de las cualidades que buscaba el Marqués a la hora de contratar criadas. Con los hombros palpitantes, apretó ligeramente los dientes.

Un zumbido de aire llegó a sus oídos. La puerta de la cocina abriéndose. Contuvo la respiración.

Unas pisadas silenciosas y firmes cruzaron la cocina. No de alguien que se escabullía, sino de alguien que parecía caminar con cuidado de forma natural. Era William. Siempre había notado eso en él. Aunque medía más de dos metros, se movía silenciosamente.

Por silenciosos que fueran, ella aún podía percibir sus pisadas. No se dirigían a la escalera de los sirvientes, sino que bajaban los escalones hacia la fría habitación. ¿Estaba, en realidad, consiguiendo algún pequeño bocado para Lanora?

El alivio hundió los músculos de Grace. Era una ingenua. Una tonta que de alguna manera no había visto a William la noche anterior y que había leído su amor por Lanora desde el principio, y luego permitió que la insania se apoderara en sus pensamientos.

Empujó la puerta del armario y salió sin contemplaciones. Parecía que William y Lanora tendrían su diversión después de todo. A Grace no le importaba que su alegría fuera a costa de ella. Una sonrisa le partió la cara. La euforia de estar equivocada la llenó. Con las piernas cansadas por haber pasado tanto tiempo en el armario, encendió una vela y se apresuró a bajar a la fría habitación.

Al entrar, una pared de estantes pareció estremecerse, acomodándose en su sitio. Nada más se movió. La habitación estaba completamente vacía.

Grace giró lentamente en círculo. La vacilante luz de la vela iluminó el escritorio del ama de llaves, repleto de libros de contabilidad, y las numerosas estanterías. Barriles. Botellas de vino. Sólo eso. Desde luego, no un Marqués de dos metros y medio.

Confundida, se aproximó a la sección de la estantería que había parecido moverse a su llegada. Le dio un tirón. No ocurrió nada. Se acercó al escritorio, encendió la vela y la apagó.

Sintiéndose tonta, volvió a la estantería y acercó la vela para examinarla mejor. ¿De verdad creía que había una puerta secreta que salía de la fría habitación del Marqués? Esta no era una de sus novelas. Y, sin embargo, ¿dónde más podría haber estado?

Deslizó el contenido de la estantería, pero no ocurrió nada. Volvió a tirar de ella. No se movió. Palpó arriba y abajo la estantería. Cerca de la parte superior, a la que sólo podía llegar poniéndose de puntillas, encontró una cabeza de clavo que sobresalía. Sintiéndose tonta, lo presionó hacia dentro.

Clic.

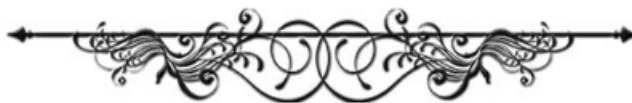
Toda la estantería se movió. Con un chillido de sorpresa, Grace retrocedió de un salto, el

movimiento casi apagó su vela. La estantería se detuvo a un palmo de la pared.

Con una mano temblorosa, se acercó al borde y tiró. Se abrió con facilidad. Grace se quedó mirando el oscuro túnel que tenía delante y tragó saliva.

Enderezó los hombros. No había llegado tan lejos para retroceder. Lanora merecía la verdad. Con la vela en alto, Grace se adentró en el túnel.

CAPÍTULO CUATRO



"No dude en mandarme llamar si su tos no mejora a lo largo de los próximos días -le dijo Andrew a la joven, ofreciéndole una mano para ayudarla a descender de la mesa. McClintock y su esposa, Lady Madelina, habían dotado a Segunda Esperanza de su propia sala de exploración, muy conscientes de que las mujeres que acogían a menudo se encontraban delicadas de salud a su llegada. "No hay necesidad de esperar hasta que vuelva la semana que viene".

"Sí, doctor", dijo en voz baja.

"Al salir, por favor, haga pasar a la siguiente de la fila".

"Hoy soy la última". La joven, con un ojo aún amoratado por la paliza que le había dado quienquiera que huyera a Segunda Esperanza, sonrió alegremente. "Ya ha pasado la hora de cenar. Deberías irte a casa".

"¿Ah, sí?" Andrew sacó su reloj de bolsillo mientras ella salía de la habitación, con paso alegre a pesar de la tos y el ojo amoratado.

Siempre se percataba cuando las mujeres de Segunda Esperanza empezaban a comprender que realmente habían encontrado un refugio seguro. Empezaban a sonreír. Caminaban con la barbilla alta y los hombros hacia atrás. Ver ese cambio en ellas hacía que el dolor de cabeza, las comidas perdidas y la falta de sueño valieran la pena.

Se pasó una mano por la cara y recogió sus utensilios. Cuando guardaba el último en la bolsa, se escucharon pasos detrás de él.

Se volvió y encontró a McClintock en la entrada.

"Estás hecho un desastre, Carter. ¿Cuándo fue la última vez que dormiste? Llamaré a un carruaje".

Andrew negó con la cabeza. " Caminaré. No está muy lejos".

¿A estas horas de la noche? No seas insensato. Nadie en su sano juicio anda a estas horas por el barrio.

Andrew se abstuvo de señalar que la esposa de McClintock, Lady Madelina, merodeaba por los tejados del barrio casi cada noche. En realidad, no estaba seguro de que la dama, su hermano o sus cónyuges estuvieran en su sano juicio. La mayor parte del tiempo, Andrew creía que no, pero alguien tenía que cuidar de los olvidados de Londres.

Esbozó una sonrisa. "Un carruaje sería bienvenido".

"Y el pago de hoy".

Andrew negó con la cabeza. " Deposita el dinero a Segunda Esperanza".

Los desconcertantes ojos ámbar de McClintock se entrecerraron ligeramente. "Ya lo hiciste la semana pasada".

"Y lo haré la semana que viene". Andrew cerró su maletín médico y lo alzó. "Pero he aceptado el ofrecimiento del carruaje".

McClintock asintió y pivotó, abandonando el umbral de la puerta para guiarle de vuelta a la parte frontal del edificio. Pasaron del vestíbulo a una sala común, donde muchas de las mujeres estaban sentadas en pequeños grupos, conversando o jugando a las cartas. La mayoría miraba y sonreía a los dos hombres a su paso. Cuando llegaron al vestíbulo, McClintock hizo señas a uno de los fornidos lacayos que hacían las veces de guardia.

"Que acerquen mi carruaje, Smithy. Dígale al cochero que transporte al Doctor Carter a su casa..."

"De vuelta a la clínica", interrumpió Andrew.

McClintock frunció el ceño, pero continuó: "A su clínica en Amber. Luego vuelva aquí a por mí".

"Sí, señor", dijo el lacayo y se alejó a toda prisa.

"¿Va de camino a casa a pasar la tarde?", dijo Andrew, para darle importancia.

McClintock le dirigió una breve sonrisa, entendiendo lo que quería decir. "No. Tengo más trabajo pendiente en el Aspen".

Andrew lo dejó pasar. Seguiría el consejo de McClintock y Westlock de trabajar menos cuando lo hicieran. Además, ambos tenían esposas encantadoras con las que volver a casa. Andrew tenía la casa casi sin empleados, pues no necesitaba mucho, y cenaba solo.

"Becker no le dirá a Westlock por qué se ha retirado", dijo McClintock, en voz baja, refiriéndose al miembro más reciente del Parlamento que había desistido de su causa de salvaguardar a las mujeres más pobres de Londres.

Andrew asintió. "Tenemos que averiguar por qué tantos Lores parecen apoyar la incorporación de más miembros de la guardia a las zonas de alto riesgo y luego se retractan en el último momento. Ha ocurrido durante demasiado tiempo para ser casualidad".

McClintock frunció el ceño, con las angulosas facciones de su perfil marcadas por la luz de los apliques del vestíbulo. "Madelina cree que es ese Facineroso. Aquel cuyos hombres se llevaron el cargamento de chicas que trataste el otro día. Cree que está sobornando y extorsionando a quien puede, para mantener a la guardia fuera de su ruta".

"¿Cree, o sabe?"

"Si lo destituimos y conseguimos los votos que necesitamos cuando se reúna el próximo parlamento, tendremos nuestra respuesta", respondió McClintock con un encogimiento de hombros.

"¿Y si no?"

"Al menos un bellaco más se enfrentará a la justicia".

Andrew deseó que fuera así de fácil. "Eliminar a los cabecillas de los secuestros tiene un límite. Cada vez que se encierra a uno, aparece otro para ocupar su lugar".

"Lo sé. Lo que precisamos son guardias en los lugares más expuestos, y para eso son necesarios votos".

"Bueno, si alguien puede descubrir quién está convirtiendo nuestros votos afirmativos, que lo haga". Andrew mantuvo sus palabras deliberadamente vagas. McClintock sabía que se refería a Lord Garfio, Pequeño Garfio y Dodger.

"No descansarán hasta que lo consigan".

Al percibir un indicio de amargura, Andrew lanzó una rápida mirada al otro hombre, pero el perfil de McClintock resultó indescifrable. ¿Le cansaba el trabajo de vigilante de su mujer? A Andrew no le gustaría tener que preocuparse de que su mujer deambulara por los tejados en mitad de la noche, enfrentándose cara a cara con los más despreciables de Londres.

Se sumieron en un silencio, si no fácil, al menos aceptable. Demasiado cansado para bromas, Andrew intuía que McClintock pensaba lo mismo. Cuando llegó el transporte, se dieron la mano a modo de despedida y Andrew salió de Segunda Esperanza y se dirigió al interior del oscuro carruaje, deteniéndose sólo para reiterar al cochero que deseaba ir a su clínica de la Calle Amber.

Accedió por la puerta principal a una sala de espera únicamente iluminada por una farola que chisporroteaba al otro lado de la calle, pero la oscuridad no ocultaba la sensación de malestar que

le invadió. Miró por encima del hombro y vio el carruaje de McClintock doblando la esquina al final de la calle. Decidido, Andrew se preguntó si debería volver a salir y buscar un coche de caballos. O arriesgarse en la calle.

Por supuesto, el edificio también contaba con una puerta trasera y una ventana en cada habitación.

Con cuidado, Andrew dejó su maletín médico. Se acercó a la estufa y cogió un mechero. Al revolverla, encontró brasas aún encendidas bajo una gruesa capa de ceniza. Encendió la vela y acercó la llama a una vela cercana.

Ambas llamas bailaron.

Apagó la vela y la arrojó a la estufa, sintiendo de nuevo el mal. La llama de la vela no debería rebotar y revolotear. Si la clínica estuviera bien cerrada, no debería haber ni una brisa corriendo.

Siempre estaba bien cerrada.

Tenía una pistola en su escritorio. En un cajón. No estaba cargada.

Su mirada se desvió hacia la puerta principal, pero eso le hizo sentirse estúpido. Esta era su clínica. La gente del barrio le respetaba y le cuidaba. Si alguien había entrado, necesitaba su ayuda.

Pero, ¿por qué quedarse a oscuras?

Se dirigió al pasillo que conducía a su despacho y a la sala de exploración y, al otro lado del pasillo, al espacio más amplio donde servía la comida. Si alguien estaba herido, podía haber perdido el conocimiento. Podrían no haber sido capaces de hallar una vela. Podrían...

Una gran silueta salió de la sala donde Andrew servía la comida.

¡Woosh! El aire abandonó sus pulmones cuando un puñetazo chocó contra su cabeza. Se dobló, dejando caer la vela al suelo.

"Bienvenido de nuevo, Doc", dijo una voz cerca de su oído. "Tenemos algunas preguntas para usted".

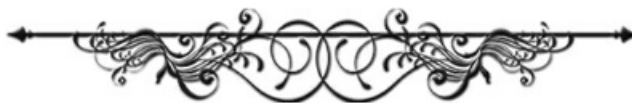
Andrew jadeó, aspirando aire. El dolor le rebotó en las entrañas. Unas manos lo sujetaron por detrás y le tiraron de los brazos hacia atrás.

"Se rumorea que coses a todo el mundo en el distrito, Doc", continuó la voz. "Incluido ese bastardo de Garfio".

Una mano agarró el pelo de Andrew y le levantó la cabeza. En la oscuridad, la luz brillaba en un par de ojos muy juntos, a escasos centímetros de los suyos.

"Sabes quién es Garfio". Las manos que inmovilizaban los brazos de Andrew tiraron de ellos y le retorcieron los hombros. "Y vas a contármelo".

CAPÍTULO CINCO



Grace bajó la cuchilla en furiosos y rápidos tajos. Una cebolla desapareció, y fue reemplazada por rodajas perfectamente cortadas. Siguió una segunda, y otra más. Luego una docena de zanahorias. A continuación, los tallos de apio corrieron la misma suerte. Cortar, cortar, cortar, cortar. Más rápido de lo que el ojo podía seguir. Los barrió todos en una sartén grande y se dirigió al fregadero para lavar la cuchilla. Luego la secó en el delantal y la volvió a colocar entre las demás.

Al mismo tiempo, dos terriers observaban todos sus movimientos. Los había dejado la tía de Lanora tras una visita y debían proteger la despensa de las ratas. En lugar de eso, los peludos traviesos seguían a cualquiera que tuviera comida durante el día y dormían en el dormitorio de las gemelas por la noche.

Grace se apartó de la mesa y recorrió la habitación con la mirada, en busca de su próxima víctima. Una cesta de manzanas llamó su atención. Las manzanas necesitaban ser cortadas.

"¿Señorita Birkchester?"

Grace levantó la vista para ver a una de las criadas en la puerta de la cocina, su expresión tan tentativa como su voz. Sin disimular su fastidio, le respondió: "¿Sí?"

La muchacha se estrujó las manos en el delantal. "El doctor Carter está aquí. Ha preguntado por su señoría o la señora, pero ambos están fuera. Después preguntó por el joven Dodger, pero tampoco lo encuentro. ¿Debería ver si el Doctor Carter quiere esperar en el salón delantero? Sólo que el señor Quince está fuera y no sé qué sería lo mejor. El doctor Carter parece muy alterado, señorita".

Grace apretó los labios. Era demasiado temprano para llamarlo, sin duda el motivo por el que su mayordomo había elegido aquel momento para ausentarse. ¿Qué podía tener que decir el doctor Carter a William o a Lanora a esas horas de la mañana? ¿Y qué podría decirle también a Dodger? Desde luego, nada que no pudiera comunicarle a Grace.

Dirigiéndose a la criada, Grace se quitó el delantal. Se lo entregó en las manos a la muchacha. "Yo me encargo de esto."

La criada hizo una reverencia, girándose de lado en la puerta para que Grace pudiera pasar. "Sí, señorita".

Grace se alejó por el pasillo, con los rizos alborotados. ¿Sabría el doctor Carter adónde iba William por la noche y a quién iba a ver? Cuando Grace había seguido a William por el túnel, se había sorprendido al descubrir un establo. No el establo londinense de los Greydrake. Otro. Y William cabalgando lejos de él. No había manera de que ella lo siguiera. Nada que ver excepto caballos, y nada que hacer excepto regresar sobre sus pasos a la cocina. Pero el doctor Carter representaba una oportunidad para averiguar más. Sin duda había vendado el brazo de William.

Él conocería de las aventuras amorosas de William que se ocultaban bajo las vendas.

Dobló la última esquina que la separaba del vestíbulo. El doctor Carter esperaba al final, con el sombrero en la mano y expresión ligeramente apesadumbrada. La sonrisa que esbozó al verla parecía falsa. No importaba. La suya también lo era.

Grace se acercó a él y le saludó con una reverencia. "Doctor Carter. Me han informado que está buscando a un miembro responsable de la casa a quien transmitir un mensaje".

Se inclinó, con un movimiento ligero y rígido, el cabello castaño arenoso suelto cayéndole sobre la frente. Se lo apartó cuando se enderezó y sus serios ojos color avellana se encontraron con su mirada. "Señorita Birkchester. Es un verdadero placer verla. ¿Cómo está su hombro?"

Grace sonrió de verdad. "Me sorprende que recuerde eso. Han pasado dos años desde que usted trató mi hombro".

"No es frecuente que uno de mis pacientes se lesione durante el secuestro de un Duque". Le devolvió la sonrisa. "Y el suyo es un hombro particularmente hermoso".

Grace puso los ojos en blanco. "Lo dudo, señor, pero es muy amable por su parte. Me temo que todo el mundo ha salido. ¿Le importaría esperar a Lord o Lady Westlock en el salón delantero?"

"¿Lady Westlock realmente está fuera? ¿Con su cita adelantada? Pensé que quizás la doncella simplemente me estaba dando largas".

"Lanora disfruta haciendo exactamente lo que quiere", rezongó Grace. "Está decidida a repartir víveres una vez más antes de acostarse".

Al menos, si Grace tenía algo que decir al respecto, esta sería la última vez. La única razón por la que Lanora había conseguido salir de casa era porque Grace se había quedado dormida después de dar vueltas en la cama toda la noche.

"Si ambos están fuera, puedo volver más tarde. ¿Quizás podría usted avisarles que requiero hablar con ellos?"

Grace le observó con el ceño fruncido. El pelo se le había vuelto a caer hacia delante sobre la frente. "Creía que también había preguntado por Dodger".

El doctor Carter parpadeó. ""Sí, lo hice"".

"¿Podía entregar su mensaje a un niño pero no a mí?".

Sacudió la cabeza con una mueca. "Simplemente quería preguntarle si sabía dónde encontrar a Lord Westlock. ¿Lo sabe usted, por casualidad?"

A Grace le agradó que mencionara al Marqués. Aprovechando la ocasión, preguntó: "No lo sé, pero a propósito de Westlock, he observado que tiene un brazo vendado. ¿Puedo preguntar qué le ocurrió?"

El médico parpadeó rápidamente. "Yo... ése no es el tipo de cosas de las que habla un médico", dijo con un tono plano.

Grace esbozó su mejor sonrisa, mostrando sus hoyuelos. "Simplemente siento curiosidad".

El doctor Carter dio un paso atrás, como si pudiera salirse del aura que proyectaban sus hoyuelos. "Realmente no se puede discutir sobre un paciente."

Manteniendo su sonrisa dulce, Grace dijo: "Entiendo. Le preguntaré a Lanora".

El doctor Carter se sintió ligeramente aliviado. "Sí. Hágalo".

Grace frunció los labios. No era la reacción que esperaba. Si el doctor había vendado algún tipo de heridas ganadas en el acto de depravado mujeriego, no debería estar contento con la idea de que Grace trajera la lesión a la atención de Lanora. ¿O acaso el doctor Carter también quería sacar a la luz el mal comportamiento de William? ¿Podría ser por eso que había venido?

"¿Por qué no me da su mensaje y yo se lo transmitiré al Marqués?".

El doctor Carter negó con la cabeza, luego hizo una mueca, como si la acción le doliera. "Debo hablar directamente con Lord Westlock".

Segura de que el Doctor Carter conocía los secretos que intentaba descubrir, Grace levantó las manos, harta del juego. "De acuerdo. Si no quiere hablar conmigo y no quiere esperar en el salón, hemos concluido aquí, y le deseo un buen día".

Dio otro paso atrás y su expresión de sorpresa se transformó de nuevo en una mueca. Esta vez,

Grace reconoció la mirada como una expresión de dolor físico, no mental.

"¿Se siente bien, doctor?", le preguntó con verdadera preocupación.

"Suficientemente bien".

Para qué, se preguntó, volviendo a evaluar su rigidez. Se movía como si lo hubieran tirado de un caballo o se hubiera caído por las escaleras. Preocupada por él, puso una mano en su antebrazo. "¿Ha tenido un accidente?"

"Más o menos. Es de eso de lo que quiero hablar con el Marqués".

Grace se permitió poner de nuevo los ojos en blanco. "¿Por qué no lo ha dicho? No soy una mujer que se desvanece al vapor y no puede soportar una pizca de desagrado. Le informaré en cuanto regrese. ¿Necesita ayuda? ¿Atención?" ¿A quién visitaba un médico cuando necesitaba un médico?

Sacudió la cabeza, esta vez con más cuidado, y se apartó el pelo que le caía por la frente. Era de un fino tono castaño miel que combinaba bien con sus ojos azul verdoso claro. "Volveré a mi clínica. Allí tengo todo lo que pueda necesitar".

"¿Está seguro de que no requiere asistencia?"

Su expresión se caldeó. "Gracias, señorita Birkchester, pero tengo cosas entre manos. Tomaré un poco de té de corteza de sauce, cerraré la clínica por hoy y revisaré mis libros. Nada pesado".

Ella recompensó sus buenas decisiones con otra muestra de hoyuelos, pero no prolongada. Si él no divulgaba nada más, ella necesitaba que se fuera para poder contemplar por qué él también parecía feliz de que ella le preguntara a Lanora sobre la lesión de William. Llevó su mano a la parte superior del brazo del doctor Carter, un poco sorprendida por la firme musculatura bajo su abrigo, y ejerció una suave presión para orientarlo en dirección a la puerta.

"Ha sido un placer verle, doctor". Sobre todo porque le ahorró el viaje a la Calle Amber para interrogarle sobre William.

Al darse la vuelta, Grace los vio en un espejo que colgaba de la pared del vestíbulo. Aunque no era tan alto como William o el señor McClintock, el doctor Carter medía media cabeza por encima de Grace. Demasiado delgado, con el pelo cayéndole de nuevo hacia delante sobre la frente, parecía bastante ajado. Un aspecto que ella correspondía, con su reciente falta de sueño, sus noches pasadas preocupándose por Lanora.

Pero lo que más impresionó a Grace fue lo apropiado de que estuviera al lado del doctor Carter. La misma sensación, esa certeza, que había experimentado la primera vez que vio a Lanora con William, o a Madelina con el señor McClintock, o a Cecilia con el Duque de Solworth, invadió a Grace. Estaba destinada a estar con el doctor Carter, y él con ella. Se quedó boquiabierta ante su reflejo. Nunca había experimentado una de sus visiones sobre sí misma.

"Seguro que no me luzco tan abatido", dijo el doctor Carter, colocándose el sombrero en la cabeza. Le dio un golpecito firme y se volvió hacia ella.

Grace se dio cuenta de que su mano seguía apoyada en el brazo de él. La dejó caer a su lado y se lamió los labios resecos. "No. No, lo parece..."

Levantó la cabeza para estudiar su rostro. Guapo, sin duda, a pesar de que obviamente necesitaba alimentarse y descansar más. Dos cosas que una esposa podría asegurar.

¿Una esposa? Se balanceó ligeramente.

Sus manos se aferraron a sus hombros, fuertes y cálidas a través de los guantes. "Señorita Birkchester, ¿se encuentra indisputada?"

"No he dormido bien", admitió, aturdida.

Ese debe ser el problema. Además, el comportamiento reciente de William dejaba claro que sus premoniciones no siempre resultaban acertadas. Así que puede que ella no estuviera

destinada al doctor Carter ni él a ella.

No es que le importara estar destinada a un hombre tan amable y apuesto.

Pero no, también ayudaba a William en lo que el Marqués estuviera haciendo. Además de eso, Grace no deseaba casarse. Ella nunca había querido casarse. Ella quería ser cocinera, y pocos hombres complacerían a su esposa de esa manera. Los sirvientes eran una marca de posición y avergonzaría a un caballero si se supiera que su esposa preparaba sus comidas. Eso sin contar el escándalo que causaría si Grace intentara abrir una panadería. Los hombres no comprendían bien la alegría del trabajo arduo y de la creación, siendo ellos mismos criaturas inútiles y perezosas. Lamentablemente, era un hecho que Grace bien conocía.

Y ella no había necesitado a William para enseñarle eso. No necesitaba mirar más allá de sus propias relaciones. Su padre, Carl Hornby, se había negado a casarse con su madre. Había huido con una doncella en su lugar, lo cual era apropiado ya que había sido un novio. Luego el abuelo de Grace había expulsado a su madre, demostrando que los caballeros no se comportaban mejor que los sirvientes. Sólo la amabilidad del Duque de Solworth había hecho que la madre de Grace no muriera de hambre y, ahora, que las tierras de la familia de Grace le fueran devueltas.

"¿Señorita Birkchester?"

Unas manos cálidas apretaron ligeramente sus hombros.

Grace sacudió la cabeza, haciendo que sus rizos rebotaran y le devolvieran algo de sentido a su cerebro. "Estoy perfectamente bien. Le pido disculpas. Algo se apoderó de mi mente. Puede desearme un buen día, señor".

"¿Si está segura de que está bien?"

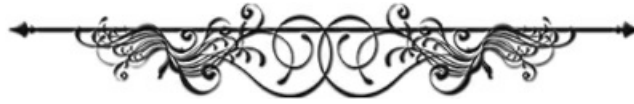
Era un hombre tan bondadoso. Si tan sólo no estuviera ayudando a William con su libertinaje, Grace sintió que realmente podría enamorarse de él. Entonces ella se aseguraría de que comiera adecuadamente. "Estoy completamente bien."

Él la observó a los ojos durante un largo momento, la intensidad de su mirada causando estragos en sus entrañas. Finalmente, asintió. "Si ves que no lo está, ya sabes dónde me encontrará".

"Sí, doctor".

Para alivio de Grace, tras darle un último apretón en los hombros, se dio la vuelta y salió a grandes zancadas de la casa. En cuanto la puerta se cerró tras él, ella corrió escaleras arriba, hacia su habitación.

CAPÍTULO SEIS



Andrew estaba parado al lado de su mesa de exploración, desenrollando vendas de su pecho. Cada pasada le provocaba una mueca de dolor. Tenía que conseguir otro médico o una enfermera. Llevaba tiempo queriendo hacerlo, pero la necesidad no le había apremiado tanto como ahora, sin nadie que le ayudara a curar sus propias heridas. No quería que se repitiera la paliza que le habían dado.

Con cautela, presionó con la palma de la mano una magulladura especialmente oscura que le envolvía las costillas. Respiró lenta y profundamente, trazando el camino del dolor que le surcaba el costado. No creía que la costilla estuviera rota, aunque bien podría estar fisurada. Tendría que vendársela durante varias semanas.

Llamaron a la puerta trasera de la clínica. La mirada de Andrew se dirigió a la pistola que había decidido tener a mano por el momento, ya que no le había servido de mucho desde dentro de su escritorio. La pistola descansaba sobre la mesa de exploración, junto al chaleco y la camisa que había dejado. Volvieron a llamar, más fuerte.

Tomó la pistola y salió a grandes zancadas de la sala de exploración, y luego por el pasillo. Sonó una tercera ronda de golpes. Al llegar a la puerta trasera, se asomó. Lord Garfio, Pequeño Garfio y Dodger estaban fuera. Westlock levantó el puño para volver a llamar. Andrew abrió la puerta de un tirón.

"Auch", exclamó Westlock, mirando a Andrew en el sombrío pasillo. "¿Por eso has venido a buscarme?".

Andrew asintió y retrocedió hacia el interior. Mientras Lady Madelina y Dodger seguían a Westlock, Andrew se dio cuenta de que se había olvidado la camisa en la sala de exploración y dio media vuelta en esa dirección.

"Menuda paliza te han dado", observó Westlock, siguiéndole. "Deberías vendarte eso. Podrías tener las costillas rotas".

Andrew apretó los dientes para responder con dureza. Llegó a la sala de exploración y entró. "Estaba a punto de volver a vendarla cuando escuché su golpe".

Lady Madelina se quitó el sombrero y la máscara. "Saque los brazos. Yo lo haré". Su tono era de una eficiencia uniforme. Sus mejillas ni una pizca de rubor. "Siempre es más difícil vendarse uno mismo."

Como ella estaba en lo correcto y no mostraba ningún rastro de inquietud, Andrew dejó la pistola y obedeció. Ella tomó un rollo de vendas y empezó a vendarle el pecho, más apretado de lo que él había conseguido por sí solo.

Ella trabajaba con manos seguras, los ojos claros atentos, y él se ahorró otro deseo de que ella pudiera ser su ayudante.

¿Tenía la señorita Birkchester manos firmes? Ciertamente tenía unos hoyuelos seductores.

Dodger, que había estado rodeando a Andrew, soltó un silbido bajo. "Te han dado fuerte, Doc. Me sorprende que no te hayan cambiado la cara".

"Dijeron que querían asegurarse de que podía escuchar y hablar".

"¿De qué se trataba?" Westlock preguntó.

"Eran los hombres del Facineroso". Andrew hizo una mueca de dolor cuando Lady Madelina

le dio un tirón de la venda. "Se ha formado la opinión de que sé quiénes son realmente Lord Garfio y Pequeño Garfio".

"No demasiado", dijo Andrew, haciendo otra mueca de dolor. Quizá Lady Madelina no sería una buena ayudante después de todo.

"Ya está", dijo ella, atando la venda. "¿Y estos rasguños en la espalda? ¿Los ha limpiado bien?"

" Los limpié. "

Enarcó una ceja. "Dodger, pásame esa botella marrón grande", le dijo al chico, antes de volverse hacia Andrew. "Los volveré a limpiar".

Aunque estaba bastante seguro de que le administraría casi tanto dolor como ayuda, Andrew asintió y le dio la espalda. Podía soportar el dolor y no sabía hasta qué punto había conseguido limpiar las heridas, quemaduras sufridas al ser arrastrado por el suelo.

Westlock recogió la pistola y la inspeccionó. "Ni siquiera está cargada".

"Las pistolas cargadas son peligrosas", replicó Andrew con los dientes apretados por el dolor de las atenciones de Lady Madelina.

"Esta tiene algunos escombros molidos en ella", dijo ella. "Esto va a doler".

¿Ella creía que lo que hacía no? Andrew apretó los dientes con más fuerza.

"No les dijiste nada, ¿verdad, Doc?" Preguntó Dodger.

"Ciertamente no".

"Pero te dejaron ir", señaló el chico, todo lógica.

"Para enviar un mensaje. El Terrateniente quiere que os apartéis o sus hombres no me tratarán tan bien la próxima vez".

Detrás de él, Lady Madelina resopló.

"Estoy contratando guardias", dijo Westlock. "Para la clínica. Para usted". Su tono se volvió más reflexivo. "Quizá también para su madre".

El miedo se apoderó de Andrew. Giró para mirar al Marqués por encima del hombro, ignorando el dolor que le subía por el costado. "¿Mi madre? ¿Cree que le haría daño?"

"No parece que le intimide el rango. Hizo que le atacaran, y apostaría mis posesiones en Derbyshire a que él es la razón por la que seguimos perdiendo votos. Soborno, amenazas, chantaje. No sé cuál está usando el Facineroso. Probablemente las tres cosas. De cualquier manera, es evidentemente su estrategia llegar a la gente a través de sus debilidades."

¿Así que ahora Andrew era una debilidad? Se estremeció cuando Lady Madelina le frotó un corte en la espalda. " ¿Puede ponerle guardias a mi madre sin que se entere? No quiero asustarla".

"Por supuesto. Ella no sabrá que están ahí, y ellos no sabrán quién los contrató".

Lady Madelina le secó las heridas. "Creo que sanarán mejor sin vendajes".

"Estoy de acuerdo", dijo Andrew, volviéndose hacia sus invitados.

Lady Madelina lo estudió, recorriéndole el pecho y el abdomen con mirada clínica. "¿Necesita algo más de ayuda?"

Andrew negó con la cabeza y buscó su camisa abandonada. ¿Así miraba a los pacientes? Esperaba que no. Su profesionalidad era un motivo de orgullo, pero el escrutinio indiferente de Lady Madelina le dejaba frío. ¿Qué clase de educación hacía que una joven tuviera una conducta tan clínica?

A pesar del dolor de sus heridas, una sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios cuando se dejó caer la camisa sobre la cabeza. Suponiendo que su reacción a las manos de él sobre sus hombros fuera una indicación, si la señorita Birkchester le viera sin camisa, se desmayaría. Si

eso llegaba a ocurrir, juró sujetarla antes de que cayera al suelo.

No es que hubiese una ocasión para que ella lo viera en tal estado de desnudez.

"Está decidido, entonces. Guardias para ti, la clínica y vuestra madre", dijo Westlock con la voz de un hombre acostumbrado a ser obedecido. Alargó la mano para ponerla en el hombro de Andrew. "Siento que haya ocurrido esto. Proteger nuestro secreto no es la razón por la que se hizo médico ni por la que montó una clínica en las afueras del municipio".

"Está haciendo más bien del que yo podría soñar hacer".

Westlock negó con la cabeza. "Con su ayuda, estamos haciendo más bien del que usted podría hacer solo. Más de lo que podríamos hacer cualquiera de nosotros. Madelina, Lanora, Jasper o yo mismo".

"O yo", dijo Dodger.

"O Dodger", coincidió Westlock, con voz seria.

"Yo sola podría hacer más bien", murmuró Lady Madelina. "Tus restricciones arcaicas a veces nos estorban, William".

"Mis restricciones arcaicas nos mantienen en el lado correcto del bien y del mal".

Lady Madelina se encogió de hombros. "Cuando encontremos a este Facineroso, voy a dispararle".

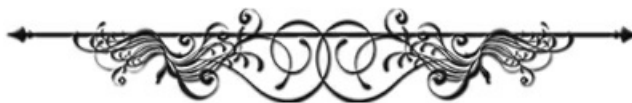
"Nada de matar", dijo Westlock con firmeza.

"No he dicho dónde le dispararía".

Westlock negó con la cabeza, pero se volteó hacia Andrew. "¿Ha terminado aquí por esta noche? Me gustaría llevarle a un coche de caballos. Habrá hombres apostados aquí y fuera de su casa por la mañana".

Por mucho que Andrew deseara ser autosuficiente, asintió. Su fuerza residía en curar, no en infligir dolor, ni siquiera en evitarlo. Dejaría el trabajo de vigilante a Garfio y Pequeño Garfio. No deseaba volver a ver a los hombres del Facineroso, ni siquiera oír hablar de él.

CAPÍTULO SIETE



Grace se acomodó en su coche de alquiler. Le castañeteaban los dientes, más por la preocupación que por el frío. Esta noche por fin obtendría pruebas. Pruebas completas, porque no podía ir a Lanora con menos. No si había alguna posibilidad de equivocarse en sus especulaciones sobre el comportamiento de William. Grace cerró los ojos, rezando para que William no se fuera esta noche, ni ninguna otra noche a partir de ahora. No podía soportar romper el corazón de su más querida amiga.

Abriendo los ojos, apartó ligeramente la raída cortina y se asomó a la boca del callejón. Había dado instrucciones muy concretas al cochero. Esperarían, toda la noche si era necesario, a que un jinete vestido de negro saliera del callejón. Luego, el conductor lo seguiría a la mayor distancia que posible sin perder de vista al caballero. Grace debía saber adónde iba William que requería un verdadero pasadizo secreto y un segundo establo. Debía de ser algo horrible para que se esforzara tanto en ocultárselo a Lanora.

Dejó caer la cortina, cortando la línea de luz que entraba desde una farola cercana. El interior del coche cubierto quedó casi completamente a oscuras. El coche se tambaleó hacia delante. Grace se llevó las manos a la boca para ahogar un grito de sorpresa. Los muelles chirriaron y los asientos saltaron, pero el vehículo arrancó y avanzó calle abajo.

Esperó todo lo que pudo antes de correr de nuevo la cortina. Habían entrado en una zona de la ciudad que no reconocía. Una en la que las farolas eran escasas. Una en la que los hombres bramaban con voces estridentes a las que respondían gorgoritos chillones. Gimió y dejó caer de nuevo la cortina, temiendo ser descubierta en el oscuro interior. La clase de hombres que frecuentaban una zona de la ciudad como aquella eran propensos a abalanzarse sobre un coche de caballos si se daban cuenta de que en su interior viajaba una joven señorita.

Y William era uno de ellos.

Finalmente, se detuvieron. El coche se balanceó cuando el conductor bajó de un salto.

La cortina se corrió.

"Entró ahí, señorita", señaló el cochero por encima del hombro. "¿Esperamos?"

Grace se asomó por delante del escuálido hombre. Estaban fuera del Black Aspen. El famoso infierno de juego del señor McClintock. No tenía ni idea de cómo se las había arreglado para convencer a Lady Madelina de que le permitiera quedarse con el establecimiento, repleto de camisas de luces, si Grace podía juzgarlo.

Grace apretó los labios. ¿Se atrevía a esperar que William simplemente se hubiera pasado por allí para entregarle un mensaje al Señor McClintock? "Esperaremos un poco, pero si no sale en una hora, regresad. Este no es lugar para gente decente".

El cochero asintió. Soltó la cortina y volvió a subirse a la plataforma.

Grace corrió la cortina para echar otro vistazo. Entró un grupo de caballeros jóvenes, bulliciosos y vestidos con ropas brillantes. Un hombre mayor salió dando tumbos, con la cara hinchada y los ojos desenfocados, una amplia sonrisa partiéndole la cara. Grace se estremeció y bajó la cortina una vez más.

¿Qué le pasaba a las damas de título que permitían semejantes cosas? Lanora amaba a un rastrillo que frecuentaba antros de perdición mientras ella yacía en cama, probablemente

durmiendo mal porque estaba agobiada con su hijo. Lady Madelina se había casado con un subalterno del Duque, el mismo caballero que regentaba el sórdido establecimiento, y luego le había permitido seguir dirigiéndolo. Si... y no era su intención... Grace alguna vez tomaba un marido, él se comportaría. No habría juergas. Nada de trasnochar. Ciertamente, nada de faldas de luces. A la menor sugerencia de semejante estupidez, ella lo pondría en su lugar de inmediato.

Con los brazos cruzados y el ceño fruncido, esperó a que William saliera, a que le demostrara que estaba equivocada y se marchara a un lugar más razonable. Como el mercado. A esperar a que amaneciera para comprarle a Lanora su capricho favorito. O... bueno, a Grace no se le ocurría ningún lugar razonable al que pudiera ir un caballero en medio de la noche. Soltó un largo suspiro.

La puerta del coche se abrió de golpe.

Grace dio un grito ahogado. Metió la mano en el retículo y la sacó, apuntando con su pequeña pistola a la silueta baja y oscura de la puerta.

"Eh", gritó la voz de Dodger. "No me apunte con eso, señora".

"No soy una dama", espetó Grace automáticamente. Se asomó y, con la mano libre, lo agarró por el cuello. Un tirón lo arrastró al interior del coche. "¿Qué diablos está usted haciendo aquí?"

"Le he visto asomarse a este carruaje." Dodger se soltó de su agarre y trató de cerrar la puerta. "¿Qué hace usted aquí? Este no es lugar para una dama".

"No lo es", corrigió ella. "He seguido a Lord Westlock". Sus ojos se abrieron de par en par. "Él no la trajo aquí, ¿verdad?"

Eso era un nuevo nivel de reprensibilidad, traer a un niño con él a un burdel.

"No. Me gusta seguir a su señoría, eso es todo. Vigilarlo. Asegurarme de que no se meta en líos".

"¿Y cómo le llamas a entrar ahí?" Preguntó Grace. "¿Con qué frecuencia le sigue? Debería estar en la cama. ¿Acabaste tus deberes?"

Incluso en la penumbra, pudo ver cómo Dodger ponía los ojos en blanco. "Ya he aprendido más de lo que jamás sabrán esos estirados tutores que su señoría contrató para mí".

"Estás años por detrás de otros muchachos de tu edad, sea cual sea esa edad". Dodger no deseaba ir a Eton, pero Lanora y William esperaban que algún día asistiera a Oxford. "Necesitas mostrar dedicación a tus estudios".

"Y usted necesita volver a casa, su señoría. Esta no es una parte agradable de la ciudad."

"No lo es. ¿Qué hace Lord Westlock ahí?"

Dodger soltó una carcajada que terminó en un bufido. "Seguro que no voy a explicarle eso. Como no, me va a tapar mis oídos".

"Desde luego que no, pero me retracto de mi pregunta". Frunció los labios, pensando en una mejor. "¿Cuánto tiempo permanece normalmente en ese lugar?"

"Casi toda la noche, su señoría".

"Ya veo", dijo Grace rotundamente. "Bueno, entonces, supongo que será mejor que me marche".

"De acuerdo." El vigor del cabeceo de Dodger, tenuemente visto, arremolinó el aire en el oscuro interior del hackney.

"Y no le digas al Marqués que me has visto aquí".

El asentimiento cesó.

"Dodger, lo digo en serio. Lord Westlock no debe saber que le he seguido".

El silencio respondió a su petición.

"O le diré que tú también le seguiste", amenazó Grace.

"Haga lo que mejor le parezca, su señoría."

"Dodger, esto es importante para mí". Frunció los labios, preguntándose cómo hacer que la obedeciera. "Al menos prométeme que no le dirás nada durante unos días. Me darás tiempo para reflexionar".

Tras un rato de silencio, asintió. "Dos días, su señoría".

Grace exhaló aliviada. "Gracias.

"Pero debe irse, su señoría, y yo también".

Antes de que pudiera protestar, la puerta del coche se abrió y Dodger bajó de un salto, desapareciendo inmediatamente por el lateral del vehículo. Grace abrió la boca para llamarle. Él no debería estar allí, como tampoco ella. Debería conducirle a casa y asegurarse de que se fuese a la cama.

Su mirada se detuvo en un grupo de caballeros reunidos en la puerta del Black Aspen. Cerró la puerta de un tirón y se sentó en su asiento, no deseando llamar la atención, sobre todo cuando Dodger estaba como para no ignorarla. Fuera, hombres y mujeres por igual reían y charlaban, con las voces altas por la bebida y el entusiasmo. Pronto sonó la hora. El coche se puso en marcha y el conductor siguió sus instrucciones. Le pagaría un extra cuando llegaran a la casa de Greydrake.

Luego entraría e intentaría dormir. Le contaría todo a Lanora mañana. Lanora se pondría furiosa. Después de eso, Grace no sabía dónde podrían llamar casa.

CAPÍTULO OCHO



Andrew se quedó observando las filas de números que parpadeaban a la luz de las velas. Apoyó un codo a cada lado del libro y dejó caer la cara sobre sus manos. Quizá debería aceptar las ofertas de dinero de Westlock o McClintock. Dirigir una clínica en la que pocos clientes podían pagar no era muy rentable ni sostenible.

¡Choque!

Los cristales volaron por todas partes, junto con un fuerte estruendo. Andrew se puso en pie de un salto y el libro de contabilidad salió volando. Su silla saltó hacia atrás y se golpeó contra la pared.

La ventana de su despacho se abrió y brilló contra la noche. Un ladrillo envuelto en papel yacía en el suelo entre los cristales. Con el corazón palpitante y las suelas crujendo contra el cristal, recuperó el ladrillo. Unos pasos resonaron en el pasillo. La puerta de su despacho se abrió de golpe.

"Doc, hemos oído..."

El jefe de los guardias contratados por Westlock, el Sr. Winters, se interrumpió al ver la ventana rota. Detrás de Winters, otros rostros se asomaban por encima de su hombro. Westlock, fiel a su palabra, había enviado hombres a vigilar a Andrew, en múltiples turnos, así como a otros a vigilar la clínica y, más discretamente, a vigilar a su madre.

"¿Qué es lo que dice, Doc?" preguntó Winters, señalando el ladrillo con la cabeza.

Andrew lo sacudió para quitarle los fragmentos que quedaban y desenrolló la página. Leyendo en voz alta, dijo: "Dinos quién es Garfio o las cosas se pondrán peor para ti".

Winters se frotó la nuca. "¿Da alguna indicación de cómo decírselo?"

Andrew negó con la cabeza.

"Entonces es probable que continúen ahí fuera". Winters se volvió hacia los que estaban detrás de él. "Todos afuera, en parejas. Comprobad la parte de atrás..."

Una antorcha atravesó la ventana rota y cayó sobre el escritorio de Andrew. El sonido de cristales rotos rebotó por toda la clínica, procedente de todas las habitaciones.

Soltando una maldición, Andrew arrancó su abrigo del respaldo de la silla y lo arrojó sobre la antorcha y el libro de contabilidad ya en llamas. Golpeó el montón humeante con las manos. Un olor acre le picó en las fosas nasales. Las llamas empezaron a corroer la tela. Winters había desaparecido de la puerta. Los hombres corrían por el pasillo. La clínica se llenó de gritos, la mayoría pidiendo agua.

Abandonando su escritorio humeante, Andrew corrió hacia la sala de exploración. Dos hombres ya estaban dentro, pisoteando una antorcha. El fuego les lamía las botas y parecía transferirse de la antorcha a sus ropas como un ser vivo que araña. Andrew cogió el aguamanil y les roció los pies y las perneras de los pantalones, pero la antorcha seguía ardiendo.

"Está cubierta de algo", gritó. "Traed más agua".

Los hombres salieron corriendo, uno todavía en llamas. Andrew cogió su bolsa. Intentando contener el deseo de huir de las crecientes llamas, abrió el armario que contenía sus medicamentos más caros y empezó a meter frascos y bolsas con sus instrumentos. El humo comenzó a acumularse en el techo, quemándole los ojos y ahogándole la garganta.

Unos hombres entraron corriendo con cubos de agua. Cuando apagaron la antorcha y las patas de la camilla, que se habían atascado, volvieron a humear.

Winters reapareció. "Doc, tiene que salir de este humo."

"Mis suministros..."

"Casi hemos apagado las llamas. Tenemos que sacar a todo el mundo hasta que se disipe el humo".

Andrew asintió. Tomó su bolsa y siguió a Winters. Al pasar por la puerta abierta, Andrew pudo ver que la sala común estaba casi ilesa, con sólo una gran marca de chamusquina en el suelo, en un charco aún más grande. Pasaron a toda prisa junto a una fila de hombres que pasaban cubos hacia su despacho. Recordó su abrigo, la antorcha y el libro de contabilidad.

"Ese lo sacaremos pronto", dijo Winters, todavía encabezando la marcha.

Andrew le siguió y se encontró con que la habitación delantera también estaba chamuscada. Fuera, un par de hombres de Winters estaban en el suelo, heridos. Andrew se apresuró a curar la pierna del más cercano.

Mientras trabajaba, más hombres salían con una miríada de quemaduras leves, su mirada volvía una y otra vez a su clínica. No podía estar seguro, pero parecía como si hubieran arrojado una antorcha por cada ventana. ¿Cuánto tardarían en reparar los daños causados por el humo y las llamas? ¿Reemplazar los cristales de las ventanas? Después de vendar otro tobillo chamuscado, se pasó el dorso de la mano por la frente y se sorprendió de que saliera oscura por el hollín. Una mano le tocó el hombro. Levantó la vista de donde estaba, agachado en la calle junto al hombre al que atendía.

"Esa es la última, Doc," dijo Winters. "Haré que un par de mis hombres te escolten a casa. El resto nos quedaremos aquí para asegurar el lugar y ocuparnos de la vigilancia. Siempre tardan en llegar a esta parte de la ciudad, pero al final lo harán".

Andrew se balanceó sobre sus talones. Asintió, incorporándose. Le dolían los hombros. Le latían las sienes y un olor a chamusquina le llenaba la nariz.

"Usted luce un poco peor por el desgaste, Doc," dijo Winter. "Mandaré llamar a un carruaje".

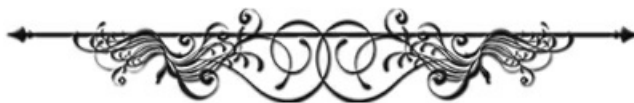
Andrew volvió a asentir. Se aclaró la garganta para poder hablar. "Gracias."

"Feliz de hacer mi trabajo. Llevaba un camino terrible antes de que Lord Westlock me contratara". Winters, un hombre fornido cuya cabeza apenas sobrepasaba el hombro de Andrew, esbozó una sonrisa de dientes separados en su rostro embadurnado de hollín. "Ahora puedo enorgullecerme de las cosas que me encargan, como mantenerlo a salvo".

"Y se lo agradezco", respondió Andrew, pero, mientras volvía a casa en el coche alquilado, no se sentía tan a salvo.

Se preocupaba por la personas a las que no podría ayudar hasta que su clínica estuviera reparada, por el personal de su casa y por cualquiera que el Facineroso se diera por enterado de que le importaba.

CAPÍTULO NUEVE



Grace plegó la masa sobre los trozos de mantequilla, luego otra vez y una vez más. Tomó el rodillo. Sentada frente a ella, con un paño de cocina sobre el vientre para salvar el vestido, Lanora pelaba manzanas.

"Si giras la manzana con el pulgar sujetando el cuchillo hacia abajo como te he enseñado, podrás conseguir espirales bien limpias", observó Grace, como hacía cada vez que veía pelar manzanas a Lanora.

"No, puedo conseguir espirales bien limpias. Puedo cortarme el dedo accidentalmente".

"Nunca sabré cómo no te cortas los dedos haciéndolo así". Grace trabajaba con el rodillo sobre la masa, con una franja de luz cálida en la espalda que entraba por la ventana de la cocina. Una criada cruzó el otro extremo de la cocina, llevando una cesta con la colada al jardín. Por lo demás, Lanora y ella estaban solas.

"Es un talento poco común", dijo Lanora. "Casi tan impresionante como tu habilidad para evitar hacer visitas".

Grace apretó el rodillo con más fuerza, molesta por haber sido engañada. Lanora no tenía antojo de tartas de manzana. Estaba decidida a dar otro de sus sermones sobre el estado de soltería de Grace. Un estado que Grace había considerado momentáneamente que podría terminar, cuando vio su reflejo junto al doctor Carter en el espejo del vestíbulo, pero que ahora sería permanente, ya que el comportamiento de William demostraba que las premoniciones de Grace sobre el amor eran irrevocablemente fallidas.

"¿Para qué necesitaría hacer visitas?"

"Para que conozcas gente", respondió Lanora en un tono de leve exasperación. Tomó otra manzana y comenzó a picarla. "Y por gente, me refiero a otras damas, y por otras damas, me refiero a las que luego podrían invitarte a alguna ocasión en la que puedas conocer caballeros solteros".

"No necesito conocer caballeros. Voy a ser cocinera". Y además, Grace ya sabía qué caballero era para ella, suponiendo que sus premoniciones valieran la pena.

Ciertamente, tanto William como el señor McClintock aparentaban ser caballeros mucho menos dignos de lo que su intuición le había hecho creer.

El doctor Carter, sin embargo, parecía agradable. Amable. Simpático. Guapo, si cuidara más su aspecto y durmiera bien por las noches, y permitiera que alguien lo alimentara mejor para que tuviera un poco más de carne sobre los huesos. Alguien que le apartara el pelo de la frente y...

"William y yo ya tenemos una cocinera", dijo Lanora, sonando un poco enfadada. "Ciertamente no podemos echarla para que cocines aquí. Lo mismo vale para la casa Solworth, y la casa de los McClintock".

"Entonces cocinaré para un extraño", espetó Grace, aunque no tenía intención de hacer tal cosa.

"Grace", jadeó Lanora, sorprendida. "Eres una dama. No puedes simplemente ir a cocinar a la casa de alguien".

"Mi madre es una dama y es el ama de llaves de tu padre. Muchas damas de compañía se convierten en niñeras o amas de llaves".

"Pero no cocineras", señaló Lanora. "Además, mi padre no te devolvió las tierras de tu familia para que te convirtieras en empleada. Lo hizo para que pudieras casarte bien y tener un hogar propio". Frunció los labios, pensativa. "Supongo que entonces podrás cocinar todo lo que quieras, si tu marido es tan amable".

"Tal vez monte una panadería aquí en Londres", dijo Grace, ignorando deliberadamente la mención de Lanora a un marido. "Al final de cada día, puedo donar los productos horneados sobrantes a los pobres. Ni siquiera tú puedes discutir esa idea".

"¿Pero qué pasará con las tierras de tu familia? ¿Qué pasará con ellas si no te casas bien y no tienes un heredero?"

"Imagino que revertirán al patrimonio de tu padre, como ocurrió cuando mi abuelo repudió a mi madre".

Lanora dejó una manzana a medio pelar y su cuchillo. "Grace, tienes veintidós años. No en la estantería ni mucho menos, pero cada año te haces más vieja".

Grace tomó más harina. "¿Así funciona el tiempo, entonces?"

Un poco de cáscara de manzana rebotó en su mejilla, lanzada contra ella por Lanora.

"Eres insoportable. ¿No me diste una vez estos mismos argumentos a mí, cuando creía que no deseaba casarme?"

Grace se encogió de hombros, incapaz de negarlo. Recogió el trozo de cáscara de manzana de su pastel y lo arrojó al suelo, donde fue inmediatamente devorado por un terrier que la esperaba.

"Tenías razón al instarme a casarme", continuó Lanora. "Ahora tengo cuatro preciosos hijos y otro bebé en camino, y el marido más maravilloso con el que cualquier mujer podría soñar. Quiero que seas así de feliz".

Grace golpeó el rodillo contra la mesa. No podía aguantar más. Por mucho que deseara que Lanora nunca conociera un momento de dolor, debía contarle lo de William. Tragó saliva, las lágrimas le escocían los ojos.

"¿Grace?"

Una mirada mostró los ojos verdes de Lanora muy abiertos, la preocupación grabando líneas en su frente. Grace negó con la cabeza. Las lágrimas se derramaron por sus mejillas. Levantó el delantal para secárselas, no quería llorar sobre la masa.

Lanora se levantó y rodeó la mesa. Puso un brazo sobre el hombro de Grace. "¿Qué te ocurre?"

Grace negó con la cabeza. Miró por la cocina, con los cacharros pulidos borrosos por las lágrimas. "Hay algo que debo decirte".

"Cualquier cosa."

"En el jardín. No quiero que me oigan".

Lanora asintió, tomando el brazo de Grace mientras cruzaban hacia la puerta de la cocina. La luz del sol las bañaba. A un lado del jardín, una criada colgaba la ropa. Lanora las condujo hacia el otro lado, a un banco frente a la pared del fondo. La sombra de la pared del fondo se acercaba sigilosamente, pero cuando se sentaron juntas, de espaldas a la casa, las sombras sólo cubrieron sus pies.

"¿Cuál es el problema?" Lanora preguntó en voz baja.

Grace respiró hondo y temblorosa. Cuánto había intentado evitar esto. Cuánto había rezado por cualquier otra explicación para las salidas nocturnas de William. Pero después de verle en el Black Aspen, de verle escabullirse por su túnel secreto, hasta su cuadra secreta, para cabalgar hasta un conocido antro de juego, no cabía duda. William no era un hombre cariñoso y fiel. Era el granuja que todos conocían antes de casarse con Lanora. Y un deshonesto tan dedicado e

impenitente que había construido un túnel secreto desde la cámara frigorífica. Tal obsesión con la depravación casi desafiaba la razón.

"¿Grace?" Lanora preguntó en voz baja.

Grace enrolló sus manos apretadas en su delantal. "Es William. "

El cuerpo de Lanora se tensó, se sintió a través del brazo que entrelazaba con el de Grace. "¿William? ¿Está herido?"

Grace cerró los ojos, derramando más lágrimas. Lanora lo amaba tanto. La noticia de su traición casi la mataría. "No."

"¿Entonces qué ocurre?" Un rastro de ira, nacido de la preocupación, tocó el tono de Lanora

"Se está escabullendo por las noches. Tiene un túnel. Un túnel, Lanora." Las palabras salieron a borbotones, puntuadas por sollozos que Grace no pudo contener. "Está tan empeñado en traicionarte, que tiene un túnel secreto y un establo secreto y sale todas las noches. Le he seguido. Te deja, en tu estado, y se va a lugares como el Black Aspen, donde ese despreciable hermano tuyo por matrimonio lo acoge y se dedican a Dios sabe qué y no puedo creer que te haga eso." Grace se volvió hacia Lanora, suplicando a su amiga que creyera sus próximas palabras. "Pero no vale la pena llorar por él. No es digno de ti".

Lanora se quedó sin fuerzas, con los ojos cerrados. Grace contuvo la respiración, esperando la próxima explosión. Lanora tenía peor carácter que cualquier otra persona que conociera, y la deslealtad de William era propensa a hacer estallar ese carácter.

Una risita escapó de los labios de Lanora. Sacudió la cabeza y sus ojos verdes se abrieron.

Grace la miró, sorprendida. Desde luego, Lanora no lucía ni sonaba enfadada. Ni siquiera histérica. En todo caso, su rostro risueño parecía apenado.

"¿Ya lo sabes?" aventuró Gracia.

Pero, ¿cómo puede ser? ¿Por qué seguiría Lanora con él? La mayoría de las mujeres no tenían ningún recurso cuando se les desenmascaraba un marido mujeriego, pero Lanora era hija del Duque de Solworth. Puede que no pudiera divorciarse de William, pero con la influencia de su padre y su riqueza personal, podría llevarse a sus hijos y vivir separada de él. Eso era lo que Grace pretendía sugerir que hicieran.

Lanora apretujó el brazo de Grace. "Oh Grace, siento mucho haberte inquietado". Lanora sacó un pañuelo y se lo ofreció. "No es mi intención burlarme. Simplemente estoy aliviada. Me tenías muy preocupada por William".

Grace sacudió la cabeza, la confusión secó sus lágrimas más rápido de lo que podría hacerlo un pañuelo.

Lanora soltó a Grace y se llevó ambas palmas a la barriga. "Especialmente con el nuevo bebé en camino. No podría imaginarme si algo horrible le ocurriera a William ahora mismo". Su expresión se tornó sobria. "O jamás".

"¿Le ha pasado algo horrible?" Grace soltó. "Algo horrible te está pasando a ti. ¿No lo ves? Yo estaba equivocada. Él no te ama. El señor McClintock no ama a lady Madelina. He estado tremendamente, tremendamente equivocada".

Sólo esperaba que la relación de Cecilia, al menos, resultara sólida. Grace no podría soportar haber aconsejado mal a todas las mujeres que le importaban.

Lanora sacudió la cabeza. "Te debo una disculpa".

Grace la miró fijamente. ¿Quizá el shock había sido tan grande que la mente de Lanora se había rebelado contra la noticia?

Girando sobre el banco, Lanora cogió ambas manos de Grace. "Te he estado ocultando algo. Algo importante. Pero, verás, no es mi secreto contarlo, y William sintió..." Lanora sacudió la

cabeza. "Por favor, compréndelo. No es que no confíe en ti, o que William no confíe en ti. Un secreto es simplemente más seguro cuanto menos gente lo sepa, y éste es un secreto sumamente importante."

Aunque no tenía ni idea de qué estaba hablando Lanora, un peso frío se asentó en el estómago de Grace. Lanora no le guardaba secretos. Se lo contaban todo. Grace se tragó un repentino y doloroso nudo en la garganta. "¿Un secreto?"

Lanora aspiró hondo y luego lo soltó despacio. En voz baja, dijo: "William no se escabulle para ver a otras mujeres. Es Lord Garfio".

Grace la miró fijamente. "No lo entiendo".

Lanora echó un rápido vistazo al jardín y repitió: "William es Lord Garfio. Se escabulle y va al Aspen, donde se cambia de ropa, y luego se escapa de allí. Por si alguien le sigue o le vigila. No puede arriesgarse a que los enemigos de Lord Garfio descubran su verdadera identidad. Todos estaríamos en peligro".

"William es Lord Garfio", repitió Gracia, cada palabra forzada entre labios entumecidos. "¿Por cuánto tiempo?"

Lanora se encogió de hombros. "Desde siempre. Desde antes de conocerlo".

"¿Desde cuándo lo sabes?"

"Desde antes de casarnos", dijo Lanora en voz baja. Apretó las manos de Grace. "Quería decírtelo. De verdad que sí. Pero es un secreto muy grande y..."

Grace le soltó las manos. "¿Cuatro años?"

Lanora parpadeó, con las mejillas enrojecidas.

"¿Me lo has estado ocultando eso durante cuatro años? ¿Desde antes de casarte con él?"
¿Desde cuándo Grace era la única confidente de Lanora?

Grace se cubrió la boca con las manos. "He sido dulce con él todo este tiempo", soltó entre sus dedos. "Tengo recortes de todas sus hazañas". El calor le subió por el cuello. "No he parado de hablarte de lo maravilloso que es. Lo guapo que debe ser. Cómo..."

Ella gimió, deslizándose las manos hacia arriba para cubrirse la cara.

Unos dedos delgados rodearon las muñecas de Grace y tiraron. "Sí, pero sabía que no te referías a William".

La mortificación se retorció en las entrañas de Grace, pero no fue nada comparado con el dolor de su corazón. Soltó las manos para mirar a Lanora a los ojos. "Me has estado mintiendo durante cuatro años".

Lanora se echó hacia atrás. "No es... Quiero decir, en realidad no estaba mintiendo". Se encogió de hombros. "Simplemente no te lo dije".

Grace se levantó.

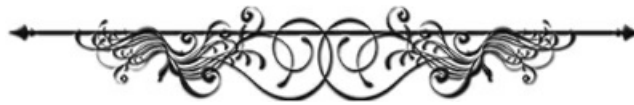
Lanora le cogió la mano. "Grace, espera. Siéntate".

Grace sacudió la cabeza, con los rizos golpeándole las mejillas. Demasiada ira se agolpaba en su interior. Demasiada traición y humillación.

"Siéntate, por favor". Lanora tiró de su mano.

Grace se soltó. Sus pies empezaron a moverse. La llevaron a la cocina, pasando por delante de sus pasteles a medio terminar, a través de la casa, subiendo las escaleras y entrando en su habitación. Cerró la puerta de un portazo.

CAPÍTULO DIEZ



Andrew descendió de su carruaje con cuidado. En medio del asalto a su clínica, se había olvidado de sus heridas, un despiste remediado rápidamente cuando se despertó aquella mañana. Las costillas le dolían. Otras contusiones, menos graves, en el abdomen y los costados, irradiaban dolor. Además, tenía una quemadura en el brazo que no recordaba haberse hecho y una quemadura en la frente, cubierta en su mayor parte por el vendaje del sombrero.

Subió los escalones, aún sombríos a esas horas de la madrugada, con la misma falta de fuerza y tiró de la manivela. Esperaba que los Greydrake fueran gente madrugadora. No deseaba despertar a la familia, de la que sabía que formaban parte una Marquesa embarazada y tres niños pequeños, pero necesitaba la evaluación de Westlock.

La puerta se abrió al mayordomo de la familia, que hizo una reverencia a Andrew. "Buenos días, doctor Carter".

"Buenos días, Quince. ¿Está Lord Westlock disponible?"

"Lo averiguaré", respondió Quince, con tono deferente, y ofreció otra reverencia antes de desaparecer por el pasillo. Como no subió los escalones que conducían a las habitaciones de la familia, Andrew sintió que la posibilidad de que Westlock estuviera efectivamente despierto y lo viera era alta. Se quitó los guantes.

"Doctor Carter", dijo una voz luminosa desde arriba.

Andrew alzó la vista y miró hacia la escalera para ver descender a la señorita Birkchester, que mostraba unos hoyuelos deliciosos. Cuando llegó al último escalón, se quitó el sombrero y le hizo una reverencia tan profunda como pudo. "Señorita Birkchester. Buenos días".

Su sonrisa cayó. "¿Qué le ha ocurrido en la cabeza?"

Había olvidado el vendaje. "Me temo que mi clínica fue asaltada anoche".

Sus ojos azules se abrieron de par en par, irradiando preocupación. ""¿Asaltada? ¿Qué quiere decir?"

"Le prendieron fuego".

Jadeó. "Pero eso es terrible. ¿Hubo algún herido? Quiero decir, usted lo estaba, obviamente. Pobre hombre. ¿Se curó la frente? Sé que es médico, pero ¿quiere que se la revise?"

Su preocupación lo inundó, una sensación agradable. "Nadie resultó gravemente herido, y pudimos apagar el fuego enseguida, pero se produjeron bastantes daños. Si no hay más remedio, tendré que cambiar las ventanas y limpiar el hollín".

"¿Y ha venido a hablar de eso con Lord Westlock?", dijo lentamente. Miró a Andrew de arriba abajo, con expresión contemplativa. "¿Por qué?"

"Ah... él es, ah, conocido por su naturaleza caritativa, al igual que Lady Westlock".

"Hum." La señorita Birkchester continuó examinándole.

La tensión comenzó a tensar sus músculos. Él anhelaba el regreso de sus brillantes hoyuelos.

"El otro día pidió ver a William, Lanora o Dodger", dijo la señorita Birkchester.

Andrew la miró fijamente, sin saber qué quería decir y sin querer revelar nada.

"Dodger debe saberlo", murmuró, como para sí misma, estudiando la alfombra bajo sus pies. "Lo cual tiene sentido, ya que estaba fuera del Aspen". Su mirada volvió a fijarse en el rostro de Andrew. "Sin embargo, me mintieron". Sus ojos azules se oscurecieron con una repentina ira. Le

clavó un dedo en el pecho. "Y usted lo sabe".

Andrew negó con la cabeza, tratando de no estremecerse ante el dolor que irradiaba su golpe en el torso maltrecho.

"Sí, lo sabe, y mentirme, ocultarme información, no es forma de empezar una relación". Volvió a pincharle mientras hablaba.

Él hizo una mueca. Ella no podía imaginarse cuánto le dolía que le pinchara. Ella retiró la mano y abrió la boca, lista para otra ronda de acusaciones y pinchazos.

Andrew le tomó la mano y la encontró cálida y suave. "Tengo más vendas debajo de la camisa".

Ella le miró con los ojos muy abiertos. "¿Debajo de la camisa?"

El tono agudo de su pregunta le recordó que hablaba con una dama, una señorita soltera. "Le ruego me disculpe, señorita Birkchester. Eso fue inapropiado de mi parte. Simplemente quise decir que cuando me pincha con los dedos, me duele".

Su mirada bajó hasta el botón superior de su chaleco. "¿Se quemó?"

"Eh..." Tal vez debería volver a no hablar. Guardar secretos no parecía ser su fuerte.

Su atención volvió a su cara. "Sin mentiras".

"Golpeado", admitió, acariciando el lado de su mano con el pulgar. Su piel era tan suave, pero él podía sentir la musculatura. Tenía manos fuertes para ser una dama. "¿Usted monta a caballo?"

Parpadeó. "Yo no cabalgo. ¿Por qué lo golpearon?"

"¿A qué se dedica, Srta. Birkchester?" No lo preguntó para desviar su pregunta, sino por un súbito deseo de saber. ¿Qué, aparte de la indignación, encendía la pasión en esos ojos azules? ¿Qué podría devolverle sus hoyuelos?

"Yo cocino".

"¿Cocinera? *Una ocupación interesante para una Dama de la Tierra.*

"Me encanta cocinar. También hornear".

Andrew la imaginó con un delantal, las manos cubiertas de harina. Rizos de chocolate balanceándose hacia delante mientras ella amasaba una pelota de masa. Sonrió. "Me encantaría probar su cocina algún día".

"Claro que sí, algún día". Ella negó con la cabeza, soltó la mano y continuó en un tono más normal: "Es decir, me gustaría que lo hiciera. Quizá le hornee algo". Volvió a mirarle, ahora con expresión crítica. "Usted necesita comer más".

Sin la suya, sintió la mano fría de repente. Tenía los dedos rígidos por el exceso de trabajo. Los flexionó. "¿Qué quiere decir con eso?"

Sus hoyuelos reaparecieron, junto con un brillo alegre en sus ojos. "Oh, ya lo comprenderá. Los hombres siempre tardan en comprender. Pero ha empezado bien, no mintiéndome por segunda vez".

Qué mujer tan confusa. Parecía tan dulcemente sencilla, con sus mejillas sonrosadas y sus inocentes ojos azules, y sin embargo le intrigaba como el enigma más complejo.

"¿Doctor Carter?"

Miró hacia el vestíbulo y encontró al mayordomo que regresaba. "¿Sí?"

"Su señoría lo verá ahora, señor."

"Muchas gracias." Andrew se volvió para despedirse de la señorita Birkchester, pero la dama se había retirado. Miró hacia las escaleras. Algo rosa pálido y con volantes desaparecía al doblar la esquina. Enfadado por su falta de despedida, se dirigió al mayordomo. "Por favor, adelante".

Andrew siguió a Quince hasta que se detuvieron ante una puerta. No daba a un despacho,

como había esperado, sino a una biblioteca a rebosar. Tanto Lord como Lady Westlock estaban dentro, pero sólo la primera se había levantado para saludarle.

Lady Westlock, con sus formas redondeadas recostada en un sofá y un gran volumen abierto sobre el vientre, levantó la vista y sonrió. "Bienvenido, doctor. Le ruego me disculpe si no me pongo de pie".

"Desde luego, milady", respondió inmediatamente, ofreciendo una inclinación de cabeza antes de volverse hacia Westlock. "Lo que necesito discutir con usted es de naturaleza ligeramente angustiosa. Asuntos clínicos".

"Eso será todo, gracias", dijo Westlock, dirigiendo las palabras por encima del hombro de Andrew. Esperó a que Quince hiciera una reverencia y se retirara antes de volverse hacia Andrew. "Ya hemos oído lo del incendio. A menos que te refieras a algo mucho más penoso que tu clínica en llamas y tú herido, Lanora está más que preparada para oír lo que has venido a decir".

Andrew asintió, reordenando sus pensamientos. "¿Ya lo ha oído?"

"Venga a sentarse, doctor Carter", dijo Lady Westlock, señalando la silla que había junto a la que Westlock había vuelto a ocupar.

Andrew cruzó y se sentó con cautela, el movimiento agravó sus costillas.

"Winters me informó de los pormenores anoche".

"Ah." Andrew debería haberlo sabido.

"Me habría ahorrado la molestia de venir a verle, como estaba a punto de hacer", añadió Westlock.

Lady Westlock cerró su libro. "El problema es que los enemigos de Lord Garfio parecen haberse fijado en usted como la forma de llegar hasta él".

Andrew asintió. "Eso parece. No estoy tan preocupado por mí, sino por mis pacientes, mi madre e incluso mi personal. ¿Los estoy poniendo en peligro?"

"Esa es también nuestra preocupación", dijo Lady Westlock.

"Creemos que ha llegado el momento de que abandone Londres por un tiempo", dijo Westlock.

"¿Dejar Londres?" ¿Y qué hay de su trabajo? ¿La gente que depende de él?

"No por mucho tiempo", le aseguró Lady Westlock. Le dedicó una leve sonrisa. "Aunque parece que le vendría bien un descanso".

"Verá, queremos que se vaya un tiempo al campo", continuó Westlock. "Tenemos varios objetivos. Uno es atraer al Facineroso, o al menos a sus hombres. Dispersarlos y llevarlos a campo abierto. De ese modo, podremos capturarlos e interrogarlos o seguirlos hasta el Facineroso. Tenemos que eliminarlo no sólo para salvaguardar a las jóvenes de ser raptadas, sino para que usted vuelva a estar a salvo". Intercambió una mirada con su esposa. "También creemos que así protegeremos a su personal y a su madre, ya que irán tras usted. Le seguirán".

"Y nos dará tiempo para reparar su clínica, cosa que debe permitírnos hacer", añadió Lady Westlock.

Andrew esbozó una sonrisa. "Lo haré. No tengo recursos para repararlo por mi cuenta. He venido esta mañana a pedirles ayuda".

Ella rechazó sus palabras. "No hay necesidad de suplicar. Es culpa nuestra". Miró a Westlock con dureza. "Rectificaremos".

"¿No temen que alguien los relacione conmigo, y luego con Lord Garfio?". preguntó Andrew, incapaz de contener esa inquietud, la misma que había pensado que podría servirle de respuesta cuando solicitó ayuda.

Ella negó con la cabeza. "Somos conocidos por nuestra labor caritativa. ¿A quién si no acudirías en busca de fondos para reparar tu clínica? Sería más sospechoso que no le ayudáramos, y Jasper también lo hará".

"Gracias", ofreció Andrew, con sencillez. "Pero respecto a dejar Londres, creo que debería supervisar el trabajo. Con un poco de limpieza, tal vez una habitación con una ventana tapiada, podría seguir viendo pacientes. La gente del distrito..."

"Necesitan a su médico sanado, seguro y en una clínica sin hollín y con ventanas de verdad, no agujeros tapiados", añadió Westlock.

La expresión de Lady Westlock se llenó de compasión. "Y usted necesita descansar".

"Me curaré enseguida. Yo-"

"Necesita descansar", repitió Westlock con firmeza. "Ya ha trabajado demasiado. Está en su clínica a todas horas. No puede negarlo. Nunca le veo comer. Es usted piel y huesos, hombre". Westlock levantó una mano tranquilizadora cuando Andrew abrió la boca para protestar.

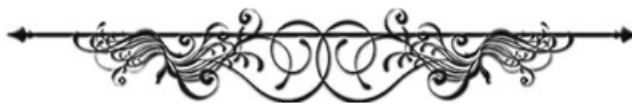
"¿Pero adónde podría ir?" Andrew titubeó, mirando a un lado y a otro de sus decididos semblantes. "En verdad relacionarán sospechosamente sus nombres con el mío si me mandan a su casa de campo, y no me atrevo a visitar a la familia de mi hermano con la amenaza del Facineroso pendiendo sobre mí".

Lady Westlock ofreció una alegre sonrisa. "Oh, tengo el lugar ideal".

"Creía que habíamos acordado nuestra finca". dijo Westlock bruscamente.

Lady Westlock levantó la barbilla. "Usted tiene sus objetivos. Yo tengo los míos". Sonriendo dulcemente, se volvió hacia Andrew. "Y como le he dicho, doctor Carter, tengo el lugar ideal para usted".

CAPÍTULO ONCE



Grace estaba sentada en un sillón al lado de la ventana de su habitación, observando el carruaje del doctor Carter. Lo había visto descender, moviéndose como un hombre que le duplicaba la edad. Supuso que había salido tarde, ya que era uno de los amigos de William. Debería haberse percatado, ahora que sabía que William no era un rastrillo sino más bien un justiciero, de que el doctor Carter no tenía la cabeza mal por exceso de indulgencia. El pobre hombre había sido golpeado y quemado. ¿En qué estaba pensando William? Rastrillo o no, su comportamiento era absolutamente irresponsable.

Imagínese, conseguir que ese maravilloso hombre, su maravilloso hombre, fuera golpeado y su clínica incendiada. Debería tener unas palabras con su señoría, William Greydrake, Marqués de Westlock. Si ella y el doctor Carter estaban hechos el uno para el otro, Grace no permitiría que lo lisiasen como parte de los descabellados planes de William.

Ahora que sabía que sus premoniciones no estaban equivocadas después de todo, que William sí amaba a Lanora y que, presumiblemente, el señor McClintock sí amaba a Lady Madelina, Grace estaba completamente segura de que ella y el doctor Carter estaban hechos el uno para el otro. Sí, le tomaría un poco de tiempo verlo. Los hombres no eran muy inteligentes para este tipo de cosas, pero lo vería. Y quién sabía, él podría ser más inteligente que la mayoría de los caballeros. Era médico, después de todo, y ya le había tomado la mano.

Ciertamente, tenía mejor mano que la mayoría de los caballeros. Largas y fuertes. Manos capaces. Podía curar humanos con esas manos. Tomar lo que estaba roto y sanarlo. Sus manos eran virtualmente mágicas.

Un ligero movimiento llamó su atención. El doctor Carter bajaba los escalones, con movimientos rígidos. Debería haber esperado en el vestíbulo. Podría haberle ofrecido su hombro en el que apoyarse. Apartarle el pelo que le caía sobre la frente. Haberle ayudado a subir a su carruaje. Tal vez él la habría invitado a subir. El transporte tenía cortinas. En un carruaje así, podían hacer todo tipo de cosas que pudieran ponerle sobre aviso de su inminente matrimonio.

Llamaron a su puerta. Grace se sobresaltó. Abanicándose con la mano, se esforzó por sacar de su cabeza todos los pensamientos acerca de las formas en que podría poner en la cabeza del doctor Carter la idea de casarse con ella. Volvieron a llamar a la puerta.

"Pase", llamó, esperando que su rostro hubiera recuperado su color normal.

La puerta se abrió y Lanora asomó la cabeza. "Te hemos extrañado en el desayuno".

La boca de Grace se torció. "No te estoy hablando".

"Grace, por favor, esto es una tontería. No podía contártelo. Juré que no lo haría. A mi marido". El tono de Lanora suplicaba.

Grace cruzó los brazos sobre el pecho y se volvió hacia la ventana. Cuatro años de mentiras no podían perdonarse a la ligera. Ni tampoco una noche pasada entre lágrimas. Abajo, el carruaje del doctor Carter se marchaba rodando. Lanora suspiró, pero en lugar de irse, entró y cerró suavemente la puerta. La cama crujió y Grace supo que Lanora se había posado en la esquina.

"Siempre pensé que William y tú no teníais mucho personal porque os gustaba hacer las cosas por vosotros mismos", dijo Grace antes de que Lanora pudiera hablar. "Ahora, me doy cuenta de que es sólo una fachada. Se trata de mantener su secreto. Es una maravilla que me permitan vivir

aquí con ustedes".

"Eso ha causado cierta tensión".

Grace se giró para mirar a Lanora, molesta. "¿No me quiere aquí? ¿Durante todo este tiempo?"

Lanora hizo una mueca. "Él te quería aquí, para estar seguro. Está particularmente contento de que nos ayudes a Madelina y a mí con nuestros armarios. Eres la única de nosotras con un mínimo sentido de la moda".

"Un modiste podría ayudar con eso. No hace falta que viva aquí". Ella no podía creérselo. Por encima de todos los secretos, ¿la echarían?

"Más que nada, simplemente queremos un poco más de tiempo a solas como familia", dijo Lanora en voz baja. "No tiene nada que ver contigo, Grace. Sentiríamos lo mismo por cualquiera".

"Bueno, ¿por qué no lo dijisteis hace cuatro años?". Grace se levantó de un salto. "Llamaré a una criada para que me ayude a preparar la maleta. ¿Me prestas tus baúles? Nunca sales de Londres, así que no los necesitas. Denme unas horas y sacaré mi indeseado yo de su casa". Cruzó hacia su armario y abrió las puertas de un tirón.

"Grace", Lanora espetó. "Te comportas de forma dramática".

"Ha. Eso, viniendo de una mujer cuyo marido se disfraza todas las noches".

"Pero deseo que vayas al campo, a la finca de tu familia".

Grace se dio la vuelta. "¿De verdad? ¿De verdad me estás echando?"

"Desde luego que no, pero necesitamos tu ayuda".

Con las manos en las caderas y el tono afilado por el sarcasmo, Gracia repitió: "¿Mi ayuda?".

"Sí, tu ayuda", replicó Lanora, sin el menor remordimiento.

"Con..." Grace bajó la voz a pesar de que estaban solas, "...¿con las acciones de Lord Garfio?".

Lanora asintió, con expresión seria. "Sí, y lo que necesitamos no estará completamente libre de peligro".

"¿Peligro?" ¿Lanora se atrevería a mentirle, echarla y ponerla en peligro?

Bajando también la voz, Lanora explicó: "¿Sabes que el doctor Carter vino aquí esta mañana?".

Grace asintió, intrigada al instante. Si lo que Lanora le pedía tenía algo que ver con el futuro marido de Grace, tal vez deseara ayudarla. No es que Lanora supiera que el Doctor Carter estaba destinado a Grace. Dos podían jugar a guardar secretos.

"Necesitamos un lugar para que vaya. Algún lugar donde sus enemigos lo sigan. Queremos sacarlos de Londres y llevarlos al campo donde William pueda saber quiénes son y aprehenderlos."

"Eso suena realmente peligroso", dijo Grace, un poco sorprendida. Ella había pensado que Lanora simplemente había inventado una situación, para conseguir que Grace hablara con ella.

"Lo es, pero estarías vigilada, por un hombre llamado Señor Winters y sus hombres. William me asegura que son excelentes".

"¿No deberían estar ya protegiendo al Doctor Carter, entonces?"

Lanora se sonrojó. "Lo están".

Grace enarcó las cejas. "No parece que lo estén haciendo muy bien".

"Lo están haciendo, te lo aseguro, pero los hombres del Facineroso son..."

¿"Los Facinerosos"? Grace repitió, con sarcasmo de vuelta. Lanora debía de estar inventándoselo todo.

"Así le llama la gente". Lanora se encogió de hombros. "Sería útil conocer su verdadero nombre, pero aún no lo sabemos. Es el último de una serie de villanos que se aprovechan de los

más débiles e ingenuos de Londres".

"¿Una serie?" Grace no redujo su censura. "¿No está haciendo mucho bien, entonces, Lord Garfio?"

"Él y Pequeño Garfio están haciendo todo lo que pueden, que es más de lo que hace la mayoría", espetó Lanora.

Al ver la verdadera ira brillar en los ojos verdes de Lanora, Grace se tragó la siguiente puya. En su lugar, preguntó: "Si William es Lord Garfio, ¿quién es Pequeño Garfio?"

Lanora negó con la cabeza. "Ya es bastante malo que haya compartido el secreto de William. No violaré otra confianza, por mucho que te enfade, Grace Louisa Birkchester".

Grace la fulminó con la mirada y se volvió hacia la ventana.

Lanora respiró hondo, sin duda buscando la calma. "Realmente necesitamos tu ayuda. Aunque estés enfadada con nosotros, no es posible que tengas nada que echarle en cara al doctor Carter".

Grace no lo hizo. Bueno, ella tenía muchas cosas que podría desear echarle en cara... pero Lanora tenía razón. Grace deseaba ayudarlo.

"¿Tiene enemigos por culpa de William?" Preguntó Grace, consciente de que la mera pregunta revelaba su capitulación.

"Los tiene". El alivio cubrió la voz de Lanora. "No han rastreado a Lord Garfio hasta William, pero saben que el doctor Carter le ayuda. Se han decantado por él como medio para llegar a William".

Grace se volvió para ver la preocupación que se reflejaba en las líneas del rostro de Lanora.

"Evidentemente, no podemos dejar que se enteren de quién es Lord Garfio", prosiguió Lanora. Se envolvió el vientre con un brazo, y su mirada se desenfocó por un momento antes de volver a Grace. "No nos atrevemos a albergar al doctor Carter en la casa solariega de mi padre, o en la nuestra. Una lo vincula demasiado a nosotros, sobre todo cuando ya estamos pagando la reparación de su clínica. La otra puede ser demasiado intimidante. Pocos intentarían infiltrarse en los terrenos del Duque de Solworth".

"Así que quieres que el doctor Carter venga a casa de mi abuelo conmigo, donde será el cebo de vuestra trampa". Grace no pudo resistirse a añadir la última parte. Lanora necesitaba que le recordaran que lo que ella y William hacían repercutía en los demás.

"Ya lo están acosando. Algo bueno puede surgir de ello".

"¿Qué ocurrió con su clínica?" Grace ya lo sabía, pero quería recalcarle a Lanora cuántos problemas había causado William.

Lanora se pasó una mano por la cara antes de responder. "Los hombres del Facineroso ya han golpeado al doctor Carter y han prendido fuego a su clínica". Miró fijamente a Grace. "Como he dicho, hay cierto peligro. Comprenderemos si no deseas formar parte de esto. Si debemos hacerlo, podemos idear algo diferente".

Grace se sobresaltó ante la idea de que atacaran al doctor Carter. Su mirada se dirigió a su retícula, donde guardaba su pequeña pistola. Si alguien intentaba hacerle daño de nuevo. Ella le dispararía. Aunque la pistola era de un solo tiro. Podría necesitar más armas. Por supuesto, este Señor Winters y sus hombres probablemente estarían también armados.

"¿No podrían tú y William conformarse con financiar el refugio de tu padre para mujeres desplazadas y ayudar al señor McClintock con Segunda Esperanza?". Preguntó Grace. "¿No puede ver William que los está poniendo a ti y a tus hijos en peligro?". Junto con todos los habitantes de la casa y, al parecer, el doctor Carter.

Lanora se miró la mano que tenía sobre el vientre. Dejó escapar un largo suspiro. "Él no puede renunciar a esto, y yo lo comprendí cuando nos casamos".

"Pero desearías que lo hiciera", insistió Grace, de repente más preocupada por Lanora que enfadada con ella.

"No puede", repitió Lanora en voz baja. El silencio se hizo denso entre ellas hasta que ella continuó. "Lo entenderé si no llevas al doctor Carter a la mansión de tu familia. No es que desee que tú también corras peligro, pero necesitamos un lugar en el campo y -levantó la mirada hacia Grace- pensé que, tal vez, si podía incluirte, podrías disculparme más pronto."

Grace dejó escapar su propio suspiro. "Puede que sí, pero antes no es ahora".

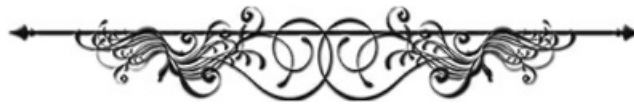
La esperanza desapareció de la expresión de Lanora para dejar sólo tristeza.

" Pero me llevaré al doctor Carter a la mansión de mi abuelo ".

"Gracias", dijo Lanora en voz baja, levantándose.

Grace asintió secamente. "Puedes decir a tu marido que estoy de acuerdo. Ahora llamaré a la criada".

CAPÍTULO DOCE



Andrew se sentó en la butaca orientada hacia atrás mientras esperaba a que la señorita Birkchester se reuniera con él. Muy pronto, la puerta del carruaje se abrió y un lacayo vestido con la indumentaria de Westlock la acompañó, con sus mechones castaño oscuro dorados al reflejo de la luz del sol. Tomó asiento frente a él y mostró sus hoyuelos cuando la puerta se cerró tras ella.

Andrew levantó las cejas sorprendido y exclamó: "¿Su doncella no nos acompañará?".

La sonrisa de la señorita Birkchester se ensanchó para mostrar una hilera de dientes blancos. "No tengo doncella, señor".

Normalmente, a Andrew le parecía que la obsesión de los tontos por las carabinas era ridícula después de los veintiún años. Los hombres y las mujeres no eran bestias que se lanzaran unos sobre otros a la menor ocasión y, una vez alcanzada la mayoría de edad, eran muy capaces de tomar sus propias decisiones. Pero los hoyuelos de la señorita Birkchester, sus rizos color chocolate, la mirada contemplativa de sus penetrantes ojos azules, todo se combinaba para dejarlo bastante desconcertado.

Se aclaró la garganta. "¿Cómo es eso posible?"

Ella se levantó y dio un golpe en el techo, alertando al cochero de que estaban listos para partir.

"Hasta hace unos años, era doncella". Lo estudió. "Creía que todo el mundo lo sabía. Desde luego, en los pocos eventos a los que he asistido, las damas que conocí se aseguraron de que supiera que eran conocedoras de mis humildes orígenes".

Sacudió la cabeza, buscando entre los jirones de habladurías mientras su carruaje avanzaba por la calle. No seguía las actividades de sus compañeros, ya que estaba demasiado ocupado con su clínica. Además, ninguno de ellos le comprendía. Sólo Westlock y McClintock. Su madre tampoco pasaba el tiempo contando chismes, prefería juzgar el carácter de una persona por sus interacciones con ella. Esa era una de las razones por las que había seguido siendo amiga de la madre de McClintock tras el fallecimiento del viejo Duque de Aspen.

"Mi padre era mozo de cuadra en la finca de mi abuelo y mi madre me dio a luz fuera del matrimonio". La señorita Birkchester le observaba atentamente mientras hablaba.

"¿El Duque de Solworth anuló el contrato de arrendamiento de tu abuelo por eso?". preguntó Andrew, muy sorprendido.

Los rizos de la señorita Birkchester se agitaron mientras negaba con la cabeza. "Oh, no. El Duque anterior era, como el actual, un hombre bueno. Mi abuelo echó a mi madre por acostarse con un sirviente. A su muerte, legó las tierras de mi familia al Duque. El Duque acogió a mi madre. Se convirtió en su ama de llaves y crió a Lady Lanora mientras el Duque se encontraba en Egipto".

Un chisme que Andrew no olvidaba era que Lady Lanora y la señorita Birkchester eran las mejores amigas porque se habían criado juntas en la finca de Solworth. Su carruaje cruzó una calle lateral, la luz del sol se colaba por la ventana para dar un brillo resplandeciente a la tersa piel de la señorita Birkchester antes de que volvieran a la sombra de los edificios que pasaban.

"¿Qué ocurrió con su padre?" preguntó Andrew.

La señorita Birkchester se contrajo de hombros. "Nunca lo conocí. Mi madre intentó casarse con él, pero se fugó con una criada".

"¿Nunca lo conociste?" Andrew recordó a su padre, un hombre áspero y de carácter ecuánime. Incluso después de casi una década, Andrew seguía extrañándolo. ¿Cómo sería no haber pasado nada de tiempo con él? "¿Sabes quién es? ¿Has intentado localizarle?"

"Sé que se llama Hornby, y desde luego que no lo he hecho. ¿Para qué quiero a un hombre que se fugó con mi madre?", preguntó con sarcasmo. "Además, no puede ser un buen hombre. El abogado de Su Alteza trabajó diligentemente para redactar los papeles que me devolvieron las propiedades de mi abuelo, de tal manera que mi padre no puede reclamarlas. Eso significa que al Duque le preocupa que el señor Hornby sea del tipo que se presentaría y haría el intento".

Andrew asintió, encontrando su lógica sin fallos.

"Por supuesto, en el momento en que me case, todo pertenecerá a mi marido", añadió la señorita Birkchester con otra de sus penetrantes miradas.

"¿Es esa la razón por la que aún no te has casado?"

La pregunta era algo impertinente, incluso impropia, pero la inclinación a saber hizo que pronunciara las palabras. ¿Cómo podía una dama terrateniente poseedora de los hoyuelos más adorables de Londres permanecer soltera? Pocos de sus pares tenían su excusa de estar tan ligados a su trabajo que nunca asistían a ningún evento.

Ella premió su pregunta con otra muestra de esos hoyuelos, lejos de sentirse desconcertada. "Aún no había encontrado al caballero adecuado. El Duque, por muy amable que fuera al devolverme las tierras de mi familia, no me facilitó la búsqueda. Es terriblemente difícil saber si un caballero está interesado en mí o en mi propiedad. O lo estaba".

El uso del tiempo pasado le consternó. ¿Significaba eso que había encontrado a alguien? Dos años atrás, había conocido brevemente a una herida y aterrorizada señorita Birkchester cuando trató su hombro. Entonces estaba demasiado confundido por la insistencia de Westlock en que la tratara y por la sorpresa de que alguien hubiera secuestrado al Duque de Solworth. Ahora, al reencontrarse con la señorita Birkchester, Andrew deseaba llegar a conocerla mejor. No le agradaba la idea de que otro caballero se le hubiera adelantado.

Con ironía, se dio cuenta de que a ese otro caballero probablemente no le importaría que la señorita Birkchester paseara sin escolta en un carruaje con él. Lo que era, lo que podría implicar... Con gran audacia, se aventuró, "¿Lo era? ¿Ya no?"

Ella lo miró directamente y dijo: "No desde que nos conocimos".

Le invadió un estremecimiento. Se quedó mirándola, atónito. El caos se apoderó de sus pensamientos. "No estoy seguro de comprenderla bien, señorita Birkchester".

"Entonces permítame ser muy clara, Doctor Carter. Creo que estamos destinados a enamorarnos y casarnos". Ella cruzó las manos sobre su regazo, con expresión serena.

Eso fue bastante claro, pero no hizo nada para calmar la agitación que sacudía su mente. Le gustaba la señorita Birkchester. Adorable, directa, curvilínea, honesta... le agradaba. También deseaba casarse. Sin embargo, hacía poco que se habían vuelto a conocer. El matrimonio era un gran paso. Había mucho que él necesitaba saber sobre ella, y ella sobre él.

"¿Seguro que es un poco pronto para hablar de matrimonio?", aventuró.

"Oh, sí, sin duda. Primero debemos trabajar en el paso de enamorarnos".

Más bien pensó que, conociéndose brevemente o no, ya casi había dado ese paso. ¿Y ella? "Pareces muy segura".

"Porque lo estoy. Siempre sé cuándo dos personas están destinadas a estar juntas". Ella le miró alegremente. "No sabía si esa habilidad, mi precognición, funcionaría conmigo. Como ya tengo

veintidós años y nunca lo había hecho, había empezado a pensar que no. Entonces nos vi, a ti y a mí, reflejados en el espejo de la entrada y me di cuenta. Estamos hechos el uno para el otro".

"Ya veo." Eso fue un poco desalentador. Deseaba que se enamorara de él por él, no por una misteriosa premonición. "No es por dudar demasiado de usted, pero ¿le gusto, señorita Birkchester?"

Levantó las manos y fue tachando con los dedos mientras hablaba: "Eres responsable, honesto, dedicado, digno de confianza, honorable y amable. ¿Qué es lo que no te gusta?"

El calor le subió por el cuello al escuchar sus elogios.

Tiró de su corbata, repentinamente tensa. "Sí, bueno, parece que me consideras admirable, pero el enamoramiento es algo más que eso".

Ella asintió. "Te refieres a las relaciones maritales. Lo he pensado".

Para sorpresa de Andrew, levantó las manos y volvió a tachar cualidades con los dedos.

"Ya te he observado bastante, así que puedo decir que, aparte de tus cualidades obvias de no ser demasiado alto y poseer un semblante encantador -marcó con dos dedos-, tienes unas manos fuertes y maravillosas. Tu pelo es abundante y parece que sería muy agradable peinarlo con los dedos. Tus ojos son una fascinante mezcla de marrón, verde y azul, con pestañas muy espesas. Tus labios son un poco finos, pero también lo es todo en ti. Estoy dispuesto a trabajar con eso. No te he visto desvestida, pero tu abrigo no parece acolchado y te he puesto la mano en la parte superior del brazo, así que estoy segura de que encontraré más cosas que me gusten cuando llegue el momento de quitarte el abrigo. Así que dudo que tengamos problemas con las mencionadas relaciones".

El carruaje rebotó, golpeando un surco en la carretera. Andrew casi grita de sorpresa. Había estado tan concentrado en la señorita Birkchester y su lista, que ni siquiera creía haber estado respirando. "Eso es, ah, muy completo, señorita Birkchester."

"No me digas que no has tenido la misma consideración conmigo. Es prácticamente imposible que un hombre mire a una posible compañera y no la evalúe".

"Eres muy franca".

"Sí, lo soy".

Andrew siguió mirándola. Sus palabras no eran más que una invitación, y dejó que su mirada vagara por ella. Como ella decía, ya lo había hecho anteriormente, pero siempre con mucha discreción. Ahora la estudiaba sin prisas. Empezó por los tobillos bien torneados que asomaban bajo la falda, observó cómo el vestido de muselina dibujaba unas piernas torneadas, recorrió con la mirada la cintura que el vestido ocultaba pero que le pareció que le sentaría de maravilla cuando la viera, se detuvo en sus amplias curvas y luego subió hasta su boca respingona. Cuando consiguió apartar su atención de allí, encontró sus mejillas sonrosadas y sus ojos brillantes al encontrarse con los suyos.

"Creo que necesito un poco de aire", exhaló, y se deslizó por el asiento hasta la ventana. Sujetó la cortina y asomó la cabeza.

Andrew sonrió. Frank, sí. Directo, sí. Pero no aburrido.

CAPÍTULO TRECE



Grace mantuvo su rostro inclinado hacia la ventana durante más de media hora, y sólo se volvió hacia el interior del carruaje cuando su cuerpo empezó a protestarlo por la inclinación de su columna vertebral y comenzó a preocuparse seriamente por si el sol le sacaba demasiadas pecas. Para su alivio y su consternación, descubrió que el doctor Carter estaba sentado con un pequeño libro abierto ante él, inclinado para captar la luz que entraba por la ventanilla mientras leía. La carretera se hacía menos uniforme a medida que se alejaban de Londres y Grace se preguntaba cómo podía leer las palabras sin marearse.

No volvieron a hablar hasta que se pararon a comer, en una posada, tal y como habían planeado. Aquello le recordó a Grace que debían proseguir su viaje. Cuando regresaron al carruaje, después de haber conversado poco y sin consecuencias durante el almuerzo en la sala común, Grace no pudo evitar reflexionar sobre su tarea.

Mientras rodaban por el carril una vez más, era casi seguro que les seguían los hombres que habían golpeado al doctor Carter e intentado quemar su clínica. Su mirada se dirigió al vendaje de su frente y luego bajó a su pecho. Había dicho que había sufrido más heridas. Ansiaba verlas. Evaluarlas, catalogarlas y utilizarlas para alimentar su ira. Mientras ella estuviera enfadada con los hombres que le habían atacado, no tendría ningún miedo. No mucho, por lo menos.

No le gustaba pensar en él como el doctor Carter, se dio cuenta. No en el mismo momento en que lo consideraba sin camisa. "¿Puedo preguntarle su nombre de pila?"

Levantó la vista de su libro. "Andrew".

Andrew. Un nombre agradable. "El mío es Grace".

Asintió. "He oído a Lady Westlock referirse a usted de esa manera." La observó por un momento, luego cerró su libro. "Usted aprecia la franqueza".

"Así es."

"Pareces bastante segura de que nos casaremos. De hecho, al hacer este viaje conmigo, estás poniendo tu reputación en mis manos".

"En cierto modo, pero en cierto modo no. Nadie sabe que nos hemos ido, salvo Lanora y William. Muy pocos de los que nos conocen nos verán, y esos serán residentes del campo en mi finca, que tienen poco contacto con Londres. Puede que tenga que capear unos cuantos rumores, pero mis tierras y mi fortuna lo anularán a los ojos de los caballeros codiciosos".

Parecía un poco sorprendido, tal vez incluso herido. "Entonces no estás segura de que vayamos a casarnos".

Grace esbozó una sonrisa. "Lo estoy, Andrew". Se alegró cuando él le respondió con una sonrisa.

La sonrisa se atenuó. "Pero no me conoces bien".

"Debes disfrutar escuchándome enumerar tus cualidades".

Él soltó una carcajada, un sonido retumbante y potente. "Más bien sí, pero no me refiero a eso. No sabes cómo sería vivir conmigo". Volvió a ponerse serio. "Trabajo a todas horas. Rara vez estoy en casa. Duermo poco y me salto algunas comidas". Hizo una mueca. "Me olvido de las ocasiones. Mi trabajo es mi vida".

Grace asintió. "Trabajarás un poco menos, y te esforzarás por no olvidar las ocasiones, y no

habrá más comidas perdidas".

"No puedo prometértelo".

"Yo sí puedo".

Él la miró perplejo.

Grace respiró hondo para explicarse. "Me querrás, y por eso desearás pasar más tiempo fuera del trabajo. También contratarás a un segundo médico, para aliviar la carga. Podrás permitirte, con los ingresos suplementarios que aportarán mi dote y mis propiedades, aunque no nos faltará la hacienda. No faltarás a las comidas porque, si lo haces, simplemente te las llevaré y me quedará hasta que vea que hayas comido. Necesitas descansar más y comer más de todos modos, o te agotarás demasiado y enfermarás y no servirás de nada a tus pacientes."

"Ya veo", dijo lentamente, como si considerara sus palabras. "¿Y olvidar las ocasiones?"

"Oh, seguirás haciéndolo, y yo me enfadaré, y tú me lo compensarás".

La diversión alivió parte de la tensión de su expresión. "¿Cómo voy a hacer eso?"

"Doctor Carter... mejor dicho, Andrew, no puedo darle todas las respuestas".

"No, supongo que no". Levantó su libro, pero volvió a bajarlo. "¿Qué va a hacer? ¿Hacer llamadas y asistir a actos?"

"Desde luego que no. Cocinaré. Tal vez abra una panadería o monte una cocina en el barrio y cocine para los pobres. Así podré estar más cerca de ti y verte más a menudo".

"En la clínica hay sitio para una cocina".

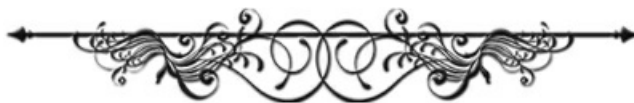
Grace le retribuyó esa idea con una sonrisa, a la que él respondió del mismo modo. "Eso estará perfecto".

"Bueno, entonces", dijo, levantando su libro una vez más. "Supongo que este viaje será una buena prueba de si estamos, como tú crees, destinados a estar juntos".

Su reserva parecía una nube tapando el sol. Su sonrisa cayó. "¿Esperas que me equivoque?"

"Desde luego que no. Estoy deseando casarme contigo".

CAPÍTULO CATORCE



Recostado sobre una manta colocada sobre la hierba espesa, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza, Andrew observaba cómo Grace tejía flores silvestres formando una guirnalda. La cálida luz del sol de verano se filtraba entre las hojas de un roble cercano, moteándolas a ellas y a lo que quedaba de su picnic. Su mirada recorrió la adorable mancha de pecas que le había salido en la nariz y las mejillas en los últimos días. Se fijó en la intensa concentración de sus ojos azules mientras trabajaba. Los suyos se cerraron.

Desde que llegaron a la mansión familiar de Grace, habían pasado casi todo el tiempo al aire libre, disfrutando de la verde campiña. La posibilidad siempre presente de transeúntes y el conocimiento de que Winters y sus hombres acechaban en algún lugar cercano los mantenían al menos ligeramente acompañados. El sol les calentaba. El aire fresco, carente de cualquier rastro de humo u hollín, llenaba sus pulmones a diario. Aunque llevaban menos de una semana fuera de Londres, Andrew no se había sentido tan recuperado en años. Quizá en una década. No desde antes de ir a la universidad.

"¿Andrew?" Un ligero toque le apartó el pelo de la frente. "Andrew, despierta".

Sus párpados se abrieron. Coronada de flores silvestres, con mechones oscuros enmarcando su rostro, Grace se arrodilló a su lado. "¿Eh?", preguntó él, tratando de dilucidar si había soñado o si la encantadora criatura que tenía a su lado podía ser la realidad.

"Deberíamos volver. Es casi la hora de preparar la cena y el aire refrescará a medida que baje el sol".

Levantó una mano para acariciar su mejilla, suave como nata recién preparada. "¿No se te ocurre ningún recurso para mantenerte caliente?"

Le mostró sus hoyuelos. "Se me ocurren unas cuantas, pero todas implican visitar primero a un sacerdote".

"¿Robarle la sotana para usarla como manta?"

Grace le dio un puñetazo en el hombro. "Para convertirte en un hombre honesto".

"Sinceramente, quiero que nunca dejemos este momento".

Con el pulgar, le acarició la mejilla. Ella se apoyó en su palma, con los párpados cerrados. Con la mirada fija en sus labios, Andrew deslizó la mano entre sus rizos, ejerciendo una suave presión, acercándola a ella.

Ella abrió los ojos. "Usted, doctor Carter, es un hombre más diabólico de lo que imaginaba".

Con la voz un poco desgarrada, susurró: "Un beso".

"Es demasiado para una señorita soltera".

Andrew gimió, dejando caer el brazo a su lado. "Me dices que estamos destinados a estar juntos. Te sientas ahí tan seductora, la visión más adorable que un hombre haya contemplado jamás. Me tortura, señorita Birkchester".

Sus hoyuelos reaparecieron con toda su fuerza. "Lo sé. Se levantó, sacudiendo su falda.

Reacio a abandonar un día tan perfecto, pero consciente de una brisa creciente a medida que el sol caía en el cielo, Andrew también se levantó. Grace volvió a bajar para recoger los restos de su picnic. Incapaz de resistirse a la vista que ella ofrecía arrodillada, extendiendo la mano por encima de la cesta en busca de trastos, él se arrodilló para ayudarla.

"Deja eso", dijo ella.

"¿Te ayudo a recoger?"

"Mirando por la parte delantera de mi vestido".

"Yo no". Ella ni siquiera había levantado la vista. ¿Cómo podía adivinarlo?

"Desde luego que sí". Se sentó sobre los talones, con la cara sonrojada.

Andrew sintió que el calor le subía por la nuca. Soltó una risita apenada. "¿Por qué a veces tengo la sensación de que conoces todos los pensamientos que se me pasan por la cabeza?"

Ella se echó los rizos hacia atrás. "Porque es así, y no lo olvides", dijo, empezando a levantarse.

Andrew le tendió una mano y tiró de los dos, y de ella hacia sus brazos. Antes de que ella pudiera resistirse, sus labios encontraron los suyos. Esperaba una muestra de resistencia. Tal vez un golpe en la cabeza. En lugar de eso, su forma agradablemente turgente se fundió con él. Sus labios recorrieron los suyos. Sus brazos la rodearon y la abrazaron con fuerza.

Luego vino el golpe, bastante fuerte. De mala gana, se apartó.

Con las mejillas sonrosadas y la guirnalda torcida, lo miró con la respiración acelerada. "Eso no ha sido caballeroso".

"¿Estás enfadada?", le preguntó él con repentina preocupación.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado para estudiarle. Él alargó la mano y le alisó la guirnalda, apartando un rizo.

"Eso depende", dijo finalmente.

"¿De qué? Le pasó el dorso de la mano por la mejilla.

"De si la única razón por la que quieres encontrar a un cura es para robarle la ropa".

No, no lo era. Apenas hacía diez días que conocía a Grace, pero no recordaba un momento en el que se hubiera sentido más feliz. Tal vez de niño, al abrir los regalos de Navidad. Desde luego, nunca en su vida adulta. Deslizó las manos por los brazos de ella para entrelazar sus dedos con los suyos, como le gustaría entrelazar sus vidas.

"Sabes que no lo es".

"¿Lo sé?"

Él asintió. Estaba en sus labios formular la pregunta, pero notó la diversión en el fondo de sus ojos. Se dio cuenta de que su seriedad era totalmente fingida. La pequeña zorrita. Si se lo proponía aquí y ahora, al final de su picnic, antes de que bajara el sol, ¿sería suficiente? ¿Le parecería bien a Grace? Aunque ella dijera que estaban destinados a casarse, él tenía la impresión de que si no le hacía una proposición lo bastante grandiosa, ella la rechazaría, obligándole a repetir el intento.

En lugar de pedir su mano, dijo: "Yo también disfruto mucho de un buen sermón".

"¿Quieres robarle la sotana y luego escuchar su sermón?"

Andrew fingió considerar el asunto. "Creo que sería mejor al revés".

"Podría ser, y usted necesita un buen sermón, doctor Carter". Liberó sus manos. "Toda esta charla sobre el robo, y me robaste un beso. Reprochable". Sus mejillas se iluminaron, pero ella continuó, con la barbilla levantada en un ángulo altivo. "Como penitencia, recogerás el resto del picnic mientras yo vuelvo a prepararme para la cena".

"Tenía la intención de ofrecerte a llevarlo todo", dijo él, igualando su aire arrogante.

Ella sonrió. "Estoy tan contenta de que estemos de acuerdo... y, ¿Andrew?"

"¿Sí?", respondió él, advertido por su tono excesivamente dulce.

"Espero algo espectacular. Una historia que pueda contar a nuestros nietos. No, 'Tu abuelo me besó en un campo y me pidió la mano'. Recuerda eso". Dio media vuelta y se marchó.

Andrew sonrió mientras se agachaba para recoger lo que quedaba del picnic. Había acertado. Con sol bajo y beso robado o sin él, Grace esperaba mucho más.

Con la cesta en una mano y la manta plegada sobre el brazo, Andrew siguió el camino que Grace había recorrido a través del prado, dejando atrás el imponente roble. Subió por la ladera y cruzó hasta el camino que conducía a la casa solariega. El tejado de paja, bien cuidado, no tardó en aparecer, un edificio achaparrado y enlucido de color amarillo que daba la impresión de ser una casa de campo de dimensiones desmesuradas. Las contraventanas pintadas de blanco se abrían y dejaban ver ventanas con cristales de diamante. Un jardín perfectamente cuidado rodeaba el edificio, con flores en la parte delantera y hortalizas en la trasera. Varios árboles centenarios, tres arces y un roble, daban sombra.

Grace estaba de pie en la entrada, con las manos en las caderas, de espaldas a él, mientras se dirigía a un caballero. Cerca, un caballo desconocido estaba atado a la valla. Cuando Andrew se acercó, Grace negó enérgicamente con la cabeza. El caballero, con el sombrero en la mano, respondió con palabras confusas debido a la distancia. Su expresión era suplicante, pero la rigidez de los hombros de Grace denotaba enfado. El hombre vio a Andrew y cerró la boca.

Andrew se acercó a Grace. Adoptó una expresión relajada e hizo una leve reverencia. "No sabía que esperábamos un invitado, señorita Birkchester".

"No lo esperábamos, y ahora se va", espetó Grace.

El caballero, de unos cuarenta años y sólo ligeramente más alto que Grace, esbozó una sonrisa aceitosa. "Al menos invíteme a tomar el té, cariño. Tenemos que ponernos al día".

La tensión se apoderó de Andrew ante el cariñoso gesto del hombre.

"Jamás pondrá un pie en mi casa, señor Hornby", declaró Grace. "Usted renunció a ese derecho hace veintidós años".

Andrew miró al hombre estupefacto. ¿El señor Hornby? ¿El padre de Grace? ¿El novio fugitivo?

"Pero, cariño, he venido a arreglar las cosas entre nosotros. Y con tu madre. Ella está en la mansión del Duque, según he oído. El ama de llaves del Duque. Fui a verla, pero no me dejaron entrar".

"¿Dónde está su amigo, el señor Hornby?" Grace se adelantó.

Las cejas oscuras, del mismo tono marrón oscuro que los sedosos mechones de Grace, se fruncieron sobre una nariz que se había roto al menos dos veces. "¿Amiga?"

"La criada. La mujer por la que dejaste a mi madre".

Una sincera sorpresa apareció en el rostro de Hornby. "Maldita sea si lo sé. Eso fue hace años. Me atrevería a decir que no la reconocería".

Las manos de Grace se cerraron en puños. "¿Dejaste a mi madre, embarazada, para huir con una mujer que ni siquiera reconocerías ahora?"

"Sospecho que la reconocería si conservara su aspecto", permitió Hornby. "Era muy guapa".

Un gruñido grave sonó en la garganta de Grace.

Andrew dio medio paso adelante. "Ah, Señor Hornby, ¿verdad?"

"Sí." El hombre lo miró de arriba abajo. "¿Y usted quién es? Husmeando alrededor de mi hija y su finca, ¿verdad? No permitiré que ningún hombre se apodere de su dinero".

"No, usted se reservaría ese derecho", gruñó Grace. "Pero no puede. El Duque se aseguró de ello".

Hornby se rascó la cabeza. "¿Qué quiere decir?"

"Está todo en la jerga legal, señor Hornby". La voz de Grace goteaba ponzoña. "Le ofrecería que le enviaran una copia, pero dudo que tenga una dirección o que sepa leer. Baste decir que no

puede tocar nada que sea mío".

"Pero Gracie, soy tu padre". Su sonrisa congraciadora mostró un diente delantero astillado. "¿No me quieres ayudar, por los viejos tiempos?"

"¿Por los viejos tiempos?" La voz de Grace se elevó a una octava que Andrew nunca había oído antes.

Andrew dio otro paso adelante, interponiéndose entre ellos. " Señor Hornby, creo que es hora de que se retire. No tenemos intención de invitarle a pasar y hemos agotado esta conversación".

Hornby se encontró con la mirada de Andrew, y algo brilló en el fondo azul de sus ojos. Un destello de malicia y maldad combinadas. "Puede ser, pero usted y yo tendremos más conversaciones, doctor".

"No si yo tengo algo que decir al respecto", dijo Grace, dando un paso atrás alrededor de Andrew. "Váyase, señor Hornby. Ahora mismo. Antes de que llame al personal".

Hornby se caló el sombrero en la cabeza, la maltrecha prenda arrugándose de lado. "Me iré, Gracie, si eso es lo que quieres, pero no me vengas llorando cuando decidas que necesitas un padre".

Grace soltó un resoplido. "Vete".

Murmurando ininteligiblemente, Hornby fue a desatar su caballo. Sin ceremonias, se subió a la silla. Los fulminó con la mirada, dio la vuelta a lo que parecía ser una montura demasiado fina para sus harapientas ropas y echó a andar por el camino.

"¿Cómo se atreve?", gruñó Grace. Se estremeció de pies a cabeza, con las manos aferradas a los costados.

Andrew nunca había visto a nadie más enfadado. Preguntó tímidamente: "¿Estaba aquí aguardándote?"

Ella negó con la cabeza. "No, vino de la parte de atrás de la casa. A saber qué estaría haciendo. Lo comprobaré con el personal. Como si no hubiera robado la ropa blanca de la línea y desenterrado el jardín. Dudo que algo esté por debajo del hombre".

"No pudo haberlo hecho. Winters tiene hombres vigilando la casa". Andrew miró a su alrededor pero no vio a nadie. "¿Winters?", llamó, alzando la voz.

Al otro lado del camino, entre un grupo de árboles frutales, las sombras se movieron y atrajeron la mirada de Andrew. En unos instantes, se agruparon en una forma alta. Winters avanzó a grandes pasos, materializándose. Andrew recordó el beso que le había dado a Grace y se dio cuenta de que era bueno que tuviera intención de casarse con ella.

Winters cruzó el camino de entrada para plantarse ante ellos. "¿Has llamado?"

"¿Quién es?" preguntó Grace con los ojos muy abiertos.

Winters dirigió a Andrew una mirada de sorpresa. "No le has dicho a la señorita Birkchester que estamos haciendo guardia".

"Creía que estaba al corriente", protestó Andrew.

"Lo sabía". Grace estudió a Winters, frunciendo el ceño. "Pero no me había dado cuenta de lo literalmente vigilados que estamos. ¿Por qué no vinieron a llevarse a ese hombre?"

"No parecía ser una amenaza real, señorita. Especialmente después de la llegada del Doctor Carter. Era mejor que no me revelara".

"¿Hizo que le siguieran cuando fue a la parte trasera de la casa?" Andrew preguntó.

"Tengo hombres allí".

"¿Les preguntarás si hizo algo sospechoso?"

"Tendré un informe para usted más tarde, señor".

"Y para mí", dijo Grace. "Yo también quiero oír el informe".

Winters se volvió hacia Andrew. Grace siguió esa mirada para ofrecer una mirada fulminante. "Sí, por supuesto", dijo Andrew. "La señorita Birkchester tiene todo el derecho a saber lo que ocurrió".

Winters asintió, ofreciendo una ligera reverencia. "Muy bien. Hasta entonces".

Se retiró para desaparecer entre los árboles.

"Qué extraño", dijo Grace.

Andrew se volvió y la encontró pálida, con los ojos un poco desenfocados. Alargó la mano para agarrarla por el hombro, deseando no ir cargado con la cesta y la manta. "¿Estás bien?"

"Nunca pensé que conocería a mi padre, pero sabía que si lo hacía, no me importaría".

"Una suposición segura".

Sus ojos se volvieron a enfocar, encontrándose con la mirada de Andrew. " Él quería algo, y no se trataba de una reunión familiar. Me di cuenta. Antes de que llegaras, cuando me habló, tenía los ojos desorbitados. Buscaba algo".

"Unos ojos inquietos significan un alma inquieta", observó Andrew. "Quizá buscaba ser perdonado".

Sacudió la cabeza. "Más bien, algo que empeñar".

"Bueno, ahora se ha marchado".

Ella asintió, con expresión pensativa. "Mañana deberíamos acercarnos a la mansión Solworth y hablar con mi madre, por si le han echado sin decírselo. Hay que avisarla de que el malhechor anda por aquí".

Una repentina sonrisa se dibujó en la boca de Andrew. "¿Los dos?"

"Desde luego. A menos que estés demasiado ocupado".

"Nunca estaría demasiado ocupado para conocer a tu madre".

Grace le sonrió y gran parte de la tensión desapareció de su rostro. Le tendió la mano para ajustarle la corbata. "Me alegra oír eso porque creo que ya es hora de que lo hagas". Sus hoyuelos se hicieron más profundos. "Le agradecerás".

" Así lo espero. "

Aunque aún no había conocido a la mayor de las señoritas Birkchester en su breve estancia en el campo, Andrew sabía por sus conversaciones con Grace que, por mucho que despreciara a su padre, amaba a su madre. No podía creer que casi le hubiera propuesto matrimonio antes de conocerla. ¿Cómo podía esperar un sí sin su bendición? ¿Debía llevarla aparte y pedirle permiso para casarse con Grace? Grace era una mujer adulta y podía casarse con quien quisiera, pero a Andrew le gustaría al menos agradecerle a su madre.

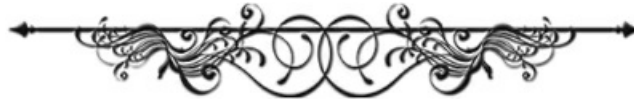
Tales pensamientos le distrajerón mientras entraban y dejaban las provisiones del picnic en la cocina.

Grace inició una conversación con la cocinera, que preparaba la cena. Andrew la observó un momento, reconfortado por el ambiente doméstico de la habitación. Conociendo a Grace, la cena se demoraría, pues en unos instantes estaría lavándose y ayudando, no preparándose para cenar. Dejándola allí, fue a su habitación a cambiarse.

Un ladrillo envuelto en papel descansaba sobre su cama. Su mirada se dirigió a la ventana, encontrando tanto los postigos como los cristales abiertos cuando sabía que había dejado estos últimos cerrados. Se le erizó la piel de la nuca, cerró la puerta y se acercó a la cama. Con cautela, levantó el ladrillo y extrajo la página, desplegándola para leer las garabateadas palabras:

No podrás esconderte de nosotros, Carter. Nos dirás quién es Lord Garfio. Vendremos a por ti.

CAPÍTULO QUINCE



"Es bueno tenerte cerca de nuevo", dijo la madre de Grace, sentada en su escritorio frente a su hija. "Aunque sea para una visita corta".

Tan espaciosa como cualquier habitación de la mansión Solworth, la oficina del ama de llaves estaba también pulcramente organizada. Los estantes sostenían hileras de libros de contabilidad. Un armario cerrado con llave almacenaba especias, té, chocolate y otros alimentos costosos. Una gran alfombra, sobre la que Grace recordaba haber jugado con Lanora cuando eran pequeñas, cubría el liso suelo de tablones de madera. La habitación no siempre había sido de la madre de Grace, sino que pasó a serlo cuando la anterior ama de llaves se jubiló, hacía más de una década y media. Desde entonces, su madre había impuesto el orden en la habitación y en la casa de los Solworth.

"Es bueno estar cerca", respondió Grace, apartando de sus pensamientos los recuerdos de las risas con Lanora. Los recuerdos felices no mitigaban las mentiras de Lanora.

"Ella no podía traicionar la confianza de Lord Westlock, querida".

"Madre, deja de adivinar lo que estoy pensando", replicó Grace, las palabras extra afiladas por el disgusto de su hipocresía. ¿Cuántas veces Lanora le había dicho las mismas palabras a Grace?

"Si tu Doctor Carter te pidiera que le guardaras un secreto a Lanora, ¿lo harías?" insistió mamá.

Sin necesidad de responder, Grace bajó la mirada.

"¿Lo ves? ¿Cómo puedes culparla?"

"Me lo ha ocultado durante cuatro años, mamá", casi se lamentó Grace. "Si no hubiera empezado a seguir a William, jamás me lo habría contado".

Mamá cruzó las manos sobre el escritorio, con expresión serena. "Y tú jamás te habrías enfadado. Todo el mundo sería mucho más feliz. Especialmente tú".

Grace consideró seriamente sacar la lengua a su madre.

"No me hagas muecas, Grace Birkchester."

Grace sacó la lengua.

"Déjala ahí y te la rociaré con aceite de pescado".

Volvió a meter la lengua en la boca.

"Ahora, sobre tu Doctor Carter."

La cautela llenó a Grace. Le gustaba Andrew. Le caía muy bien. Antes, cuando habían recorrido la mansión, se dio cuenta de que a su madre también. ¿Qué podía no gustarle, después de todo? Andrew era inteligente, considerado, compasivo y diligente. Y Grace pensó que al principio no había apreciado lo guapo que era o lo bien vestido que estaba. Incluso le gustaba cómo le caía el pelo por la frente, lo que le daba la oportunidad de echárselo hacia atrás.

"No te pongas así, Grace", le dijo su madre. "No tardará en volver de su recorrido por los terrenos. Antes de que eso ocurra, tú y yo debemos hablar".

"Creí que habíamos venido a hablar de Lanora".

"Lo hicimos y lo hemos hecho. Estoy segura de que tomarás la decisión correcta sobre perdonarla".

"Y a ti te gustaba Andrew y a él le gustabas tú".

Madre asintió. "Cierto".

Grace sonrió, dispuesta a abandonar su silla, y la habitación, antes de que su madre pudiera arruinar aquello. "Bueno entonces, no hay nada más que discutir".

"Él te oculta algo", dijo su madre mientras Grace se ponía de pie.

Volvió a sentarse. "¿Por qué lo dices?" Seguramente se habría dado cuenta si Andrew le estuviera ocultando algo.

"Es la como te mira cuando no lo estás mirando. Como si tratara de resolver un rompecabezas".

"Podría estar resolviendo cualquier cosa", protestó Grace. "Cómo pedir mi mano. Qué perfume llevo. Si hoy quiero cenar temprano o tarde".

Madre sacudió la cabeza, los rizos grises y castaños oscilando de un lado a otro. "Sabes que tengo razón. Deberás averiguar de qué se trata, querida. No puedes permitir que empiece así. Los hombres son demasiado propensos a mentir".

Grace tragó saliva, consciente de que su madre le había dado la oportunidad que necesitaba para abordar el tema del señor Hornby.

Al otro lado del escritorio de Grace, su madre frunció el ceño. "¿De qué se trata?"

"Mi padre me vino a ver ayer".

Su madre se quedó boquiabierta. La cerró. "¿Estás segura? No sabes cómo es".

"Parecía creer que era mi padre. Dijo que se llamaba señor Hornby. Estaba husmeando. Creo que buscaba algo que robar".

"Lo más probable." Los labios de su madre se apretaron en una línea firme. " Imagino que lo echaste".

Grace asintió. "No tengo ningún uso para ese caballero."

"No es un caballero".

Grace nunca había escuchado a su madre hablar con tanto desprecio. Asintió de nuevo. "No, supongo que no".

Su madre tomó unos papeles y los enderezó, aunque ya estaban derechos, y luego cuadró bien su tinta con las líneas del escritorio. "Bueno, podemos esperar que esté en camino. Si no le vemos hasta dentro de unos veinte años, será demasiado pronto".

"Sabes, no tienes por qué seguir siendo el ama de llaves del Duque", dijo Grace impulsivamente. "La casa del abuelo es nuestra otra vez. Podrías volver y ser la señora de la casa".

Su madre esbozó una leve sonrisa. "No, la casa de tu abuelo es tuya, no nuestra". Con los ojos desenfocados mientras contemplaba la idea, ella negó con la cabeza. "No sabría cómo ser una señora terrateniente ahora. No puedo imaginar en qué emplearía mi tiempo. ¿Punto de aguja?". Sacudió la cabeza de nuevo, centrándose en Grace. "No es como si tuviera muchas visitas, restaurada a mi legítimo lugar o no, y no tengo más hijos que criar. Permaneceré aquí con mis deberes y te dejaré ser la señora de ese lugar. No tienes de él los recuerdos que yo tengo, ni conservas ni una pizca de mi desgracia".

"Pero es tu hogar".

" Una vez, pero no ahora". Señaló el despacho. "Este es un hogar mucho mejor para mí". Una sonrisa reveló hoyuelos exactamente como los de Grace. "Pero tal vez cuando sea vieja y no quiera trabajar más". Su sonrisa creció. "O si me das una prole de nietos que cuidar".

"Primero debo casarme", añadió Grace.

Los hombres no tardaron en regresar y Andrew, alegre, dio las gracias al jardinero del Duque antes de dirigirse a la madre de Grace. "Señorita Birkchester, gracias por esta maravillosa

excursión. La casa y los jardines son realmente espectaculares".

La madre de Grace sonrió. "Sólo puedo atribuirme el mérito de la casa, pero gracias por el cumplido, doctor Carter".

"Usted no se atribuye el mérito suficiente. Estoy segura de que es su buen ejemplo lo que inspira a todo el personal del Duque."

"Ciertamente, lo es," Grace estuvo de acuerdo, complacida de escuchar a Andrew elogiar a su madre. Dio un paso adelante y abrió los brazos. "Volveremos dentro de unos días, si es que seguimos residiendo en la mansión del abuelo".

Su madre la abrazó, ofreciéndole esa cálida y segura sensación de ser amada que Grace tanto apreciaba. "Si no, vuelvan pronto al campo". Soltó a Grace. "Usted también, doctor. Estoy segura de que el aire del campo le sienta bien".

"Sin ninguna duda." Andrew ofreció a su madre una reverencia.

"¿Volverán por el prado del este?"

"Así será", asintió Grace.

Su madre les dedicó una amplia sonrisa. "Maravilloso. Así tendréis tiempo de sobra para conversar".

Grace le dirigió una mirada tranquilizadora y se volvió hacia Andrew, tendiéndole la mano. "¿Vamos?"

"Por supuesto", dijo él y, tomando su mano, se la puso en la manga.

Despidiéndose, Grace y Andrew emprendieron el camino, uno al lado del otro, de vuelta a través de las colinas de donde habían llegado. Al llegar a la cima de la primera, Grace se volvió para contemplar la casa en la que había crecido y vio que varios hombres del señor Winters los seguían. Frunció el ceño, pues le resultaba desconcertante que la siguieran. Normalmente, los hombres del señor Winters se cuidaban de no ser vistos. De ese modo, ella podía fingir que Andrew y ella estaban simplemente de viaje de verano para alejarse de Londres por un tiempo.

Mientras descendían la colina, Grace hizo un gesto poco claro por encima del hombro. "Podrían caminar con nosotros".

"Creo que intentan dejarnos espacio para conversar".

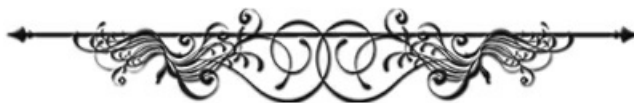
"¿Por qué?" preguntó ella, esforzándose por un tono dulce. "¿Hay algo sobre lo que debemos conversar?"

Andrew la miró sorprendido. "No lo creo".

"Hum", replicó Grace, contrariada porque él no aprovechara la oportunidad para hablar. "Bueno, entonces, ¿dime en qué parte del recinto estuviste de visita? Estuviste fuera algún tiempo, pero aun así no pudiste verlo todo".

Con su alegre voz y su gesto, Andrew describió a Grace los lugares que le eran familiares. A ella le interesaba verlos a través de sus ojos. A cambio, le contaba historias de las travesuras que Lanora y ella solían hacer en diversos lugares de la finca, como el estanque del Duque o el arroyo que lo alimentaba. En general, Grace lo consideraba un paseo muy agradable, pero Andrew nunca le decía lo que pensaba. Por eso, a última hora de la tarde, cuando todo el mundo estaba dormido, ella estaba demasiado agitada para dormir y bajó a la cocina a hornear.

CAPÍTULO DIECISEIS



Un fuerte grito resonó por toda la casa, despertando al instante a Andrew. Le siguió un estruendo. Gritos de hombres.

Se levantó de la cama y cogió sus calzones. Se los puso de un tirón mientras corría y saltaba por la habitación, abrió la puerta de golpe e irrumpió en el vestíbulo. Los gritos se elevaron para recibirle.

Andrew corrió hacia la escalera. Sus costillas aún vendadas protestaban, pero no les prestó atención. De alguna manera, aunque nunca la había oído gritar, sabía que la vocalización era de Grace. Tenía que alcanzarla.

Bajó corriendo las escaleras. A la cocina. Si Grace no estaba dormida, estaría en la cocina. Dobló una esquina y corrió.

Cuando irrumpió en la cocina, encontró a Grace de pie, inmóvil, con una sartén en la mano. El alivio de encontrarla ilesa le hizo detenerse en seco. A su alrededor, la gente del señor Winters y lacayos con la misma librea que los de la mansión Solworth retenían a hombres que Andrew no reconocía.

"¿Thomas? ¿Danny?" La voz de Grace salió como un chillido sobresaltado y miró entre dos de los lacayos con librea. "¿Qué hacen ustedes dos aquí?" Dejó caer la sartén sobre la mesa con un ruido sordo.

Dos de los lacayos de Solworth intercambiaron miradas. "Hemos venido a hacer guardia", dijo uno de ellos.

"Y es algo bueno", observó el otro, apretando más a su prisionero. "Hay muchos de estos tipos".

"¿Cómo sabías que necesitaríamos guardias adicionales?" preguntó Grace. Se giró lentamente para mirar a Andrew.

"Creo que los tenemos todos, señor", dijo el señor Winters, parándose junto a Andrew en la puerta de la cocina. "¿Se encuentra bien, señorita Birkchester?"

Su mirada no se apartó de la de Andrew mientras asentía, su escrutinio le ponía nervioso. "Sí, estoy bien. Gracias, señor Winters".

"El magistrado tendrá algo que decir a todo esto". El tono de Winters era sombrío. "Reúnanlos a todos, muchachos. Los ataremos y los pondremos en un carruaje. Pueden esperar allí hasta que los llevemos como gansos al matadero por la mañana".

Un bullicio de conmoción estalló, hirviendo hacia fuera de la cocina para llenar la casa. El alivio de Andrew se redobló cuando empezó a hacerse una idea de cuántos hombres habían invadido la casa. Cruzó hacia el inconsciente para examinarlo, encontrando un gran bulto plano en la cabeza.

Levantó la vista cuando dos hombres se acercaron para llevárselo. "No parece demasiado grave. Habrá que atarlo. Si pudieras aplicarle algo frío, sería mucho mejor. Si no se despierta en unas horas, mandadme llamar".

"Sí, señor", dijeron, y luego izaron sin ceremonias al malhechor.

En un tiempo sorprendentemente corto, la casa se vació de hombres. A continuación, el personal, que había bajado para saber qué ocurría, fue tranquilizado y devuelto a su cama. Una

vez concluido esto, Andrew se volvió por fin hacia Grace, que no se había movido del lugar en el que estaba cuando él entró en la cocina.

Por primera vez, se percató de que llevaba delantal, con los lazos ceñidos a la cintura para resaltar las curvas de su figura, y de que un cuenco de cerezas deshuesadas descansaba sobre la mesa delante de ella. Al echar un vistazo a la cocina, ahora vacía, Andrew se dio cuenta de que sólo llevaba los pantalones y un vendaje en las costillas.

"¿Cómo sabían que necesitaríamos guardias adicionales?". preguntó Grace en voz baja.

Él tomó sus manos, apretadas y apoyadas en sus caderas, y tragó saliva. "No lo sabían. Lo sospechaban".

"¿Por qué lo sospechaban?"

Andrew se apartó el pelo de la frente y reprimió un escalofrío. Pasada la excitación, empezaba a hacer un poco de frío en la cocina. "¿Podríamos terminar esta conversación conmigo vestido?".

Verle debería ofender su pudor, pero Grace se limitó a mirarle con desprecio. Andrew se sintió muy expuesto.

"Tendremos esta conversación ahora", espetó Grace. "Y al hacerlo, te darás cuenta de que ya se está celebrando demasiado tarde".

Hizo una mueca de dolor.

Apurado por confesar, dijo: "Alguien dejó una nota amenazadora en mi habitación. Se lo dije a Winters, que trajo más hombres de Solworth. Fueron en carreta mientras nosotros caminábamos. Éramos los señuelos para que pudieran llegar aquí sin que los detectaran, para que los hombres del Facineroso no supieran que estábamos preparados para ellos."

Entrecerró los ojos, de un azul oscuro y premonitorio a la escasa luz de unas velas y el horno encendido. "Alguien entró en esta casa, mi casa. Alguien que nos guarda rencor. ¿No tuviste la necesidad de decírmelo?".

"No deseaba preocuparte. Winters se encargó de ello. ¿Por qué perder el sueño? Especialmente cuando la amenaza puede haber sido vacía".

"¿Qué pasa con el señor Hornby? ¿Se te ocurrió que la nota podría haber venido de él?"

"Winters informó que Hornby no entró en la casa solariega. La rodeó varias veces, pero los hombres de Winters lo siguieron. Se reunió con alguien más tarde, en la ciudad, pero ninguno de los hombres de Winters conocía al otro tipo."

"Y tampoco te molestaste en contarme nada de eso".

La preocupación se enroscó en Andrew ante la ira contenida en su voz. "Al ver que te molestaba tanto, no quise recordarte el incidente, sobre todo si no había pasado nada".

"Ya veo. No me estabas mintiendo, me estabas protegiendo. Manteniéndome a salvo".

Sus palabras eran las que él deseaba escuchar, pero su tono transmitía un gran enfado.

"Exacto". Bordeó la mesa para ponerse delante de ella. "Nunca te mentaría, Grace. Simplemente no te lo dije. Estabas tan alegre y nuestro día había sido tan agradable, con nuestros paseos y excursiones, conociendo a tu madre y escuchando historias de tu infancia, ¿por qué iba a arruinártelo?". Llenó su tono de súplica. "Fue un día tan perfecto".

Sus párpados se cerraron para apretar sus ojos. Su boca se movió mientras murmuraba algo demasiado bajo para escucharlo.

No tenía ni idea de que ella estaría abajo, en la cocina, justo al lado de uno de los mejores lugares para entrar. Una oleada de náuseas se apoderó de él al pensar en lo mal que podrían haber salido las cosas.

Sus ojos se abrieron, ahora de un azul más claro. Le miró sin expresión. "Doctor Carter, no lleva camisa".

Andrew asintió, repentinamente cálido de nuevo.

Grace extendió la mano y deslizó unos suaves dedos por la parte superior del vendaje que envolvía sus costillas. Andrew cerró los puños para no atraparla hacia él. Estaban muy, muy solos. Más solos de lo que habían estado nunca, incluso en su viaje en carruaje. El personal se había vuelto a acostar. Winters y sus hombres estaban ocupados con los malhechores, en lugar de vigilarlos a ellos dos. Los dedos de Grace se movieron hacia abajo, dejando las vendas para rozar una miríada de magulladuras verdes, moradas y amarillentas a medio curar.

Muy sola.

"Te golpearon bastante, ¿verdad?".

Asintió.

"¿Y esto fue el día antes de reñirte?".

"Fue unos días antes".

"Siento haberte pinchado".

"Yo no".

Ella sonrió ligeramente.

Andrew intentó calibrar su cambio de humor, pero cuanto más le recorría el abdomen con los dedos, menos atinaba a pensar. Deslizó la mano hacia arriba y se acercó para rodearle el cuello con los brazos. Con un tirón, le bajó la cabeza hasta que sus labios se encontraron.

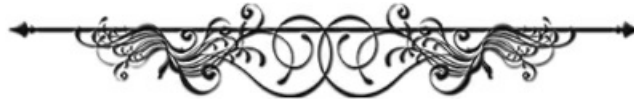
El calor se adueñó de él. La apretó contra él. Sus dedos tantearon los lazos del delantal en la parte baja de su espalda. Tiró de él para separarlos.

Grace se apartó, con los ojos brillantes y los labios rosados sonrientes. "Gracias. Se me olvidó dejarlo en la cocina".

Andrew se quedó de pie, aturdido, con los brazos extendidos como si quisiera abrazarla, mientras ella se quitaba el delantal y lo cruzaba para colgarlo de una percha.

"Que duerma bien, doctor Carter", dijo, saliendo de la habitación sin volver la vista atrás.

CAPÍTULO DIECISIETE



Grace se estremeció y se dirigió hacia el falso amanecer con la maleta pegada al pecho. Si se apresuraba, alcanzaría el carruaje del correo de la mañana. Si lo perdía, tendría que arreglárselas para volver antes de que alguien la extrañara. El disgusto de la noche anterior excusaría su ausencia hasta bastante tarde, pero cada vez sería más difícil pasar inadvertida a medida que avanzara el día. Si hoy perdía el carruaje, mañana tendría que salir antes. Con la zancada más larga que pudo, marchó por el camino lleno de baches, siempre mirando hacia atrás.

Llegó a la posada con el sol hecho una bola roja y con unos minutos de sobra. Los pasó esperando junto a la posada, asomándose por la esquina del edificio para ver si alguien la había seguido. Escabullirse no era su mejor habilidad, pero el señor Winters y sus hombres estaban preocupados por los ladrones. Por lo que Grace sabía, nadie la vio salir.

La ira bullía en su interior, una sensación nerviosa e incómoda. ¿Cómo podía creer Andrew que no contarle lo de la nota podía ser lo mejor para ella? ¿Cómo podía hacerse eco de las palabras de Lanora? No creían que ocultar información fuera tan malo como mentir, ¿verdad? ¿Querían mantenerla a salvo?

Grace no necesitaba sus mimos. Ni los de Andrew ni los de Lanora. Que vieran cómo disfrutaban ocultándoles cosas.

Grace demostraría no sólo su fortaleza, sino su capacidad, y no tendrían ni idea de lo que estaba haciendo.

¿Querían encontrar a ese tal Facineroso? Pero, Grace lo encontraría por ellos. Entonces le haría pagar. Por secuestrar a mujeres. Por golpear a Andrew. Por amenazar a aquellos que a Grace le importaban. Podía ser tan formidable como Lord Garfio, a ver si no podía.

Con un mantra de ira retorciéndose en su cabeza, Grace cabalgó todo el camino de vuelta a Londres con los dientes apretados y su valija en el regazo. Cuando llegó, se dirigió a las afueras del peor barrio, consciente de que era allí donde Lord Garfio y Pequeño Garfio hacían la mayor parte de su trabajo. Si William y el Terrateniente estaban enfrentados, el hombre debía de estar merodeando por la zona que William protegía.

Durante una noche de insomnio y su largo viaje en carruaje, Grace había decidido que éste era el mejor curso de acción. Seguía pensando que el señor Hornby podría tener algo que ver con el tal Facineroso, aunque los hombres de Winters dijeran que Hornby no había estado en la casa. No podía decidir qué era más probable, que él se hubiera enterado de que ella estaba en la residencia y tratara de estafarla, o que trabajara para el tal Facineroso y simplemente se hubiera aprovechado de ella como pretexto para acercarse a Andrew.

Con los pensamientos agitados de ira y los pasos retumbantes, marchó por calles cada vez más estrechas. A la luz de la tarde, su paso por el barrio más insípido de Londres le valió algunos abucheos. Ella hizo caso omiso. También ignoró el hilo de duda que se abría paso en su vientre.

Al acercarse por fin a los límites del municipio, un tipo fibroso cruzó la calle para interceptarla. Se detuvo frente a ella y le sonrió. "¿Buscas algo, cariño?"

Grace le cerró el paso y le fulminó con la mirada. Toda la rabia que hervía en su interior se concentró en su rostro estrecho y lleno de viruelas.

Levantó las manos y dio un paso atrás. "No te hice nada. Sólo quería indicarte el camino".

Una pizca de consternación floreció en ella.

Realmente no había hecho nada, aparte de emplear un cariño al que no tenía derecho. Acalló su ira lo suficiente como para decir: "Busco una habitación para alquilar".

Bajó los brazos y su expresión se transformó en una mirada lasciva. "Tengo una habitación para ti, cariño. Bonita y acogedora, con una cama enorme".

La furia la invadió de nuevo. Sacó la pequeña pistola que llevaba. La rabia hizo brotar las palabras en un gruñido y gritó: "También busco a alguien a quien abrirle un agujero".

Sus manos volaron de nuevo hacia arriba. "Vaya. Era sólo una broma".

"¿Una broma?", espetó ella. "¿Crees que atormentar a las damas es divertido?" Apuntó la pequeña pistola en su dirección. "Creo que será más divertido dispararte a ti".

Él la miró fijamente, con los ojos muy abiertos y las manos aún levantadas en señal de rendición.

Grace entrecerró la mirada. Nunca había disparado a un hombre, pero se sentía tan furiosa que pensó que podría hacerlo. Con un movimiento repentino, el hombre de cara picada giró y huyó calle abajo.

"Oye, cariño, conozco un sitio donde se puede quedar", dijo una voz femenina.

Grace se giró. Una mujer ligeramente vestida estaba en la esquina detrás de ella. Aunque era delgada, se había arreglado la ropa de tal manera que sus atributos saltaban a la vista, dando la ilusión de voluptuosidad. Sonreía, mostrando tres dientes marrones en la parte inferior.

Parecía y sonaba sincera, así que Grace guardó la pistola. "¿Qué tipo de alojamiento?"

La mujer negó con la cabeza. "Nada de lo que él sugería, cariño. Si subes otra calle, por donde vas, y luego giras a la derecha, verás un edificio amarillento. La mujer de allí alquila habitaciones, pero tienes que pagar la semana por adelantado, y no te da mucha comida. Cierra bien por la noche. Será el lugar adecuado para ti".

Grace le ofreció una cálida sonrisa. "Gracias, señorita..."

La mujer rió entre dientes. "Señorita. Ojalá. Me llaman Addy".

"Gracias, Addy. Yo..." Grace se interrumpió. ¿Debería decir su verdadero nombre? ¿Tendría algo de malo?

"No te preocupes, cariño, ninguno de nosotros quiere ser quien es". Miró a Grace de arriba abajo. "Eres una monada, y con ese pelo tan bonito. ¿Qué tal si te llamamos Locksy?"

Addy soltó una risita raquítica. "Lo haces, y puedes venir a darme unos peniques, Locksy. No lo haces, y vuelves de todos modos. Conozco a un tipo que podría ayudarte a ganar mucho más dinero, mucho más fácilmente".

Grace frunció el ceño para ocultar su interés, preguntándose si ya había encontrado un vínculo con el Facineroso. "¿Qué quieres decir?"

"Sólo que una cosa dulce y bonita como tú, de aspecto limpio e inocente, podría ganar una buena suma trabajando para el caballero".

"¿Trabajas para él?"

Addy soltó una carcajada y le dio un ataque de tos. "No. Él no trata con gente como yo".

Grace entrecerró la mirada. No quería parecer ingenua hasta el punto de sospechar. "¿Por qué me llevarías con él? ¿Qué clase de trabajo es?"

Addy la estudió de nuevo, durante el tiempo suficiente para que Grace se preocupara de que la otra mujer hubiera cambiado de opinión.

"Es el tipo de trabajo que haces cuando no ganas lo suficiente como dependienta para alimentarte o permitirte una habitación en la que dormir".

Grace soltó un grito ahogado y se tapó la boca con una mano. "No podría".

"Ya veremos, cariño. Ahora eres una cosita regordeta, pero pronto estarás escuálida como las demás". Señaló a Grace. "Vendiendo tus enaguas, y esa bonita valija. Es mejor que tomes la decisión antes de vender también tu pelo. Después de eso, el Facineroso podría no aceptarte".

"¿Quién? preguntó Grace, tratando de mantener el júbilo en su voz.

"El agradable caballero que te presentaré, Locksy". La avaricia brilló en los ojos de Addy.

"No me has dicho lo que sacarás de él".

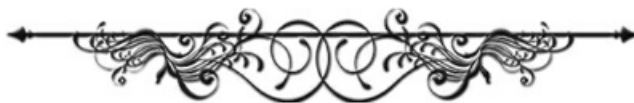
"Paga unos excelentes honorarios por encontrarlo, ése sí".

Grace arrugó la nariz, un poco abrumada por lo insípida que se había vuelto su conversación. Se echó para atrás mientras decía: "Bueno, eh, voy a ser una dependienta, o tal vez incluso una doncella, pero gracias".

"Vuelve cuando me necesites, cariño. Addy estará aquí, esperando en la esquina. Sólo que acepta mi consejo y vuelve antes de ir a cortarte ese pelo tan bonito".

Grace asintió. Levantó la mano para ajustarse el gorro a la cabeza y se apresuró a seguir las recomendaciones de Addy. Pronto encontró la pensión. La mujer que la regentaba, la persona más corpulenta que Grace había visto en el barrio, la miró, le quitó la moneda y la dejó pasar, cerrando la puerta tras de sí.

CAPÍTULO DIECIOCHO



Andrew silbaba mientras estaba sentado en el soleado salón, con un servicio de café a su lado y el periódico en la mano. No sabía cómo había evitado la ira de Grace y tampoco le importaba mucho. Sólo podía pensar en la forma en que ella lo había tocado y en su beso. Leyó la primera página, luego la releyó, consciente de que aún no había logrado concentrarse lo suficiente para comprender las palabras.

Sonaron pasos y una criada asomó la cabeza en la habitación. "El Marqués y la Marquesa de Westlock desean verle, señor".

Andrew puso su periódico a un lado y se levantó con una sonrisa de bienvenida cuando llegaron a la habitación. "Westlock, milady, ¿a qué debemos el placer?".

Westlock acompañó a su esposa a una silla, viéndola sentarse antes de volverse hacia Andrew. "Recibimos un mensaje de Winters a primera hora de la mañana".

"Entonces seguro que os ha informado de que todo va bien". Andrew estudió a Lady Westlock por un momento, preocupado de que hubieran venido a verle por consejo médico más que por la misiva de Winters, pero ella parecía perfectamente bien aunque sobrecargada por el bebé que esperaba.

"Así es, pero mi señora insistió en que debía ver personalmente a la señorita Birkchester". Westlock frunció el ceño hacia su esposa, tomando la silla junto a ella.

"No me digas 'milady'", dijo alegremente Lady Westlock. "Es simplemente un paseo en carruaje. No puedo imaginar qué daño cree que me va a ocurrir". Miró alrededor de la habitación. "¿Dónde se encuentra Grace?"

"Aun en cama", dijo Andrew. "La terrible experiencia debe haberla agotado". *¿Se había pasado la noche en vela, pensando en el momento en que se besaron, como él?*

Lady Westlock frunció el ceño. "¿Grace? ¿Exhausta por una prueba y dormida todo el día?". Sacudió la cabeza. "Lo más probable es que no salga porque esté enfadada con usted".

"No." No se lo podía creer. No después de cómo lo había besado. "Lo estaba, pero sólo tardó un momento en perdonarme".

Lady Westlock lo miró con cierta lástima.

"¿Qué? Preguntó Andrew, cada vez más inquieto.

"Creo que lo que la mirada de mi encantadora esposa significa es que hay escasas posibilidades de que la señorita Birkchester le haya perdonado". Westlock esbozó una mueca de disculpa.

"Winters incluyó en su informe que usted no había avisado a la señorita Birkchester".

Andrew tendría que hablar con Winters para que fuera tan minucioso en su correspondencia.

"Estoy seguro de que la señorita Birkchester me ha perdonado. Sabe que sólo quería evitarle preocupaciones". Se encogió de hombros. "No es como si le hubiera mentido. Simplemente no le comenté nada de la nota".

"¿Le explicaste eso?" preguntó Lady Westlock, con los ojos muy abiertos.

"Por supuesto."

Negó con la cabeza, redoblando la lástima que le dirigía. "Iré a hablar con ella por ti. No se levante".

Se levantó de la silla y Westlock saltó para ayudarla. Lady Westlock salió de la habitación y

Westlock volvió a sentarse.

"También he venido a comunicarte que tu clínica está casi lista y que tengo grandes esperanzas, dado el número de hombres que Winters ha apresado, de que al menos uno de ellos nos proporcione información que nos conduzca de vuelta al Facineroso. Pero eso no significa que debas apresurarte a volver. Parece como si el aire del campo estuviera de acuerdo contigo".

"No recuerdo cuándo fue la última vez que me sentí tan restablecido", admitió Andrew. "Gracias por ocuparte de las reparaciones, y por Winters".

"Es lo menos que puedo hacer". El tono de Westlock estaba cargado de amargura y recriminación. "Ni usted ni su clínica habrían sufrido daños de no ser por mí".

Andrew negó con la cabeza, familiarizado con esa mentalidad por tratar a gente en su clínica... normalmente a quienes habían sufrido a manos de otros. "Cuando se inflige daño a alguien, sólo hay un lugar para atribuir la culpa".

El Marqués se pasó una mano por la cara, luego asintió con la cabeza y esbozó una leve sonrisa, pero una sombra acechaba en su mirada cuando dijo: "Tiene razón, por supuesto".

Andrew se preguntó cuántos años de ser Lord Garfio harían falta para que Westlock se creyera las palabras que estaba pronunciando.

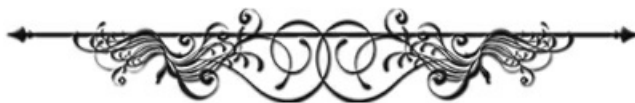
"Se ha ido". Lady Westlock irrumpió en la habitación tras sus palabras, con la respiración agitada como prueba de su prisa. "Grace se ha marchado".

Westlock estaba a su lado cuando Andrew se puso en pie y preguntó: "¿Cómo que se ha marchado?".

"Grace, ya no está. Su valija ha desaparecido, así como sus dos vestidos más sencillos, su bonete menos favorito y sus botas". Apretó las manos de Westlock. "No sé cuántas monedas tenía a mano, pero me parece que también han desaparecido algunas. Se ha marchado".

Andrew miró fijamente a Lady Westlock, con un mareo que le invadió. "¿Se ha ido? Pero... ¿Adónde iría?".

CAPÍTULO DIECINUEVE



Grace se vistió con la bata menos elegante de las dos que había traído. Saludó con la mano al pasar junto a Addy, que parecía vivir en la esquina de la calle donde Grace la había conocido por primera vez. Cuando se dirigía a la hilera de tiendas más cercana, ensayó una frase sobre el hecho de haber dejado su antiguo empleo porque la habían acusado de robo, pero ella no había robado. En realidad, el lascivo hijo del propietario había incriminado a Grace porque ella no quiso darle su merecido.

Esperaba que la historia convenciera a alguien de contratarla, ya que insinuaba que podía ser una ladrona o una faldera, si no ambas cosas. Para lograr su objetivo de presentarse al Facineroso, Grace necesitaba convencer a la población local de que buscaba trabajo en una tienda, pero que en realidad no lo quería. Por supuesto, si lo conseguía, estaba segura de que podrían despedirla.

Entró en la primera tienda de la calle con una sonrisa radiante, localizó a la propietaria y le dijo: "Buenos días. Busco trabajo".

La mujer de hombros caídos la miró de arriba abajo. "¿Tiene una carta de recomendación?"

Grace había pensado en escribirse una a sí misma, pero con su aspecto pulcro, su acento culto y sus habilidades, no parecía haber motivo.

"No, pero sé leer y escribir, hacer cuentas y..."

"No estamos contratando".

"Pero, si me escucha un momento..."

"Haga una compra o váyase", interrumpió la mujer, fulminándola con la mirada. "Si no está aquí para comprar, está merodeando. Llamaré a la vigilancia".

Grace levantó la nariz, giró sobre sí misma y se dirigió hacia la puerta, murmurando: "No estoy aquí para comprar", mientras salía.

La trataron igual en la siguiente tienda, y en la siguiente, y así durante todo el día. Aunque dijera algunas palabras para recomendarse, todos pedían una carta de recomendación. Las únicas ofertas de trabajo que recibió fueron en un par de tiendas regentadas por hombres, y le dejaron claro que si le contrataban esperaban que se mostrara muy agradecida y complaciente.

En una de las tiendas, casi al final del día, en vez de pedir trabajo, Grace empleó gran parte de las pocas monedas que había traído para comprar un botecito de tinta, una pluma y una hoja de papel. Aunque siempre había administrado bien sus gastos personales, nunca antes se le había ocurrido lo que costaba usar una parte de la paga de una persona normal el material de escritura.

Consternada por el trato recibido y por haberse dado cuenta de ello, al final de la jornada se cruzó con Addy, disgustada con el mundo, y le devolvió el saludo de mala gana. Addy soltó una risita, un sonido divertido, no malicioso, pero a Grace no le gustó nada.

De regreso a su pequeña habitación alquilada, cerró la puerta con llave, consciente al instante de que habían registrado sus cosas. Obviamente, la casera tenía su propia llave y no tenía reparos. Grace hizo una rápida inspección, pero sólo encontró que faltaba una cinta para el pelo. Cualquier otra cosa que hubiera traído y que pudiera interesar, salvo al ladrón más malvado, la había llevado consigo.

Satisfecha de que su pequeña habitación diera al oeste y no tuviera que elegir entre pagar un

centímetro de vela o escribir en la pequeña sala común, donde todo el mundo la podía ver, Grace colocó los útiles de escritura lo mejor que pudo en el asiento del único taburete de madera de la habitación. El taburete, el único mueble aparte de la cama, ya que su vestido extra colgaba de una percha, era al menos un poco mejor que escribir en el suelo. Grace se sentó con las piernas cruzadas ante el taburete y escribió cuidadosamente una carta de recomendación para la señorita Sarah May Smith, de parte de la señorita Grace Birkchester.

Dejó secar la carta a la luz del sol que entraba por los cristales sucios, cerró la habitación y se fue a comer lo que, si la primera noche servía de indicación, sería un guiso aguado con un gran trozo de pan duro pegado.

Al otro día, Grace se puso su mejor bata, tomó la carta de recomendación cuidadosamente doblada de Sarah May Smith y salió a probar en otro grupo de tiendas. Cuando la primera propietaria a la que preguntó replicó pidiéndole una carta para recomendarla, Grace le entregó alegremente la hoja, sonriendo mientras esperaba.

"¿Una carta en papel de mala calidad, de una señorita de pueblo soltera?", dijo el hombre, alzando la vista para escanear la firma y la dirección de Grace al pie de la página. "No buscamos a otra chica".

Grace le miró fijamente, sorprendida de ser rechazada casi tan rápidamente como el día anterior.

"Pero ella me respalda, y sé leer, escribir y hacer números".

Extendió la página. "No buscamos a una chica como tú".

Grace apenas cogió la carta cuando él la dejó caer y se dio la vuelta. Salió con el sello, recompuso su expresión en una sonrisa, alisó y volvió a doblar la página, y se dirigió al siguiente local. Allí recibió el mismo trato, y en el siguiente, y en el siguiente, durante todo el día. Una mujer, un poco más amable que el resto, le dijo que si podía conseguir una recomendación de Londres o de un caballero del campo o de la esposa de un hombre así, podía volver y preguntar de nuevo. La palabra de una señorita desconocida y soltera no era suficiente para contratar a nadie.

Grace regresó en dirección a la pensión, sintiéndose bastante abatida. No sólo Sarah May Smith había resultado insuficiente, la señorita Grace Birkchester tampoco lo era. Podía conseguir otro paje y falsificar una carta de Lanora, pues seguramente la palabra de una Marquesa tendría peso, pero ¿qué pasaría cuando alguien verificara la referencia? Además, Grace no podía permitirse un papel que pareciera salido del escritorio de una noble.

Regresó a su habitación a trompicones, con la mente ocupada repasando cifras a medida que la tarde declinaba.

Grace miró al otro lado de la calle y se dio cuenta de que había llegado a la esquina de Addy. Mirando a ambos lados para asegurarse de que no se cruzaba delante de un carruaje, Grace cruzó hacia la ramera de mediana edad.

"Nadie me deja siquiera contarles todas las habilidades que tengo", confesó cuando llegó junto a Addy.

Addy asintió. "Ojalá fuera diferente, cariño, de verdad. Los que no están en la cuneta no quieren ensuciarse las manos bajando a ayudar a cualquiera de nosotros a levantarse".

"Yo no estoy en la cuneta", protestó Grace.

Addy la miró, con un brillo de simpatía en los ojos. "¿No lo estás?"

Grace conocía su misión, podía sentir que se acercaba a una invitación para reunirse con el Facineroso, pero conociendo perfectamente los esfuerzos caritativos tanto de los Greydrake como de los McClintock, no pudo evitar preguntar: "¿No hay ningún sitio al que pueda ir? ¿Algo

que pueda hacer? ¿Alguien que me ayude?"

"Oh, sí, una joven inteligente y guapa como tú. Hay un lugar en Wescott, llamado Segunda Esperanza. Te acogerían y te enseñarían un oficio".

Grace sacudió la cabeza, desconcertada. "Entonces, ¿por qué no vamos allí?".

"Un sitio así no es para viejos desdichados como yo. Te apuesto mi último centavo a que me rechazarían en la puerta".

" Por qué no".

" Fíjate en el nombre. Segunda Esperanza". Addy se giró y escupió. "Gente adinerada que quiere sentirse mejor con todo lo que tiene, eso es lo que es". Señaló su delgada figura, indecentemente vestida. "Yo no soy lo que buscan. Enseñan a las chicas, las visten bonitas, las muestran a sus amigos ricos. Como si no, las pobrecitas son maltratadas donde las envían. Soy demasiado inteligente para permitir que me lleven".

Grace sacudió la cabeza, asombrada por cada giro en el pensamiento de Addy. "¿No debería ir yo allí?".

El brillo avaricioso volvió a los ojos de Addy, su sonrisa se volvió astuta. "Tú no, cariño. Eres suficientemente guapa y fresca como para ganar una fortuna. No necesitas ser la criada de una dama, acosada por sus parientes masculinos sin poder hacer nada al respecto. Podrías ser la amante de un buen caballero. Él te conseguiría un lugar donde vivir y te compraría joyas". Unos dedos demasiado finos agarraron el brazo de Grace. "Asegúrate de que te compre joyas. Así tendrás de qué vivir cuando se canse de ti".

Grace la miró con una mezcla de horror y fascinación. Tragó saliva y dijo: "¿Y debo hacerlo ahora, antes de que tenga que malvender mi pelo?".

La codicia de Addy se agudizó. "Sal mañana por la noche, una hora antes de medianoche. Ven aquí conmigo y te llevaré a conocer al Facineroso ".

Conteniendo su euforia, Grace protestó: "La pensión está cerrada por la noche".

"Nada le impide aceptar unas monedas para abrir las puertas".

¿Era esa la verdadera razón por la que la casera cerraba? ¿No para mantenerlos a salvo, sino para obligarlos a sobornarla?

"Sólo que, si queréis volver a por vuestras cosas, aseguraos de llevar suficiente moneda para que os deje volver a entrar. Una vez que salgas por la noche, ella dirá que no puede dejarte entrar porque rompiste las reglas".

"¿Aunque sea ella la que me deje salir?" La ira estalló en Grace ante la enorme hipocresía.

Addy se encogió de hombros. "Es su casa". Añadió otra de sus miradas escrutadoras y sopesadoras antes de preguntar: "¿Nos vemos mañana por la noche?".

¿Debía intentarlo? Era lo que había venido a hacer, pero le parecía muy inseguro. Ir a cualquier parte del distrito de noche sería muy peligroso, y mucho más ir a ver a ese tal Facineroso. Grace se mordió el labio inferior. Si Addy sabía cómo encontrar al Bribón, ¿no podía Grace decírselo a William y dejar que él le pagara a Addy por la información?

" ¿Podría tener otro día para pensarlo?".

Addy negó con la cabeza. " Debo dejar la señal esta noche. No puedes simplemente ir a ver al Facineroso. Tienes que solicitar una audiencia como si fuera un rey o algo así, y él te dirá si quiere verte".

"¿Y si digo que sí y luego cambio de opinión?"

"Entonces él me obligará y yo te obligaré a ti, señorita Locksy". Había una amenaza repentina en el tono de Addy. Bajó las cejas. "Entonces, ¿qué va a ser, Locksy? ¿Sí o no? No puedes quedarte aquí toda la noche. No conseguiré clientes".

Grace se dio cuenta de que el sol se había ocultado tras los edificios del oeste, dejando las calles envueltas en sombras. Pronto su casera cerraría.

Enderezó los hombros, respiró hondo y dijo: "Sí. Iré".

La expresión de Addy volvió a ser agradable. "Hasta mañana por la noche, entonces, cariño. Ahora ve a cenar".

"Que tengas... una muy buena noche, Addy", respondió Grace, insegura de cómo desearle lo mejor a una ramera.

Se apresuró a recorrer el resto del camino de vuelta a la pensión, temerosa de quedarse fuera, y llegó a tiempo para comer su triste cena. Apenas era un guiso, el potaje consistía en un líquido tibio, dos trozos de zanahoria marchita, una única patata diminuta, un trozo de algo que seguramente era grasa de caballo y el extremo rechoncho de una hogaza de pan. Grace se lo tragó todo, dio las gracias a la casera y se retiró a su habitación.

Abrió la puerta y descubrió, en la penumbra del día, que Dodger estaba sentado en su cama, balanceando los pies. Se detuvo en el umbral, con la boca abierta, y lo miró fijamente.

"Querrá cerrar la puerta antes de que alguien me vea, su señoría".

Grace entró y cerró la puerta tras de sí.

"¿Tienes llave?", preguntó. "Si no, puedo cerrarla".

Cerró la puerta, guardó la llave y se volvió. "¿Qué haces aquí? ¿Cómo ha dado conmigo?"

"Oh." Y ella que pensaba que había tenido cuidado de pasar desapercibida. "¿Supongo que le dijiste a Lord Westlock dónde estoy?"

Dodger negó con la cabeza. Se había quitado cortésmente su maltrecha gorra y ahora la retorció entre sus manos. "En vista de lo enfadada que puedes ponerte y de cómo se te agudiza la voz, quería preguntarte primero qué estás haciendo, pero su señoría y su señoría están muy preocupados por ti".

"¿Saben que me he ido?"

Andrew debe haberles escrito. Al menos, eso esperaba ella. No quería pensar que le había empujado a volver a los peligros de Londres.

Dodger asintió. "Y están muy preocupados. Su señoría está muy perturbada".

Una punzada recorrió a Grace. Lanora no debería ponerse nerviosa estando tan embarazada. Tal vez debería... pero no. Por mucho que Lanora no debiera perturbarse, las niñas no merecían ser abducidas y Andrew no debía ser golpeado y su clínica incendiada. Grace estaba tan cerca de saber quién era el Facineroso.

"Sé que usted y su señoría tuvieron una discusión, pero ¿vendrá a casa?". preguntó Dodger, sonando por un momento como el niño que era, pues no podía tener más de una docena de años.

Grace sospechaba que menos. "La casa de Lanora y William no es en realidad mi casa".

Dodger agitó una mano, y el gesto abarcó toda la habitación. "¿Esta lo es?"

Ella negó con la cabeza. "Por supuesto que no."

Dodger retorció el sombrero entre las manos y parecía confundido.

Grace se sentó a su lado en el borde de la cama. Le revolvió el pelo, pero él no protestó como de costumbre. "Estoy aquí porque intento encontrar al Facineroso".

Dodger la miró boquiabierto. "Eso es una locura. Disculpe, su señoría, pero ese no es trabajo para usted".

"¿Y supongo que crees que es un trabajo para ti, un niño de diez años?"

"Tengo catorce", afirmó Dodger. "Y vaya que lo es".

Por una vez que no le echó en cara su edad, Grace preguntó: "¿Y lo has encontrado?"

"Pues no, su señoría, pero tampoco es un trabajo para usted".

"¿De verdad? Porque voy a encontrarme con él mañana por la noche".

"¿De verdad?"

"De verdad."

Dodger saltó de la cama. "Tengo que decírselo a su señoría".

Grace también se levantó. "No lo harás."

"Pero tengo que hacerlo, para que pueda seguirte".

Las manos se posaron en sus caderas. "Te prohíbo absolutamente que se lo digas". Lo primero que William haría sería llevarla de vuelta a Lanora. "Me reuniré con el Facineroso, averiguaré quién es, y luego se lo diré a Lord Westlock".

"Pero es demasiado peligroso". Dodger retorció el sombrero con más fuerza, tensando la raída tela.

Grace apretó los labios. Sí que era peligroso. En realidad, que Dodger la encontrara era un alivio. Ella no quería caer en las garras del Facineroso. "¿Y si se lo dices justo antes, para que me siga? No dejaré que nadie intente detenerme. Esto es demasiado importante".

Tenía que mantener a salvo a Andrew, y a todas esas jóvenes que el Facineroso secuestró... y demostrarle a Lanora que era útil, competente y fuerte. No el tipo de persona a la que deberías guardarle secretos durante cuatro años.

"Tal vez", dijo Dodger, alargando la palabra mientras reflexionaba.

Grace lo tomó por los hombros. "Esto es importante para mí. Tengo que hacerlo y Lord Westlock tiene que encontrar al Facineroso, así que todo saldrá bien. Prométeme ahora mismo que no le dirás a nadie dónde estoy o qué estoy haciendo hasta mañana por la noche".

Entornó la cara, pensativo.

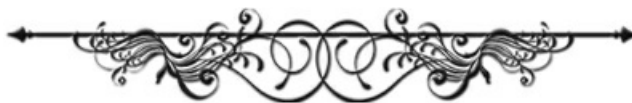
Ella le dio una pequeña sacudida en los hombros. "Dodger. Prométemelo".

Él dejó escapar un largo suspiro. "Te lo prometo".

"Gracias. Y lo abrazó.

Debía de estar bastante preocupado por ella porque ni siquiera intentó zafarse.

CAPÍTULO VEINTE



Andrew se deambulaba por su clínica, buscando algo que recoger, limpiar u organizar. Hacía horas que había cerrado y por fin se había quedado sin nada que hacer. Después de contemplar durante un largo rato el sombrío pasillo que conducía a la sala principal, cogió el almuerzo que le había preparado su ama de llaves y se dirigió a la mesa. Al igual que le había ocurrido a la hora de comer, no pudo ingerir nada. Finalmente, volvió a envolver el pan integral y el queso cortado en rebanadas gruesas y los colocó en los comienzos de una cocina que estaba comenzando a construir. Una cocina en la que Grace cocinaría. Si alguna vez la localizaba.

Las preguntas se arremolinaban en su cerebro mientras volvía a su escritorio para hacer un nuevo intento de papeleo. Grace sólo había estado fuera unos días, pero se le habían hecho una eternidad. ¿Por qué se había ido? ¿Era su culpa no haberle avisado de la nota amenazadora? ¿Adónde había ido? ¿Estaría a salvo?

Apoyó los codos en la fría madera del escritorio y dejó caer la cara entre las manos. ¿Cómo pudo hacerle esto? ¿Irrumpir en su vida, decirle que se casarían, hacerle creer que era verdad, hacerle desear que lo fuera y luego desaparecer? Cuando la encontrara, él... él...

La abrazaría, la besaría y ya nunca la dejaría ir.

Sonó un golpe en la puerta trasera. Levantó la cabeza. Pero no, no era Grace. La puerta era para comerciantes durante el día y al anochecer, sólo muy pocas personas se acercaban a la puerta trasera de la clínica.

En particular, Dodger, el señor Winters y sus hombres, Westlock y Lady Madelina. Andrew apartó la silla y fue a ver quién golpeaba. Probablemente Winters, que querría saber cuándo cerraría Andrew por la noche y se iría a casa.

Se asomó y vio dos formas, ambas delgadas, una mucho más alta que la otra. Andrew abrió la puerta de par en par para dejar entrar a Dodger y Pequeño Garfio, este último apoyado en el primero. Cuando entraron, asomó la cabeza para echar un rápido vistazo a su alrededor, pero Westlock no aparecía por ninguna parte.

Andrew se volvió, observando el paso saltarín de Lady Madelina mientras Dodger la acompañaba por el pasillo hasta la sala de reconocimiento. Nunca había visto a la dama con un dolor tan evidente, y ya le había puesto bastantes suturas.

Una vez incluso le había sacado una bala de la pierna.

Se apresuró a seguirlos por el pasillo. "¿Qué ha pasado?"

"No lo sé", dijo Dodger, ayudándola a subirse a la mesa.

Lady Madelina apoyó una mano en el hombro de Dodger y saltó, posándose sobre la mesa, con los dientes enseñados en una mueca. "Me he caído de un tejado".

Andrew enarcó las cejas y se acercó para arrodillarse ante ella y mirarle la pierna. Se quitó el sombrero y la máscara, revelando un rostro sin color y cubierto de sudor. Le subió con cuidado la pernera del pantalón y evaluó la situación. Ya hinchada y morada, la pierna de Lady Madelina estaba claramente rota.

"Dodger, me siento muy débil"

"Doc, no puedo", dijo Dodger, dirigiéndose a la puerta de la sala de tratamiento.

"¿No puede qué?" Andrew giró para mirarle, sorprendido.

"Tengo que encontrar a su señoría. Su señoría y yo íbamos hacia él cuando se cayó".

Andrew frunció el ceño. La rotura era lo bastante grave como para requerir atención inmediata. Un ayudante sería eminentemente útil. "¿Qué podría ser tan importante?"

"Tenemos a alguien que va, hum, de encubierto, a reunirse con el Facineroso y su señoría no sabe nada de eso o que tiene que hacer un seguimiento y debo encontrarlo ahora antes de que el, ah, la persona encubierta entre, sin saber que no estamos allí".

Andrew se puso en pie, dirigiéndose a un armario para empezar a reunir provisiones. "¿Podrías al menos avivar el fuego al salir y poner la tetera? La rotura ha rasgado la piel. Necesitaré sábanas recién hervidas para evitar infecciones".

"Ve, Dodger", gritó Lady Madelina. "Ve por William y encuéntrala, antes de que sea demasiado tarde."

"Sí, su señoría."

"¿A ella?" repitió Andrew, extendiendo una mano para impedir que Dodger saliera de la habitación. Un atisbo de preocupación lo recorrió. "¿Su espía es una mujer?"

"¿Estás diciendo que las mujeres no pueden ser espías? El tono de Lady Madelina era ahora más cortante.

"No, claro que no. Andrew frunció el ceño, preocupado por la dama que se hubiera enfrentado al Facineroso... especialmente si se trataba de una dama en concreto. "Dodger, llévate a Winters y a sus hombres para que te ayuden".

"¿No están ellos para vigilarte, Doc?" preguntó el muchacho, aunque parecía impaciente. "Obviamente el Facineroso estará ocupado con otra cosa esta noche. Estoy segura de que estaremos a salvo. Si esta espía está en peligro, debe ser protegida".

Por favor, rezó, que no sea Grace.

"Bien", dijo Dodger. Se tocó el sombrero. "Gracias, Doc. Cuidaremos de ella".

Salió apresuradamente de la habitación.

Andrew lo miró partir, medio dispuesto a llamarlo. Si Grace estuviera en peligro... pero no, ella no se atrevería a tanto, no era tan tonta. ¿O sí?

"Doctor", pronunció Lady Madelina.

Se volvió para ver su rostro aún más blanco.

Se balanceaba sobre la mesa, con la mirada desenfocada. Se apresuró a acercarse a ella y la ayudó a tumbarse, apoyándola en una almohada.

"¿Qué más se ha hecho?", le preguntó, dudando incluso de que el dolor de su pierna rota hiciera que Lady Madelina se sintiera tan mal.

"Me golpeé la cabeza con algo".

Se acercó a la mesa para echar un vistazo. La sangre empapaba parte de su trenza. "Tendré que desenredar esto".

"Ve a empezar con las vendas. Puedo arreglármelas".

"¿Estás segura?" No esperó respuesta. "No tardaré. No te duermas".

"Estoy demasiado enfadada para eso", murmuró ella y alargó la mano para soltarse el pelo, dejando al descubierto un largo desgarrón en la manga de su camisa.

También tendría que examinarle el brazo, pensó mientras se dirigía a la cocina con el brazo cubierto de vendas. Si realmente se había caído de un tejado, algo que parecía difícilmente posible para alguien de su habilidad, tendría que examinarla por completo. Con el golpe en la cabeza y la pierna tan rota, podría tener muchas otras lesiones que ella ignoraba.

Cuando volvió, la encontró sentada de nuevo al lado de la mesa, con el pelo rubio hasta la cintura. Nunca la había visto con el pelo suelto. Cuando era Pequeño Garfio lo llevaba trenzado

y, en público, lo llevaba en tirabuzones como tantas otras damas. En esas ocasiones, parecía tener una longitud similar al de Grace. Si se desatara, ¿las sedosas trenzas de Grace caerían sobre ella de forma similar? Era fácil imaginárselo.

Andrew sacudió la cabeza con firmeza. No era el momento de soñar despierto con la señorita Birkchester ni de preocuparse por ella. Lady Madelina estaba sentada ante él en una situación de extrema necesidad. Empezó a colocar más herramientas en una bandeja. Le examinaría la cabeza mientras hervían las sábanas y luego le acomodaría la pierna.

"¿Cómo te caíste de un tejado?", le preguntó, moviéndose detrás de ella con una palangana y paños limpios para lavar la sangre de la nuca.

"No lo sé. Me mareé".

Andrew frunció el ceño. "¿Mareada? ¿Has tenido problemas de mareos últimamente? ¿Te has golpeado la cabeza anteriormente?"

Ella sacudió la cabeza, deteniendo el movimiento casi al instante. "Ningún golpe reciente en la cabeza. Solamente he estado mareada".

Dejando de señalar la falta de sabiduría que suponía correr por los tejados mareado, le limpió el cuero cabelludo y le separó el pelo mojado con dedos suaves. Un corte superficial y dentado se topó con su mirada, la hemorragia ya disminuía. Necesitaría una compresa, pero como ni siquiera tenía la ayuda de Dodger, eso debería esperar hasta después de su pierna.

"No es un corte grave", dijo. "Volveré enseguida. "

Volvió con las vendas y la encontró arremangada para mirarse el antebrazo, con la cara aún blanca y una mueca de dolor. La estudió un momento desde la puerta, fijándose en la forma de su cara, en las curvas que intentaba mantener sujetas bajo la camisa, y preguntó: "¿Algún otro síntoma últimamente, aparte del mareo?"

Levantó la vista, con los labios fruncidos. "No estoy segura de que el mareo sea síntoma de nada. No he estado comiendo mucho, así que probablemente ése sea el problema".

"¿Y por qué has estado comiendo poco?"

Dejó caer las manos y la mirada a su regazo. "Por nada".

Con la esperanza de sacarle la verdad, preguntó: "¿Sabe McClintock que estás embarazada?"

Los ojos grises, oscuros como destellos de ira, se abrieron de golpe para encontrarse con los suyos.

Andrew esbozó una leve sonrisa.

Lady Madelina soltó una risita e hizo una mueca de dolor. "Ahora lo sabrá, ¿verdad?". Andrew negó con la cabeza. "Cuando usted es mi paciente, lo que me diga queda entre nosotros. No obstante, me atrevo a pensar que se alegrará mucho". Contempló la tristeza que asomaba a su rostro y añadió: "Y con esa rotura, de todos modos, no estarás en condiciones de subir a los tejados durante algún tiempo."

"¿Y si... y si intenta impedir que vuelva a salir?", preguntó ella en voz baja. Le rodeó la cintura con un brazo. "Debo seguir trabajando para arreglar Londres. Será el hogar de nuestra nena".

Andrew negó con la cabeza. "Me temo que no tengo las respuestas, pero debo examinar esa pierna".

"Sí. Por supuesto", murmuró ella, con tono abatido.

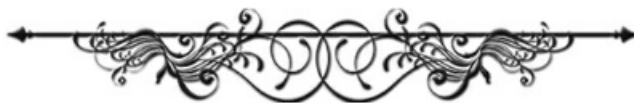
"Es un hombre muy razonable", añadió Andrew. "Y uno que comparte muchos valores contigo".

Asintió sin levantar la vista.

Recogió lo que necesitaba en su bandeja y se arrodilló ante la camilla para estar a la altura de su pierna rota. Se consideraba muy afortunado de que, a diferencia de McClintock o Lady

Westlock, no tuviera que preocuparse de que la persona a la que más quería corriera de noche, en peligro, intentando cambiar el mundo. Al menos, esperaba fervientemente no tener que hacerlo.

CAPÍTULO VEINTIUNO



Grace se mordisqueaba el labio inferior mientras seguía a Addy por calles oscuras, adentrándose en el barrio. Cada vez sentía más peligro a su alrededor. Ahora se sentía aliviada de que Dodger la hubiera encontrado. No creía que pudiera seguir adelante si no supiera que, en algún lugar invisible, William la seguía. Posiblemente también Garfio, quienquiera que fuese. Sin duda, Dodger también conocía a Pequeño Garfio y alertaría a ambos vigilantes sobre su plan.

Si es que lo que se proponía podía considerarse un plan. Realmente no había pensado en nada. Por ejemplo, si Dodger no la hubiera encontrado, ¿qué habría hecho ella al llegar hasta el Terrateniente y marcar su semblante y ubicación? ¿Cómo podría haber escapado para que alguien supiera lo que había averiguado si Dodger no había hecho que Lord Garfio interviniera? ¿Y si el señor Hornby realmente trabajaba para el Facineroso y estaba allí para delatarla?

Finalmente, Addy se detuvo ante un edificio de dos plantas que parecía inclinarse a pesar de compartir paredes a ambos lados. La mitad del tejado estaba abierto, con vigas irregulares que parecían más oscuras que el cielo.

Las ventanas estaban entrecruzadas por tablas, y los huecos entre ellas dejaban entrever una luz parpadeante. Addy reflexionó un momento sobre la ruinosa estructura. Con cuidado de no pisar la mitad rota de los escalones, arrastró a Grace hasta la puerta y llamó.

"¿Es aquí donde vive el Facineroso?" preguntó Grace, con los nervios a punto de provocarle un escalofrío. Miró a su alrededor, pero no vio a ningún vigilante vestido de negro observándola desde arriba. Por supuesto, si eran fáciles de distinguir, no serían muy buenos en lo que hacían.

"¿Vive?" Addy se rió entre dientes. "Nadie sabe dónde vive, ni siquiera dónde trabaja, si es que tiene un lugar fijo. Aquí es donde me pidió que te trajera".

"Oh." Grace se tragó el temor. El edificio ante ella era con toda seguridad un lugar donde la gente se esfumaba. Para siempre.

La puerta giró hacia dentro con un chirrido para revelar una forma voluminosa a contraluz. La forma retrocedió y les hizo un gesto para que entraran. Addy pinchó a Grace en la espalda cuando ésta no se movió. El interior estaba igual de destartado que el exterior, y la habitación en la que se encontraban estaba vacía salvo por otra puerta, un farol y un agujero en el suelo. La gran figura, una vez iluminada, resultó ser un hombre de nariz respingona con brazos de herrero.

Alargó uno de ellos y cogió la barbilla de Grace, girando su cara a un lado y a otro. " Hermosa "

Grace soltó la barbilla y frunció el ceño.

"Y enérgica. Al jefe le gustará".

"Como prometí", dijo Addy, erguida. "Paga".

El hombre grande sacó una bolsa de monedas y la dejó caer en la mano extendida de Addy. Ella la apretó contra su pecho y empezó a darse la vuelta.

"¿Te marchas?" chilló Grace.

Addy volteó, con expresión compasiva. "Dije que te traería aquí. Te he traído". Le dio una palmada en el hombro a Grace y salió corriendo por la puerta.

El hombretón gruñó, después escupió en la dirección que había tomado Addy y murmuró un término con el que Grace no estaba familiarizada pero cuyo significado podía adivinar. Sujetó a

Grace por el brazo y tiró de ella. "Vamos."

Ella le dejó guiarla por el pequeño jardín.

Esperaba que creyera que guardaba su dinero, pero en realidad tenía una mano dentro, aferrando su pequeña pistola. El tipo era tan grande que le costaba imaginar que una bala de plomo pudiera herirle, pero si llegaba el caso, sin duda lo intentaría.

Cuando llegaron a la puerta del fondo, su escolta llamó.

"Hacedla pasar".

Grace frunció el ceño. Aunque amortiguada por la madera, la voz le resultaba familiar. El hombre grande abrió la puerta y la hizo pasar.

El señor Hornby estaba sentado detrás de un escritorio, con una pistola delante. Echó un vistazo a Grace y sus ojos se abrieron de par en par. "¿Gracie?"

"Señor Hornby", jadeó ella.

Por mucho que supiera que su padre era un villano, por mucho que hubiera pensado que trabajaba con el Facineroso, no esperaba que aquello fuera cierto. No su propia carne y sangre, un comerciante en la vida de las mujeres.

"¿Señor Hornby?" retumbó el hombretón, con la mano sudorosa aún enredada en el brazo de Grace. "¿Qué significa el asunto, jefe?"

¿Jefe? Grace se aferró a la palabra. Su padre no era un lacayo. Era...

"¿Jefe?", repitió el hombretón, sonando preocupado.

El señor Hornby dejó escapar un suspiro.

"Desgraciadamente, ahora que sabe mi nombre, ya no me es de ninguna utilidad". El Sr. Hornby levantó la pistola mientras hablaba.

El disparo hizo que Grace diera un sobresalto, arrancándole un grito de miedo. El agarre de su brazo se aflojó. El hombretón se desplomó hacia atrás para chocar contra la pared y deslizarse hasta el maltrecho suelo. Un hilo de sangre salía de un agujero que tenía entre los ojos. Levantó la vista y vio que el señor Hornby volvía a colocar la pistola sobre el escritorio y aun salía humo del cañón.

"Le has asesinado", chilló. ¿Dónde estaba William? Seguro que había escuchado el disparo desde fuera.

"En realidad, querida, lo hiciste tú, al informarle de mi verdadero nombre". Su mirada se entrecerró. "¿Qué haces aquí?"

"Dejaste esa nota para Andrew", acusó Grace. "Fuiste por detrás y te colaste dentro de alguna manera".

"Desde luego que no. Ya no necesito trepar por las ventanas. Simplemente atraje a los guardias para que mi socio lo hiciera". La señaló con el dedo. "Al igual que tú y tu médico despistasteis a mis espías, para que mis hombres no supieran que les superarían en número cuando entraran en la casa".

Grace respiraba entrecortadamente. Este monstruo no podía ser su padre. La mentira era otro de sus subterfugios. "¿Cómo sabías que eras mi padre?"

"Soy tu padre, Gracie. Y muy cariñoso, porque siempre he estado al tanto de tu vida". Su sonrisa reveló su diente astillado. "Nunca se sabe cuándo se necesitará una hija en la casa de un Duque".

"Tú no eres mi padre". Pronunció las palabras casi como una plegaria, porque sabía que no eran ciertas. El terrible villano que tenía delante coincidía demasiado con la descripción de su madre. Y, aunque le dolía, Grace podía ver algo de sí misma en él. "No puedes serlo".

"Si no lo soy, tu madre era una puta mayor de lo que ninguno de nosotros se había

imaginado".

Grace voló por la habitación, con el brazo hacia atrás y la palma lista para chocar con su cara.

Él le agarró la muñeca. "No me has dicho por qué estás aquí, Gracie".

Ella forzó la bravuconería en sus palabras y dijo: "Vine aquí para atraer a mis amigos hacia ti".

La alarma se encendió en su mirada. Miró más allá de ella, hacia la puerta, y luego observó las ventanas tapiadas, sin dejar de agarrarle la muñeca. "No parecen muy buenos amigos".

Grace sintió un nuevo temor. No podía imaginarse por qué William no había entrado ya corriendo.

"¿Y quiénes serían tus amigos, entonces, Gracie?" Su mirada se entrecerró, la mano apretando su muñeca. "¿Los mismos amigos que tiene tu Doctor Carter? Porque tengo ganas de conocerlos".

Ella negó con la cabeza, pero dudaba de que él creyera aquella mentira silenciosa.

El señor Hornby mostró los dientes. "¿Sabes cuánto gasto en sobornos, el trabajo que conlleva todo el chantaje, para mantener a la guardia de la ciudad fuera de mi camino? Y todo para nada con Garfio y su banda cerca". Apretó aún más fuerte, y la mano de ella empezó a hormigear, paralizándose. "No apareció para salvar a su preciado doctor, pero apuesto a que lo hará para salvar a una cosita tan bonita como tú. Vas a ser un cebo excelente, Gracie".

La ira se agitó en Grace, haciendo retroceder el miedo. Tardíamente, recordó la pequeña pistola en su retícula. ¿Por qué se había apresurado a cruzar la habitación para abofetearle cuando tenía una pistola?

"Es un cebo", espetó.

Le soltó el brazo y tiró de uno de sus rizos. "Exactamente igual que el pelo de tu madre". Hizo una mueca. "Me tomé un momento para espiarla mientras estaba en el campo. Ha perdido su aspecto, ¿no te parece?".

Por mucho que deseara abofetearle, había aprendido la lección la primera vez. Saltó hacia atrás, fuera de su alcance. Agarrando su retícula, tiró de su pistola. "Mi madre es hermosa".

El señor Hornby levantó las manos, con las palmas hacia fuera. "Gracie, hija de mi corazón, ¿está cargada?"

"Lo está." Se había asegurado antes de venir a Londres.

"¿Y sabes dispararla?"

"Sí que lo sé."

Su mirada se dirigió a su pistola gastada. "¿Qué te parece si me dejas cargar la mía y tenemos una pelea justa?". Llevó una mano a uno de los cajones del escritorio.

"Deja de moverte o te dispararé." Mientras hablaba, Grace retrocedió por la habitación.

El señor Hornby se detuvo, pero esbozó una sonrisa. "No te marcharás, ¿verdad, Gracie?".

Ella no respondió, pero siguió retrocediendo. Atravesó la puerta abierta con mucho cuidado de no tropezar con el brazo extendido del hombre, que yacía en el suelo. Lentamente, sin perder de vista a su padre, retrocedió por el suelo irregular hasta la puerta exterior.

"Tengo guardias ahí fuera. Te cazarán".

Mintió. Ella se dio cuenta. ¿Cómo había podido su madre confiar tanto en ese hombre como para entregarse a él? Gracie retrocedió más hasta llegar a la puerta exterior cerrada.

"¿Qué vas a hacer, Gracie?", la llamó desde detrás del escritorio. "No puedes salir por la puerta y bajar los escalones con esa pistolita apuntándome".

"Voy a apostar a que no puedes cargar muy rápido y no tienes otra pistola", murmuró ella, probablemente demasiado bajo para que él la oyera.

Inspiró rápidamente y se giró para abrir la puerta.

La gracia se derramó en la oscuridad. Unas pisadas sonaron detrás de ella cuando bajó de un salto los escalones y echó a correr. Tenía que llegar a la esquina antes de que él saliera, para que no supiera por dónde se había ido. Sus piernas latían con fuerza, su corazón bombeaba.

Ya casi había llegado. Alguien gritó. Sonó un disparo. Le dolió el brazo. Lanzó un grito y dejó caer la pistola. Dobló la esquina a toda velocidad, pero ahora él sabía por dónde tenía que girar. ¿Contaría con una tercera pistola?

El señor Hornby gritó de nuevo, pidiendo ayuda, y ella se dio cuenta de que, en efecto, debía de tener guardias cerca. ¿Cuántos? ¿Irían todos a por ella? Ya le ardían los pulmones.

Vio un callejón. Un riesgo. No todos los callejones eran transitables. ¿Menos riesgo que correr a lo largo de la calle con los hombres persiguiéndola? Si podía salir de la calle principal antes de que la vieran, al menos tendrían que separarse. Giró a la derecha y se adentró.

Era un callejón sin salida. Se precipitó por el estrecho espacio en dirección a un muro de ladrillo que estaba a su altura. Su mirada se desvió a izquierda y derecha, buscando algo en lo que apoyarse. ¿Podría escalarlo?

Llegó al final y saltó, pasando los brazos por encima. Tiró, deslizándose hacia arriba, con la bata rasgada.

Luego se detuvo. No podía tirar más. Se agarró a la pared con los pies, agarrando bien los dedos de las botas para subir un poco más. Respiraba entrecortadamente. Tenía que saltar antes de que alguien mirara hacia el callejón.

Dos manos golpearon su trasero y la empujaron hacia arriba. Soltó un chillido de sorpresa, pero siguió tirando, con la cara más acalorada que el esfuerzo.

"Lo siento, señora", dijo la voz de Dodger. "Sé que no debo poner las manos en el trasero de una dama, pero tengo que sacarte de aquí".

Grace estuvo a punto de deslizarse por la pared, con los músculos flojos por el alivio, pero se contuvo.

"¿Puedes mover una pierna?" Dodger preguntó, su voz tensa mientras empujaba.

"¿Con vestido?"

Lo intentó y casi se alegró de tener sus manos, porque evitaron que la falda le llegara hasta la cintura mientras levantaba una pierna.

Falló el primer intento, reunió fuerzas e intentó de nuevo. Su pie calzado quedó atrapado en la parte superior. Con Dodger empujando su cadera y una pierna por encima, se arrastró hasta la parte superior de la pared y se sentó a horcajadas.

"Lo hemos conseguido". Dodger, jadeante por el esfuerzo y con la cara y la ropa más sucias que de costumbre, le sonreía.

En algún lugar de la calle sonó un disparo. Grace se sobresaltó y estuvo a punto de caerse de la pared.

"¿Puede bajar al otro lado, señora?". Dodger la miró. "¿Se ha hecho daño en el brazo?"

Grace se miró el brazo, sorprendida de encontrar un largo reguero de sangre.

"Será mejor que vayas a ver al doctor Carter", dijo Dodger. "Ve a la puerta trasera de su clínica y llama. ¿Conoces el camino?"

Ella negó con la cabeza, completamente desconcertada por su huida. "¿Y tú?"

"Tengo que quedarme y asegurarme de que Lord Westlock salga de ésta". Como para enfatizar las palabras de Dodger sonó otro disparo, más cercano ahora. "Tengo que irme, pero aquí es donde te diriges". Procedió a enumerar direcciones, terminando con una repetición de: "¿Puedes bajar?"

Grace cabeceó. Abajo era la parte fácil. "Gracias, Dodger."

Tocó su gorra, sonriendo. "Siempre será un honor ayudar a una dama", dijo y empezó a darse la vuelta.

"Sí, pero, ¿Dodger?" Ella esperó hasta que él se giró para mirarla. "No le cuentes a nadie que me empujaste así."

Dodger soltó una carcajada, recordándole que, a pesar de toda su palabrería y su experiencia viviendo en la calle, seguía siendo un niño. "Es sólo tu trasero", soltó una risita y, antes de que Grace pudiera reprenderlo de nuevo, se dio la vuelta y salió corriendo por el callejón.

Ella apretó los labios. Era demasiado para su dignidad. Nunca conseguiría convertir a Dodger en un joven como Dios manda, lo que la alejaba más que nunca de descubrir su verdadero nombre o tan siquiera su edad.

Bajar fue a la vez más difícil y más fácil de lo que Grace esperaba, ya que no podía decidir cuál era la mejor manera de bajar, pero entonces la gravedad se hizo cargo y resolvió el problema por ella. Se levantó, sacudió el polvo de sus manos y su falda rota, y se dirigió sigilosamente al otro extremo del callejón. Una vez allí, asomó la cabeza y miró a ambos lados. La calle parecía vacía.

Moviendo las piernas lo más rápido que pudo, se dirigió en la dirección que le había indicado Dodger. No miró hacia atrás, concentrándose en la velocidad y en asegurarse de que nadie la obstruyera, pero sintió punzadas en la espalda durante todo el trayecto. Una vez, cuando se acercaba a varias calles más allá de donde había dejado al señor Hornby, oyó otro disparo de pistola, y el sonido la impulsó a aumentar la velocidad.

Afortunadamente, llegó a la clínica de Andrew sin incidentes. Corrió hacia la puerta principal cerrada, sólo para recordar lo que había dicho Dodger acerca de ir por la parte trasera.

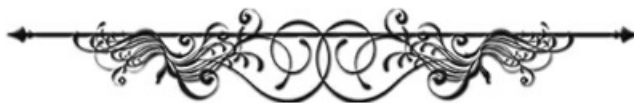
Al encontrar el camino un poco difícil a la luz de una única linterna al otro lado de la calle, se escurrió alrededor del edificio. Pasó por delante de la ventana oscura que daba a la habitación delantera y luego se dirigió hacia el rectángulo de luz que salía de la siguiente, el resplandor tras las cortinas le dio la esperanza de que pronto estaría a salvo.

Al pasar, observó la silueta del interior. Sobre la camilla estaba sentada una mujer esbelta, con una larga cabellera en cascada. En el suelo, ante la mesa, un caballero descansaba sobre una rodilla. Sin saber cómo lo sabía, Grace estaba segura de que el hombre arrodillado era Andrew.

La ira estalló en ella como una hoguera encendida. ¿Qué hacía arrodillado ante otra mujer? ¿Cómo era posible? Sólo llevaba fuera dos días.

Grace salió corriendo del rectángulo de luz, bajando por el lateral del edificio, tropezando en la oscuridad. Dando vueltas por la parte trasera, encontró la puerta más por el tacto que por la vista. Golpeó con fuerza, llamando a Andrew por su nombre.

CAPÍTULO VEINTIDOS



Andrew se levantó. "Voy a ver quién es".

"Voy contigo", dijo Lady Madelina.

"No. No puede apoyarse en esa pierna".

"Cualquiera podría estar ahí fuera".

"No abriré la puerta hasta saber quién es", prometió y salió de la habitación a grandes zancadas.

La preocupación le subió por la espina dorsal ante los feroces golpes, pero cuando se acercaba a la puerta, unas palabras le llegaron por encima del estruendo.

"¿Andrew? Abre la puerta ahora mismo. ¿Andrew? Sé que puedes oírme. Si no me dejas entrar, te juro que contrataré a alguien para que tire la puerta abajo. No puedes esconderte de mí. Te vi a través de la ventana."

Abrió la puerta de un tirón y la alegría le recorrió desde las entrañas hasta la garganta. Lo expresó con su nombre. "Grace."

La estrechó entre sus brazos, abrazándola para balancearla por el estrecho pasillo, extasiado de tenerla de vuelta, entera y a salvo.

"Bájame", gritó ella. "¿Qué estás haciendo?"

La puso en pie, observando su desaliñado estado. Su bata estaba sucia y rota. Tenía el brazo cubierto de sangre. Sus rizos castaños estaban completamente desordenados. La suciedad manchaba sus mejillas. Sus manos, entrelazadas, descansaban sobre sus caderas. La ira brillaba en sus ojos. Se entrecerraron y le miraron fijamente.

Parpadeó dos veces, intentando comprender su mal humor, y preguntó: "¿Grace?"

"¿Dónde está? ¿Quién es ella? ¿Debería matarte a ti primero, o a ella?"

Negó con la cabeza, sin tener la menor idea de qué responder.

Por el pasillo detrás de Grace, la cabeza de Lady Madelina asomó por la puerta de la sala de reconocimiento. "¿Se refiere a mí, señorita Birkchester?"

Grace se quedó boquiabierta y se giró. "¿Lady Madelina? Pero, pero... ¿señor McClintock?". Grace gimió. "¿Cómo he podido equivocarme tanto? Creía que amabas al señor McClintock y que él te amaba a ti". Se volvió para mirar a Andrew. "Y yo te quiero a ti y creía que tú me querías a mí". Se pasó una mano por la cara, manchándose la mejilla de sangre.

Se estremeció al escucharla decir esas palabras, pero se esforzó por contenerlo, sin saber por qué su tono contenía tanta consternación. "Te quiero".

Grace negó con la cabeza, con expresión abatida. "Entonces, ¿por qué te arrodillaste ante ella? Sólo hay una razón por la que un hombre se arrodilla ante una dama". Sus ojos brillaron con renovada ira. "Y qué vergüenza. Ella está casada."

"Señorita Birkchester." Lady Madelina saltó al vestíbulo. "No es lo que usted piensa. El doctor Carter me estaba vendando la pierna".

Grace puso los ojos en blanco con disgusto, la incredulidad clara en su rostro, y se dio la vuelta. "Oh", exclamó, subiendo las manos para taparse la boca. Corrió por el pasillo hacia Madelina y se agachó bajo su brazo. "Lo que te haya pasado. Deja que te ayude a volver a la mesa. ¿Qué te ha pasado en la pierna?"

Perplejo, Andrew se volvió hacia la puerta, cerrándola con llave antes de ir a la sala de exploración. Grace le quería.

Había dicho que se casarían, por supuesto, pero eso no siempre significaba amor. Una sonrisa se dibujó en su rostro. Ella le quería.

Y ella había estado en una especie de refriega.

"¿Puedes volver a la mesa?" Grace le preguntaba a Lady Madelina mientras Andrew entraba.

"No. La ayudaré a sentarse en la silla de mi despacho. Es a usted a quien quiero en la mesa, señorita Birkchester". Ignoró el color rosado que cubría las mejillas sucias de Grace y se llevó a Lady Madelina.

La ayudó a entrar en su despacho, donde tenía un sillón y un reposapiés en un rincón, sobre todo para las siestas, y la acomodó allí. Acercándose a las brasas, avivó la llama lo suficiente para encender una vela y luego otras. Acercó una y le examinó los ojos.

"No pareces conmocionada. ¿Sigues mareada?"

"Me siento mucho mejor, excepto por el dolor en la pierna".

"Podría darte láudano", le ofreció, conociendo ya su respuesta.

"No", dijo ella, exactamente igual que su hermano. "Prefiero el dolor a eso. Pero estoy cansada".

Él la miró a los ojos grises, preocupado, y asintió. "Ya puedes dormir". Sonrió. "Tienes la cabeza dura".

Ella soltó una pequeña risita. "Eso es lo que me dice la gente".

"¿Necesitas algo antes de que me vaya?"

"No, gracias. Vaya y atienda el brazo de la señorita Birkchester. Parece como si una bala la hubiera rozado".

Andrew asintió, sorprendido de que Lady Madelina tuviera la suficiente perspicacia para identificar la herida. Tal vez podría arreglárselas para que le ayudara durante un tiempo, mientras se le curaba la pierna y cargaba con su hijo.

Volvió a la sala de exploración y vio que Grace había tomado una palangana y algunos paños. Se había limpiado los brazos, el cuello y la cara. Se frotó la larga herida del brazo con un gesto de dolor.

"Estoy prácticamente segura de que ése es mi trabajo", dijo, acercándose a la mesa de exploración. "Y creo que te he dicho que te subas a esta mesa".

Grace cruzó a la mesa, con el paño en el brazo. "No deja de sangrar. ¿Cree que necesitará puntos?". Hizo una mueca. "Va a dejar una cicatriz terrible".

"Vamos a ver." La agarró por la cintura y la levantó para sentarla en la mesa, poniendo su cabeza a la altura de la suya. Sonrió, observando sus grandes ojos ligeramente sorprendidos, el sonrosamiento de sus mejillas. "He tenido sueños que empezaban así", murmuró.

"¿En esta mesa?", chilló ella, aparentemente sorprendida. "¿Con quién?"

El negó con la cabeza, con una sonrisa creciente. "¿Cómo que con quién? Contigo, Grace Birkchester".

" ¡Oh!"

Esperó. Grace nunca dejaba una conversación en "oh".

"Bueno", dijo ella, con las mejillas volviéndose de un rosa más vivo pero los ojos azules clavados en los de él. "En tus sueños, ¿Qué te parece?"

Su mirada se posó en los labios de ella y maldijo en silencio. No debería haber empezado una conversación que no podía terminar. No con su brazo sangrando. Dejó escapar un largo suspiro.

"Mis sueños nunca han incluido que te disparen. Aparta esa tela para que pueda echar un

vistazo".

"¿Quieres decir que no vas a besarme?"

Andrew levantó las cejas, sobresaltado. "Te sangra el brazo".

"Y estoy conteniendo la sangre y no me voy a desmayar".

Tenía razón, pero... "Creo que primero debería vendarte el brazo".

Grace frunció los labios. " ¿Vas a comportarte siempre tan sensatamente? Porque no va a funcionar".

"Si empezamos a besarnos, nos olvidaremos de tu brazo y el paño acabará en el suelo y acabarás sufriendo una pérdida de sangre si no me ocupo de eso pronto".

Dejó escapar un largo suspiro. "Muy bien, pero una vez que mi brazo esté vendado, vas a contarme todo sobre esos sueños tuyos. Los has mencionado. Quiero todos los detalles".

Andrew la estudió. Mejillas sonrojadas. Los rizos de chocolate le caían sobre los hombros. No dejaba de repetirse que no podía besarla. Necesitaba agua limpia y vendas frescas. Debería darse la vuelta.

"Andrew, o me vendas el brazo o me besas".

Que el cielo le ayude. Para venderle el brazo primero debía darse la vuelta.

Sonó un golpe en la puerta trasera de la clínica.

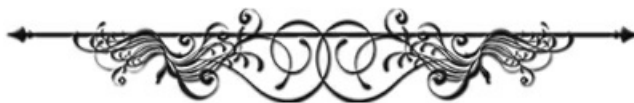
Grace se sobresaltó.

Andrew se pasó las manos por la cara. "No tardaré. Mantén la presión sobre el brazo".

Murmurando siete insultos en voz baja, se apresuró a bajar al vestíbulo. Al asomarse, vio a Lord Garfio, a Dodger y a Winters. Andrew abrió la puerta de un tirón. Todos estaban ilesos.

William entró primero diciendo con voz dura: "Llegamos demasiado tarde. El Facineroso se escapó".

CAPÍTULO VEINTITRES



Grace intentó ignorar el vendaje que envolvía su brazo mientras permanecía sentada en un sórdido bar de tapas a las afueras del municipio. Vestida con una fina bata y siendo la única mujer del local que no estaba trabajando, atraía mucho la atención, como era el objetivo. Frente a ella, otro comerciante que entró en la taberna, la observó y se detuvo con el ceño fruncido.

"Buenas tardes", dijo Grace. "¿Sabía usted que el verdadero nombre del Facineroso es Hornby? Le invito a una copa a quien pueda decirme dónde encontrarlo".

"Aquí, aquí", gritó un coro de voces, los clientes de la taberna levantando sus jarras.

Al principio, había sido muy difícil conseguir que alguien aceptara las bebidas. A pesar de que no sabían dónde se podía encontrar al Terrateniente, no querían que los atacaran por decir que lo sabían. Pero Grace acabó convenciéndoles de que no le importaba lo descabelladas que fueran sus afirmaciones, sólo que las hicieran.

"Dile que está en ese barril de vino", dijo un hombre al recién llegado. "Comprará tantas jarras como puedas llevar".

Grace esbozó una amplia sonrisa. "Lo haré".

"He dicho que está bailando un rollo country en la luna", llamó otro hombre y levantó una jarra de cerveza en señal de saludo.

"He dicho que está en el vientre de un pez gigante", gritó alguien desde el fondo de la sala.

Cada vez más, los hombres gritaban sus aseveraciones entre risas. El recién llegado se relajó, dijo que Hornby estaba enterrado bajo el pie izquierdo de una estatua y reclamó su primer trago.

Grace continuó con la rutina durante toda la tarde y la noche, yendo de bar en bar, mientras los hombres de Winters se mezclaban entre la multitud para mantenerla a salvo. Los bebedores más entusiastas la seguían, lo que facilitaba el comienzo en cada nuevo lugar. Pronto se corrió la voz y, cuando entraba en el siguiente establecimiento, la gente la aclamaba. Fue entonces cuando empezó a sentir que el plan funcionaba. Hornby no podía evitar enterarse de lo que estaba haciendo.

Pero más tarde, tras dos días de bares de tapas, Grace comenzó a dudar del plan que ella, Lanora, William, Lady Madelina, el señor McClintock, Andrew y Dodger habían acordado. Por muy nerviosa que la pusiera la idea de volver a ver al señor Hornby, Grace quería que su plan tuviera éxito. El primer paso era atraerlo.

Al tercer día de visitas a la taberna, muchas de las caras empezaban a resultarle familiares y Grace albergaba serias dudas de que cualquiera de las personas a las que compraba bebidas tuviera alguna manera de llegar a Hornby. Si no aparecía al final del día, se comprometió a hablar con los demás para idear un nuevo plan.

Dos fornidos obreros entraron, acercándose hombro con hombro, lo que sacó a Grace de su ensueño para decir alegremente: "Buenas tardes. ¿Sabía usted que el verdadero nombre del Facineroso es señor Hornby? Invito copas a quien pueda sugerirme dónde encontrarlo".

"No es necesario", dijo una voz familiar.

Los dos hombres se apartaron para ponerse en posición como guardia de honor, dejando ver al señor Hornby detrás de ellos. Grace contuvo un grito de sorpresa. Aunque esperaba verle, su aparición la impresionó. Alrededor de la sala, los hombres se movieron. El volumen de las

conversaciones se redujo a un murmullo apagado y ansioso.

"Entiendo que me has estado buscando, Gracie", dijo mientras se acercaba para sentarse en el banco frente a ella. "Y difundiendo mi verdadero nombre por toda la ciudad".

Ella mostró los dientes. "Me preocupaba que no lo notarás".

"Oh, lo he notado, y he notado también que muchas de mis cuentas han sido embargadas. Retenidas para mi juicio, según se me ha informado". Sacudió la cabeza, el movimiento lento y triste. "Oh, Gracie, ¿qué has conseguido?"

"Acabar con tu maldad, espero".

Ella contuvo la respiración, esperando sus siguientes palabras. William le había dicho que esperara una amenaza para su madre, porque ahora que sabían más de Hornby, William no creyó que ni siquiera la enormidad de transgredir en los terrenos de un Duque lo detendría.

Dejando caer las manos sobre su regazo, Hornby se inclinó sobre la mesa. "También me fijé en los numerosos guardias apostados alrededor de tu querida amiga, la Marquesa pesada con un niño, y alrededor de tu amado doctor, e incluso de su madre". Los ojos de Hornby se entrecerraron. "Así que salí al campo, a Solworth, ¿y sabes lo que encontré? Que usted y sus amigos habían dejado a su propia madre sin vigilancia".

"¿Mi madre?" Grace jadeó, abriendo mucho los ojos. Esperaba que su fingida sorpresa ocultara su euforia.

Su plan había funcionado.

Hornby debía llevarse a su madre, que había aceptado la idea. Sus guardias eran mucho más sutiles y tenían órdenes de permitir que se la llevaran, seguirla y esperar para liberarla. Hornby debía creer que tenía una pieza de negociación y salir a la luz, cuando en realidad no tenía nada.

"Sí", esbozó. "No me sorprendió encontrar a su amigo más querido vigilado, ni a su amante. Me sorprendió lo vigilada que está tu futura suegra". Sacudió la cabeza. "La mayoría de las jóvenes me agradecerían que les quitase a la madre de su marido".

Trabajando duro para mantener la preocupación por su madre clara en su rostro, Grace ofreció: "Todavía tengo que conocerla, pero estoy segura de que es encantadora".

"Hum." Hornby la observó, con ojos fríos y valorativos. "Tendrás que decirme dentro de un año o dos si quieres que me la lleve".

"Dentro de un año o dos, seguirás en prisión", dijo Grace primorosamente. "Pero te iría mucho mejor si liberas a mi madre".

"¿Liberarla?" Su sonrisa hizo que Grace sintiera un escalofrío. "Sí, a tu querida y preciosa madre. Imagina mi alegría al encontrarla madura para ser tomada". Volvió a poner las manos sobre la mesa, con una pistola en cada una. "Demasiado madura. No he llegado hasta aquí por no reconocer una trampa cuando la veo, Gracie".

Grace tragó saliva, mirando fijamente las pistolas, consciente de un repentino silencio en la habitación. "¿Qué estás haciendo?"

"He decidido que serás mi salvoconducto, Gracie".

Levantó la barbilla, tratando de no mirar las armas, ambas apuntando hacia ella. "Esta taberna está llena de hombres de Lord Garfio".

"Qué extraño. También está llena de los míos". Alzó la voz y gritó: "En pie".

Los bancos y taburetes se desplazaron hacia atrás mientras los hombres se levantaban. Grace apartó la mirada de las pistolas para descubrir que casi todos los hombres de la taberna estaban de pie, algunos que reconoció como del señor Winters y otros no. Los dos grupos de hombres, el de Winters y el de Hornby, se miraban con odio. Los pocos que no pertenecían a ninguno de los dos grupos seguían sentados, con expresión de asombro.

El camarero y las camareras habían desaparecido.

Algunos de los hombres sentados se deslizaron lentamente bajo sus mesas. Junto a la puerta, uno se levantó de un salto y huyó del edificio.

Hornby se levantó de su banco, con una pistola en cada mano. "Ven conmigo, Gracie. Creo que está a punto de producirse una reyerta y quiero asegurarme de que permanezcas a salvo".

Grace le miró fijamente, irresoluta.

Hornby empujó ambos cañones hacia delante, a centímetros de su cara. "Y deja tus manos y tu bolso sobre la mesa, donde pueda verlos, querida".

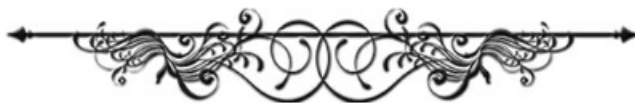
Grace tardó un momento en darse cuenta de que Hornby pensaba que ella tendría otra pistola. Poco sabía él, que ella aún no había reemplazado el arma. Incapaz de contener un ligero temblor, accedió. Su retícula cayó sobre la mesa con un ruido sordo, con un montón de dinero de William en su interior.

Sus temblores se intensificaron al percibir las expresiones serias de la sala, Grace se levantó y salió de detrás de su banco, para luego bordear la mesa. Lanzó a Hornby una rápida mirada, que él le devolvió con frialdad, y le rodeó hasta la puerta. Él la siguió de cerca, con los cañones de las pistolas chocando de vez en cuando contra su espalda.

"Al carruaje", dijo cuando salieron de la taberna. Le clavó la pistola en la columna. "A tu izquierda".

Grace no necesitó indicaciones, ya que era el único carruaje de la calle. Miró al conductor con sombrero y hombros caídos mientras subía. La sorpresa casi la hizo tropezar. El hombre que conducía el carruaje era Andrew.

CAPÍTULO VEINTICUATRO



Andrew alzó las riendas y puso en marcha el carruaje. Detrás de ellos, la taberna estalló, los hombres del señor Winters entrando por todas las aberturas para apresar a los de Hornby. Mientras Andrew guiaba al carruaje calle abajo, rezó para que el cochero no le hubiera mentido sobre adónde le habían dicho que fuera. Westlock, una imponente furia de intimidación en su atuendo de Lord Garfio, había arrastrado al hombre hasta un callejón y le había dicho que la única forma de que no se colgara de la horca era que divulgara sus órdenes.

La primera inclinación de Westlock al ver que su plan no funcionaba había sido precipitarse y detener a Hornby, pero Andrew no lo había permitido. No con dos pistolas apuntando a Grace. Que Hornby no tuviera tiempo de disparar, que Grace no fuera alcanzada, parecía imposible. Hasta para capturar a un criminal tan vil, Andrew no podía permitir el riesgo. Había convencido a Westlock para que dijera a los hombres que esperaran que se retiraran.

Pero ahora, no tenían ningún plan. Ninguna manera de hacer saber a Grace que Westlock y Dodger aún la seguían, o que Andrew conducía el carruaje. Ni idea de cuál podría ser el siguiente paso, excepto dirigirse a los muelles como el cochero de Hornby había dicho que le habían ordenado. Llegaron al final de la calle y Andrew guió el equipo hacia la izquierda, rezando para que el cochero no hubiera mentido. Cualquier giro en falso alertaría a Hornby. En dirección al río, Andrew navegó con cuidado por las calles cada vez más estrechas y congestionadas. Un vistazo atrás no mostró señales de Westlock ni de Dodger, pero Andrew estaba seguro de que le seguían.

Le llevó algún tiempo, mientras Andrew maldecía en silencio el hecho de no haber pasado más tiempo manejando un equipo, pero consiguió que el carruaje bajara junto al agua, entrara en el estrecho callejón al que le habían dirigido y cruzara una gran puerta para salir a la calle. Un hombre corpulento que le resultaba vagamente familiar cerró la puerta, impidiendo el paso de la luz del día y el alboroto de los muelles. Andrew detuvo el equipo al otro lado del almacén medio vacío y se quedó quieto, con la cabeza inclinada.

La puerta del carruaje se abrió. Detrás de él se oyó el susurro y el crujido de los pasajeros que bajaban. Andrew estaba sentado, con el corazón martilleándole, sin saber qué hacer.

"Puede bajar, doctor", dijo Hornby. "Ya está bien de hacer de cochero".

Andrew hizo una mueca de dolor.

"Despacio, ahora", advirtió Hornby.

"¿Doctor?", repitió el hombre fornido. "¿Doctor Carter?" Entrelazó los dedos y los flexionó, haciendo saltar las articulaciones. "Cuidado con ése, jefe. Es más duro de lo que parece. Le di una buena paliza y no dijo ni pío".

"No me lo recuerdes. Si lo hubieras hecho mejor, ya habríamos acabado con Garfio". Hornby alzó la voz para llamar a Andrew: "Doctor, le he dicho que baje".

Andrew se quitó el abrigo de cochero y arrojó el sombrero sobre el asiento, incorporándose.

"Así es", dijo Hornby cuando Andrew se volvió para encontrarse con una de las pistolas apuntándole a él y la otra a Grace. "Venga hacia acá, despacio, y le dejaré tomar la mano de mi hija antes de que muera".

"En unos minutos. Ahora mismo necesito que salgas y hagas una señal a los demás. Lord

Garfio debería llegar en cualquier momento. No le he visto, pero estoy seguro de que está cerca. Dejó a sus amigos en una taberna del distrito, así que lo tendremos todo para nosotros".

El hombre grande asintió. Salió por una puerta mucho más pequeña que por la que habían entrado, y el almacén se iluminó y volvió a oscurecerse al abrir y cerrar la puerta.

Andrew bajó del carruaje y se acercó a Grace. Se preguntó cuántos hombres tenía Hornby en los muelles. No le cabía duda de que en el momento en que habían llegado al almacén, Dodger había salido por donde habían venido, en busca de refuerzos, pero ¿cuánto tardarían Winters y sus hombres en llegar hasta ellos?

Hornby retrocedió, manteniendo una pistola apuntando a Andrew y otra a Grace, juntando los brazos al hacerlo. En el momento en que Andrew la alcanzó, la mano de Grace encontró la suya. En el exterior se escuchó un grito. Algo golpeó la puerta, haciéndola vibrar sobre sus goznes.

"Será Garfio", dijo Hornby con una mueca. "Ni siquiera él es rival para dos docenas de hombres, así que no cuenten con que los salve".

"¿Qué planeas para nosotros?" preguntó Grace, con voz sonora y bordeada de ira, aunque Andrew podía sentir un temblor en su mano.

Hornby los miró, con expresión pensativa. "Sé que te dispararé el otro día, Gracie, pero fallé a propósito. Sólo quería detenerte, asustarte. Me parece mal matar a mi propia hija".

"¿Entonces nos dejarás ir?"

Sacudió la cabeza. "No puedo. Me has causado demasiados problemas, y necesito una ventaja, querida. Garfio tiene amigos muy poderosos para ser un vigilante del distrito. Han confiscado mis fondos. Sabía que nunca debí confiar en los banqueros".

"Retenernos no ayudará", dijo Andrew. "Lord Garfio no tiene forma de recuperar ese dinero de la Corona. Lo retendrán hasta tu juicio".

"¿Juicio?" Hornby resopló. "Querrás decir condena y ejecución".

"Si no querías la horca, no deberías haber secuestrado a la gente", declaró Grace.

Andrew le apretó la mano, instándola a guardar silencio. Su mejor oportunidad era que Hornby siguiera actuando razonablemente.

Necesitaban dar tiempo a Westlock y Winters para que los liberaran. Como si enfatizara sus pensamientos, algo más se estrelló contra la puerta, haciendo temblar la robusta madera.

Grace soltó la mano de Andrew y dio un paso adelante. "Tampoco deberías sobornar a la gente, ni chantajearla, ni amenazar a sus familias".

"Gracie, eso es asunto mío", dijo Hornby, sonando más gracioso que enfadado. "Seguro que lo entiendes".

Andrew intentó coger de nuevo la mano de Grace, pero ella se soltó y dio otro paso. "Desde luego que no. ¿Y sabes lo que quiero saber?"

Andrew se estremeció cuando su voz subió varias notas. "Grace", siseó como advertencia.

Ella dio dos pasos más. "Quiero saber qué vio mi madre en ti. Eres bajo, malo y horrible. No puedo imaginar que hayas podido encandilar a alguien tan inteligente como mi madre, y nunca, nunca quiero ni pensar que te dejara tocarla".

La ira parpadeó en los ojos de Hornby, para ser rápidamente sustituida por la diversión.

Andrew siguió a Grace, intentando tomarle la mano nuevamente. "Grace, tal vez este no sea el momento para..."

"No tema, doctor", dijo Hornby. "Sé que sólo trata de enfurecerme. Desea que me enfurezca y me vuelva insensible. Es loable, en realidad, ya que la rabia podría simplemente hacer que le disparara. O a usted, pero sigue interponiéndose entre nosotros, así que más bien a ella". Hornby sonrió. "Y luego a usted".

Grace se acercó más a él. "¿Los dos? ¿Has olvidado tan rápido tu plan? ¿Recuerda, Padre, tu salvoconducto? Santo cielo, eres un estúpido".

La ira apareció en el rostro de Hornby. Andrew se acercó también, listo para tirar de Grace tras él.

Antes de que pudiera cogerla de la mano de nuevo, ella marchó el resto del camino hasta Hornby. Haciendo caso omiso de las pistolas, se colocó justo delante de él. Le clavó un dedo en el pecho en un movimiento que Andrew recordaba bien.

"Eres un estúpido, un cobarde, un matón, un inútil y un simplón". Un pinchazo acompañaba cada difamación

Con Grace justo delante de Hornby, ahora ambas armas apuntando sobre sus hombros, a Andrew. La rabia creció en la cara de Hornby. Los cañones convergieron hacia el pecho de Andrew. Él cuadró los hombros. Si Grace enfurecía a Hornby lo suficiente como para descargar ambas armas, al menos sobreviviría a esto.

La expresión de enfado de Hornby vaciló cuando Grace continuó mirándole fijamente, con las manos en las caderas, y luego se quedó en una amarga expresión de diversión.

"Gracie, me han llamado cosas mucho peores demasiadas mujeres como para recordarlas. Y de lo que no parece darte cuenta, cariño, es de que has dejado a tu amante ahí, esperando una bala de cada una de las pistolas. Sólo necesito a uno de ustedes para hacer presión".

Grace levantó ambas manos, clavando dos dedos en el pecho de Hornby. "Y de lo que no parece darte cuenta es de que no soy tu dulzura". Le agarró de los hombros y le hincó la rodilla en la ingle.

Hornby se dobló por la mitad, jadeando.

Grace se giró. "Andrew, rápido, haz algo".

Andrew la miró, atónito.

"¡Andrew!"

Hornby se desenroscó lo suficiente como para levantar un rostro teñido de un extraño tono púrpura. Empezó a sacar una pistola.

Grace le rodeó el brazo y le sujetó con ambas manos.

Andrew se precipitó hacia delante para sujetar el otro brazo de Hornby, que giraba con la culata de la pistola apuntando a la cabeza de Grace. Entre los dos le bajaron los brazos a los costados y lo pusieron de rodillas, aunque seguía sujetando las pistolas. Andrew tiró hacia atrás el brazo que sujetaba. Una pistola cayó al suelo.

La otra se disparó, con un sonido momentáneamente ensordecedor. El olor acre del humo de las pistolas abrasó las fosas nasales de Andrew, seguido del agudo sabor de la sangre. Presa del pánico, Andrew hincó la rodilla en la espalda de Hornby, aplastándolo contra el suelo del almacén. Con la rodilla clavada contra Hornby, se volvió hacia Grace.

Ella sostenía la pistola con ambas manos, con los ojos muy abiertos. Un rápido examen mostró que estaba ilesa. Andrew se sintió aliviado y volvió a sujetar el brazo de Hornby.

"¿No estás herida? preguntó Andrew, buscando más confirmación para calmar su preocupación.

Grace negó con la cabeza. "Yo... estaba intentando coger la pistola. Creo que le disparé".

"Me disparaste en la pierna", gritó Hornby, retorciéndose para intentar escapar de Andrew.
""Pequeña...""

Andrew tiró del brazo de Hornby hacia arriba para silenciarlo. "Coge la otra pistola. Apunta hacia la puerta".

Grace asintió. Soltó el arma descargada y lo rodeó para coger la otra. Hornby se retorció.

Debajo de él, la sangre comenzó a encharcarse en el suelo. Con la rodilla todavía clavada en la parte baja de la espalda de Hornby, Andrew le agarró el otro brazo, sujetando ambos por detrás.

"¿Y ahora qué? preguntó Grace, de pie en la visión periférica de Andrew con la pistola.

"Eventualmente, la puerta se abrirá. Si no ves a Lord Garfio, amenaza con disparar".

Hornby se rió, con un sonido chirriante. "Las amenazas no te servirán de mucho, Gracie".

"Bien entonces", respondió ella. "Si entra alguien más, le dispararé sin amenazas".

"Eso no será necesario", dijo una voz, en algún lugar por encima y a la derecha de Andrew.

Levantó la vista para ver a Lord Garfio bajar de un salto de una pila de barriles. Desde su lugar en el suelo, Hornby soltó una maldición. Por el rabillo del ojo, Andrew vio que Grace bajaba el arma.

"No sabía cómo estaban las cosas aquí, así que no usé la puerta", continuó Garfio. "Veo que habéis detenido a nuestro hombre".

Andrew sintió alivio, pero no aflojó el puño. "Sobre todo. Nos vendría bien un poco de cuerda".

"Enseguida". Garfio dejó escapar un fuerte silbido. La puerta del almacén se abrió de golpe. Hombres, algunos de los cuales Andrew reconoció como del señor Winters, entraron en tropel. Varios de ellos llevaban cuerdas.

Westlock empezó a dar órdenes, aun utilizando su voz de Lord Garfio para beneficio de Winters y sus hombres. Andrew entregó voluntariamente a Hornby a su cuidado y Grace le entregó la pistola. Juntos, retrocedieron. El cansancio, surgido del alivio, invadió a Andrew.

Le palpitaban las sienes. Sus costillas eran un dolor fino y punzante. Tenía la garganta seca y áspera, como si hubiera gritado, aunque no recordaba haberlo hecho. Por lo que podía ver, cada centímetro de su cuerpo le dolía.

Grace le tomó la mano. Lo condujo hacia el exterior del edificio, al sol. De algún modo, Andrew se sorprendió de que fuera la misma tarde que cuando entraron en el almacén. De hecho, el sol apenas había cambiado de lugar en el cielo. Sintió como si la noche hubiera descendido hacía tiempo.

Sin soltarle la mano, Grace pasó junto a los cuerpos tendidos, algunos inmóviles y otros gimiendo, todos siendo atendidos por los hombres de Winters. Se dirigió al grupo de curiosos que había al final del callejón. Alcanzándolos, en su mayoría trabajadores portuarios y marineros por su atuendo, se abrió paso murmurando respuestas sin sentido a su aluvión de preguntas. Una vez libre, se dirigió al muelle más cercano.

Mientras recorrían la longitud de madera rugosa, la brisa se levantó del agua. Las aves marinas, atraídas hacia el interior por el Támesis, revoloteaban sobre ellos. Mientras todo el mundo contemplaba la obra de Lord Garfio, el muelle permanecía vacío. Algunos barcos oscilaban, con la luz del sol colándose por sus jarcias. Grace no se detuvo hasta que alcanzaron el extremo del muelle.

Se volvió hacia él, con los rizos revueltos por la brisa. " Ganamos" .

Andrew asintió. "Ganamos."

"Estás enfadado conmigo".

"¿Lo estoy?"

Asintió. "¿Es porque nos puse en peligro?"

Él lo meditó, tratando de calmar la agitación que lo invadía. Ella tenía razón, como siempre. Había hecho algo que le preocupaba.

"No me gustó que te pusieras en peligro". Le acarició la mejilla. "No puedo imaginar cómo viviría si te separaran de mí".

Ella asintió. "¿Y?"

"Y..." Andrew bajó el brazo. "Y, si es posible, no deseo volver a verte hacerle eso a un hombre".

"Pero pretendía disparar al menos a uno de nosotros".

Andrew no dudaba de que ella tuviera razón en eso, pero la idea de que le disparasen no era lo que le producía náuseas.

"Sí, pero, por favor, prométemelo". Sus músculos se contrajeron como si todo su cuerpo se estremeciera. "Prométeme que no volverás a hacerle eso a nadie".

"¿Tanto te molesta?"

Le recorrió un escalofrío. "No te lo imaginas".

Grace se encogió de hombros. "¿Qué tal si prometo no volver a hacerlo a menos que alguien intente matarte?". Su mirada se entrecerró y volvió a mirar a la multitud congregada ante el almacén. "Lo que me recuerda, ¿has visto a ese grandullón en algún sitio? ¿El que te golpeó? Tengo un par de cosas que decirle".

"Era uno de los cuerpos por los que pasamos, inconsciente en el suelo".

"Supongo que eso bastará por ahora", dijo ella, todavía con la mirada perdida.

""Estoy seguro de que sí"".

Grace se volvió hacia él. Respiró lenta y largamente y lo dejó salir. "Me siento a punto de llorar".

Al instante sus brazos la rodearon, apretándola contra su pecho. "¿Por qué?", murmuró. "Estamos a salvo ahora."

" Por eso precisamente. Llorar mientras estábamos en peligro no habría servido de nada".

Andrew apoyó una mejilla en los rizos de ella, con una sonrisa dibujada en la comisura de los labios. "Bueno, entonces, si quieres llorar ahora que estamos a salvo, hazlo".

Ella lo abrazó con fuerza y él creyó sentir su sonrisa en la mejilla apoyada en su pecho.

"Andrew"

"¿Sí?"

" ¿Te casarías conmigo ahora?"

"¿Pensé que querías una propuesta de matrimonio elaborada y extraordinaria?"

"No", respondió Grace, alejándose medio paso. Deslizó los brazos para rodearle el cuello. "No quiero una proposición elaborada y extraordinaria. Sólo te quiero a ti".

"¿Qué les dirás a nuestros nietos? ¿Que su abuela le pidió la mano a su abuelo, de pie en el extremo de un muelle, rodeados de gaviotas?"

Ella negó con la cabeza. "Les diré que su abuelo se arrodilló después de un picnic, bajo un roble frente al sol poniente. Que me dijo que me quería con todo su corazón y me preguntó si quería casarme con él, y yo le dije que sí". Y poniéndose de puntillas, le besó.



Él es el hombre perfecto, pero está cortejando a la mujer equivocada.

Descubre si Daphne Hayhurst puede alejar al hombre que ama de una desastrosa unión con otra mujer en [Su Beso de Navidad](#).

Espero que haya disfrutado del triunfo de Grace sobre el mal. Para recibir noticias sobre nuevos lanzamientos, suscríbase a mi boletín y reclame sus libros de agradecimiento.

<https://geni.us/eMailSignUp>

~

¡Gracias por Leerme!

Espero que haya disfrutado acompañando a Grace enfrentarse al mal y encontrar el amor. Si le ha divertido y quiere contármelo, o incluso si no le ha divertido y le apetece compartirlo, me encantaría que me lo contara. Tenga por seguro que leo todas mis reseñas en:

[BookBub](#)

[Goodreads](#)

[Su Vendedor Favorito de Libros](#)

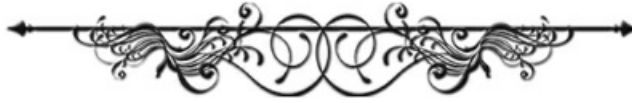
Así que no dude en ponerse en contacto conmigo donde quiera, y siempre puede hacerlo a través de la siguiente dirección de correo electrónico:

summer@summerhanford.com.

Y para recibir información actualizada sobre el próximo libro, libros de agradecimiento, adelantos, alertas de nuevos lanzamientos, sorteos y mucho más, suscríbase a mi boletín:

<https://geni.us/eMailSignUp>

ACERCA DE LA AUTORA



L Summer Hanford

Summer Hanford es una escritora de romances históricos tiernos y llenos de aventuras, relatos de *Orgullo y prejuicio* y alta fantasía, y escribe sus novelas históricas bajo el nombre de L Summer Hanford. Actualmente vive en Nueva York con su marido y unos gatos deliberadamente mimados. La última incorporación a su hogar, una enérgica mezcla de setter y pastor, (todavía) no es muy querida por ninguno de los gatos, pero sí por los humanos. Para más información sobre Summer, visite www.summerhanford.com.

Summer está en:

[TikTok](#)

[Facebook](#)

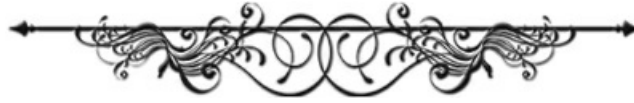
[BookBub](#)

[Goodreads](#)

[Instagram](#)

[Twitter](#)

DERECHOS DE AUTOR



Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, lugares, sucesos, locales e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se usan de modo ficticio. Sin embargo, las diversas figuras y lugares históricos mencionados se emplean con la mayor precisión posible.

Derechos de autor de la *Historia de Grace* © 2020 por Summer Hanford

Derechos de autor de la Portada © 2020 por Summer Hanford

www.summerhanford.com

Por favor, no reproduzca ni distribuya esta obra sin el permiso expreso del autor:

summer@summerhanford.com

Gracias!